

ESCUELA DE ESCRITORES

La casualidad tiene sus argumentos (II)

Relatos breves

Coordinados por Juan Cano Conesa



Trinitario Casanova
FUNDACIÓN

La casualidad tiene
sus argumentos (II)

La casualidad tiene sus argumentos (II)

Relatos breves

ESCUELA DE ESCRITORES



1ª edición de *La casualidad tiene sus argumentos II*, editado por la Fundación Trinitario Casanova, coordinado por Juan Cano Conesa, noviembre del 2018

Copyright © Fundación Trinitario Casanova, 2018

Copyright © de la edición, Fundación Trinitario Casanova, 2018

Copyright © de las ilustraciones, Sofía Martínez, 2018

Copyright © de los textos, sus respectivos autores, 2018

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

Compuesto en Warnock Pro 11/13

Depósito Legal: MU-1413-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime:

NAUSICAÄ

Pol. Ind. La Polvorista, C/ Pulpí, C12 · 30500 Molina de Segura (Murcia)

índice

PRÓLOGO	
La casualidad atenuada	9
CARTA DE LA FUNDACIÓN.....	19
ANA LUZ GARCÍA SALVAGO	
Amsterdam.....	25
ANA MARÍA ROS SERVERÓ	
Modas Tere.....	35
ANDRÉS BERNAL FERNÁNDEZ	
La Huida.....	53
BÁRBARA SALMERÓN SAORÍN	
Little boy.....	67
GINÉS FERNÁNDEZ VICENTE	
Y así funciona esto.....	85
IVÁN ROSIQUE GONZÁLEZ	
La merienda del otro.....	97
JESÚS FUENTES HERNÁNDEZ	
La muerte no entiende de democracia	119
JESÚS LÓPEZ CAPILLA	
El secreto de la arqueta	129
J. MENGUAL MONTALBÁN	
Virtual.....	141
JOSEFINA VICENTE ALCÁZAR	
Como la vida misma o autobiografía de la naturalidad.....	155

MARÍA BALLESTER	
¿Casualidad o destino?	173
MARÍA ÁNGELES CARNACEA CRUZ	
La respiración	187
MARÍA ANGUSTIAS PÉREZ BACA	
El pacto	201
MARÍA YSABEL ÁLVAREZ ORCAJADA	
Hace mil años	217
MIGUEL GARCÍA SÁNCHEZ	
Notas desde el autobús.	233
NATALIA YURENA RODRÍGUEZ DÍAZ	
Lo que dura un café con leche	241
PACO F. FERNÁNDEZ FRANCO	
Fragmentos de un dietario confuso o el sueño de una estrella.	253
PACO GÁLVEZ	
La leyenda de Perico Pericales	267
RAQUEL VARGAS ANTÓN	
Las cuatro estaciones	289
ROSA MARÍA REGALADO ROSILLO	
Désirée	301
SEPHY MORENO GARCÍA	
Amor platónico	315

Prólogo

La casualidad atenuada

La Fundación Trinitario Casanova acaba de alumbrar el segundo volumen de relatos, lleno de frescura, espontaneidad, desparpajo, sabiduría, severidad moral, circunspección, osadía, qué sé yo. Acaba de ver la luz, por tanto, otro ejemplar de la obra iniciática de veintiún aspirantes a escritores o, si lo prefieren, de veintiún escritores no consagrados. La historia se repite. Y al repetirse la historia, se renueva esa sutil taquicardia que enciende el ánimo y lo llena de expectativas cuando la espera se llena de esperanza, emoción, dudas, alegría, vida. Cada uno de los relatos que se asoman a las páginas de este libro arrastra un pedazo de vida prestada a la meticulosidad, a la repetición absorbente, a la desesperación, al placer, a las noches, a la incesante lucidez de los insomnios (Borges), al teclado del ordenador, al arte que viene pero que casi nunca llega, a la añoranza que se va pero no se va, a la plenitud vivida con un balbuceo de inexperiencia relatora, en fin...

Recordemos: en principio, todo fue producto de una situación fortuita, tal y como se explicó en el prólogo del volumen primero de nuestra Escuela de Escritores. Profesionales de ámbitos ajenos al mundo de la literatura, publicable y publicada, reorganizaron sus tardes, mejor dicho, reservaron una tarde a la semana para comprobar si la ventura les traía aires de donde las musas debaten al calor de la alucinación, sentadas en una mesa de camilla iluminada, o si por el contrario, había en cada uno

de ellos un genio dormido “del salón en el ángulo oscuro” becqueriano.

Pasó el tiempo y, sin especulaciones estudiadas ni advertencias programadas, la ocurrencia se convirtió en compromiso, en desafío. Pero vayamos por partes. Ocurrió de un modo espontáneo e inevitable. El caso fue que, cuando pensamos titular aquella primera temeridad, apelamos a la casualidad como el principio de una historia: *La casualidad tiene sus argumentos*. No había metáfora alguna en ese rótulo fundacional, que, a día de hoy, está siendo ponderado por gente cabal como sorprendente, polisémico y original. De lo cual nos enorgullecemos, dicho sea de paso.

Y como de lo que se trataba era de escribir y, sobre todo, de publicar relatos (relatos, secuencias, estampas, autobiografías o prosas varias, lo que ustedes quieran, que jamás quisimos poner puertas al campo), pues he aquí que iniciamos el tercer curso, del que surge la segunda publicación. Así es que hemos comenzado a hacer historia, una historia escalonada, protagonizada, en este caso, por veintitún aspirantes (ya lo hemos dejado dicho) que quisieron convertirse en usuarios de la literatura propia, aspirantes que sucumbieron a la fascinación de un quehacer analgésico o euforizante, según sus realidades vitales. Que sucumbieron, digo, a los efectos de sus propias palabras.

Queda, pues, inaugurada, casi por generación espontánea, el segundo peldaño de la escala secuenciada de la casualidad. Y sus argumentos -los de la casualidad- vienen sostenidos por el afán creador de ajustar la vida al arte o, si se quiere, por la necesidad de poner remedio al ruido que nos atosiga. Para algunos de los autores que estáis a punto de leer, la literatura (así confiesa Luis Landero que le ocurrió a él mismo) puede haberse convertido, o puede convertirse, en una reparación de daños, es decir, puede ejercer una acción terapéutica, función que no viene en los libros ni en los sesudos tratados de preceptiva académica.

Nos reuníamos hora y media durante las tardes de los jueves de febrero, marzo, abril y mayo. Alrededor de una mesa, íbamos dejando caer en voz alta el fruto de unos aciertos trazados con líneas palpitantes durante el tiempo de clase. En otras ocasiones, se hilvanaba un discurso elaborado en casa durante las inciertas horas de la madrugada. A los participantes se les veía llegar con ganas, con aliento visible, con gesto de agradecimiento, con alivio, con entusiasmo y con ganas de sumergirse en el proceloso mundo de la narración. Y nunca era tarde cuando se hacía tarde.

Con esta segunda obra, podemos afirmar que la casualidad baja ya un tanto atenuada, porque lo eventual se ha convertido en certeza. Más claro: la casualidad ya no es tan casual. Queda pues justificado el porqué de la repetición del título, aunque, eso sí, aparece con un apellido, con un sintagma precedido por el modificador ordinal que lo organiza históricamente: *La casualidad tiene sus argumentos, segunda parte*.

La modalidad genérica sigue siendo, básicamente, el cuento, ese artefacto agradecido en el que, según los críticos, aparece un reducido número de personajes que, normalmente, presentan un único foco temático y una sola acción. Dicho así, parece muy sencillo componerlo. Pues bien: no es tan fácil. En el cuento no existe la equidistancia entre el escritor y lo escrito, pues la fuerza emotiva de un cuento es hermana de la tensión que origina un poema. Hay en el cuento un arrebató emocional que aspira a describir los sentimientos de los personajes o del narrador con la economía de medios que impone el escaso número de páginas que lo acoge. Pero con derroche de estremecimientos. No en vano decía García Márquez, refiriéndose a la precisión o a la permisividad con que se construyen los relatos (en este caso hablaba de cuento y novela), que “el cuento es una flecha en el centro del blanco y la novela es cazar conejos”. Tanto el autor como el lector comparten

en la creación y en la lectura del cuento y del poema una evidente e intensa respuesta emocional. Podemos dar fe de lo que significa esa zozobra inquietante que enardece el ánimo del lector, porque hemos llegado a leer en voz alta amplios fragmentos de los cuentos que aquí se presentan y, en ocasiones, a duras penas hemos podido seguir haciéndolo, ahogados por las palabras y desconcertados por el duende de ese paroxismo inquietante que quiebra la voz y detiene el discurso.

En efecto, ahora tendremos la ocasión de leer de cabo a rabo un relato de cada uno de los participantes en nuestro tercer curso de escritores. Como nuestro propósito fue, desde el principio, verter al folio en blanco todo lo que pudiera despertar la curiosidad en el lector –en eso consiste la literatura–, los relatos que hoy tenemos delante no se ajustan a preceptos ni a directrices genéricas ni temáticas ni argumentales ni nada de nada. Cada uno ha puesto en prosa fragmentos de su vida o de su imaginación, de su entorno o de su capacidad de fabulación. Justamente los fragmentos que les ha dado la gana. Si, como afirmaba Cela, la novela viene a ser algo así como un rótulo impreso en la portada de un libro (nos estamos refiriendo a la enorme dificultad que encierra definir con exactitud y precisión la novela), nosotros también estamos legitimados a llamar cuento a todo aquello que aparece en la cabecera de una sucesión de escritos en los que se cuenta algo en pocas páginas. Da lo mismo que se trate de una secuencia lírica con efecto multiplicador en el ámbito de las vivencias, una sencilla historia autobiográfica o un trozo de realidad arrancada a la experiencia familiar o profesional. Todo es relato, todo es cuento. Y todo relato viene a cumplir ese aforismo de cuya autoría no me acuerdo –tampoco es literal– que reza lo siguiente: Dios creó al hombre para que este le contara historias.

Va a encontrar el lector una breve introducción presidiendo cada relato. Aunque en principio se trata de una

etopeya disimulada, no en todas se mantiene relación alguna con el retrato personal. En la mayor parte de ellas –eso es cierto– se nos da noticia de los orígenes, de cómo llegaron hasta aquí algunos de ellos, cuáles fueron sus lecturas preferidas durante los años de la infancia, etc. Pero en otros casos, la presentación se convierte en una reflexión sobre lo que significa escribir o, sencillamente, se dejan caer unos pensamientos o unos poemas, que, en definitiva, vienen a ser unas determinadas maneras de entender el mundo artístico, involucrado como enredadera lírica en el propio vivir. En definitiva, las presentaciones vienen a dar testimonio de unos rasgos individuales que configuran y delatan las propias personalidades. Al fin y al cabo, como dice una de nuestras autoras, escribir o presentarse a los lectores “es una especie de atentado contra la intimidad”. Menos mal –y esto lo digo yo– que siempre podremos recurrir a nuestros personajes para camuflar detrás de su presencia ficticia, de sus actos, de sus pensamientos o manías nuestro propio carácter. Lo que viene a decir que somos reconocibles ante presencias irreconocibles.

Vamos a asistir paulatinamente, y administradas con oficio, a situaciones desalentadas de visita por una ciudad llena de silencios dolorosos y desamor: *Amsterdam*.

Seremos testigos de un costumbrismo lleno de invectivas agudas e inteligentes, exhibidas con cierta hilaridad veloz y crítica en un comercio de modas: *Modas Tere*.

Viviremos experiencias personales, propias y ajenas (estas segundas bastante dolorosas e incomprensibles), de la mano de uno de nuestros escritores, que trabajó en Viena, en la sede de los organismos de las Naciones Unidas: *La huida*.

Contemplaremos líricamente la evolución de una historia que tiene como personaje a Akira, un ángel rodeado de guerra, paráfrasis lejana de Amal de Tagore, e inspirador de un lamento hondo y de la ternura más conmovedora e inquietante: *Little boy*.

Asombrosos son los documentos de corruptelas político-sociales que encuentra un trabajador, mientras limpia durante la noche la sala de redacción de un periódico. Una denuncia sutil e inteligente: *¿Así funciona esto?*

Conducidos por una indudable maestría literaria, entraremos en un internado y pasaremos con unos esplendidos personajes, víctimas o usuarios gozosos del olvido, de la alucinación, de la demencia y de la ternura: *La merienda del otro*.

El lector va a asistir al juego paródico, alegórico y macabro de una 'porra' muy especial: en un ambiente de politiquillos de baja estatura que asisten a un duelo, se va a saber quién será el próximo difunto de entre la sucesión de defunciones que se vienen sucediendo en el relato: *La muerte no entiende de democracia*.

Nos confiesa el autor que lo que se cuenta en la siguiente historia es real: el narrador-autor (el relato es autodiegético con dos voces narrativas) quiere conocer lo que le sucedió a un antepasado, ya difunto, cuyos restos descansan en el fondo de un panteón del cementerio: *El secreto de la arqueta*.

Con habilidad propia de quien conoce los recursos del uso de los artefactos comunicativos, nos asomamos a una experiencia vital muy interesante, en la que la autora juega con los dos tipos de realidades: la cotidiana y la desarrollada en escenarios de relación virtual: *Virtual*.

Los muy jóvenes conocerán, conducidos por una forma autobiográfica y absolutamente real y experimentada, cómo se vivía y cómo era el mundo familiar y rural durante los años de la postguerra: se da un repaso pormenorizado a la propia vida de antaño: *Como la vida misma o autobiografía de la naturalidad*.

Dentro de los encuentros fortuitos, seremos testigos de un encuentro que suscita en el personaje principal pasiones y dudas, uniéndose dos paisajes hermosos: el exterior, conocido y soberbio, y el interior, aderezado con segmentos de un amor inesperado: *¿Casualidad o destino?*

Domine el lector la emoción, pues la sucesión de secuencias evocadoras de un tiempo pasado y de unos personajes entrañables perdidos (la madre, sobre todo, la madre), serán inspiradores de la reflexión, del dolor compartido con la narradora y de la sensibilidad, a pesar de que en estas secuencias hay un distanciamiento estudiado para mitigar el desgarró interior, inspirar serenidad y no caer en la hiperestesia: *La respiración*.

Siguiendo la tradición del relato del estilo oral, nos encontramos con un tema clásico que nos acerca al cuento-cuento, con un argumento que nos retrotrae a las relaciones de personajes pertenecientes a mundos distintos: un señor viudo y rico se enamora de una bailarina: *El pacto*.

Con prosa limpia, con alusiones paisajísticas plásticas y entrañables, evocaciones de pedazos de historia lejana en el tiempo pero que nos acercan a una geografía cercana (Murcia), leemos un relato muy nuestro, perfectamente documentado, hermoso ("¿Cómo se verá Mursiya desde aquí dentro de otros mil años?"): *Hace mil años*.

Podría ser claustrofóbico, pero no. El autobús que toma el narrador los martes y los jueves es depositario de buenas dosis de melancolía. Paráfrasis de la vida misma, a él suben personas discretas que un buen día dejan de subir. Tras el relato, queda como límite el silencio: *Notas desde mi autobús*.

Intriga, tensión y equívocos. Una mochila negra desencadena toda una gama de miedos, prevenciones y obsesiones que se materializan en las palabras que la narradora va emitiendo a un 'tú' ausente, pero presente en el pensamiento. La mochila no contiene ningún explosivo terrorista: *Lo que dura un café con leche*.

Mosaico de reflexiones extraídas de un diario íntimo en el que los razonamientos –casi filosóficos– se convierten en declaraciones sensibles y sentidas del tratamiento del dolor y en proclamaciones de fe inquebrantable. En estas páginas se mezclan hechos familiares y educaciona-

les, con una vocación de trascendencia: *Fragmentos de un dietarior confusor o el sueño de una estrella*.

Narrado con las hechuras de tragicomedia huertana, transcurre el relato con un manejo inteligente del tiempo narrativo. El personaje femenino que habla en primera persona se percata de que el hombre con quien se acostó no era su marido: *La leyenda de Perico Pericales*.

Cuatro etapas de la vida, representadas por movimientos musicales, identifican el nacer con un adagio, el despertar de la pasión amorosa con un allegro vivace, el momento de la costumbre desapasionada con el tempo moderato y, por fin, la senectud con un ad libitum triste: *Las cuatro estaciones*.

Personaje femenino problemático, vive una historia llena de desencuentros con la forma de vida y con la educación de unos padres adoptivos, cuya moderación convencional choca contra el muro de la casi marginalidad ética de la chica: *Désirée*.

El simple título describe el contenido de unas vivencias maceradas en el soporte de un encuentro y de una despedida. Relato melancólico y evocador para un personaje femenino que cuenta sus cuitas amorosas en primera persona: *Amor platónico*.

Y de momento, eso es casi todo. A partir de ahora, el protagonismo de esta aventura la tienen los autores, los personajes —algunos de los cuales podrían salir del relato y respirar el aire de la ciudad— y los lectores, quienes, como dijo Salinger, sabrán leer los espacios en blanco que separan las palabras.

JUAN CANO CONESA

Carta de la Fundación

Querido Lector, este libro que llega a tus manos es algo más que papel y tinta, representa el cumplimiento de la ilusión de sus autores, de su trabajo y de su voluntad de salir de lo ordinario en busca de lo extraordinario.

La Fundación, tiene muy claro desde su origen, como dijo nuestro Presidente, que nuestro objetivo es venir a complementar, a ayudar, a poner un grano de arena junto a otros para conseguir una mejora en nuestro mundo, en nuestro entorno, buscando, entre otras cosas, la excelencia.

A este espíritu responde nuestro taller de escritores. Nadie puede mejorar su entorno sin mejorarse a sí mismo y nuestros escritores han mostrado con suficiencia que el talento del que disponen les permite convertir su afición en literatura, y con ello mejoramos.

Agradecemos su esfuerzo, y para el lograr el objetivo que buscamos contamos con la inestimable colaboración del Maestro de escritores Juan Cano Conesa, quien les guía a través del taller para que sepan sacar lo mejor de sí mismos. Y nuevamente lo ha conseguido.

Creemos firmemente desde la Fundación en la bondad de esta actividad, y a la vista del resultado, el tiempo nos ha vuelto a dar la razón, pues no solo de pan vive el hombre.

Esta publicación es el acto final del taller de literatura, y como es lógico sin publicarla la literatura existe, pero es inaccesible. De ahí que llegue este libro a vosotros.

Disfruta de este libro, y piensa que, a lo mejor, tú también puedes. Te esperamos.

La Fundación Trinitario Casanova

Ana Luz García Salvago

Amsterdam

Cuenta mi madre que aprendí las vocales y consonantes antes de ir al colegio con las letras de los programas de la lavadora. Entré al colegio, en lo que antes era parvulario, un año antes que la mayoría de los niños, así que mientras los pequeños de mi edad jugaban con plastilina, yo encadenaba sílabas e iba por el mundo leyendo todos los carteles que veía.

El primer libro que marcó mi vida fue 'Platero y yo'. Lo encontré en casa de mis abuelos de Sevilla; era tan viejo que hasta tenía alguna página rota. Me emocionó tanta ternura. Desde entonces he sido una lectora ávida y una escritora perezosa. No concibo una casa sin libros, un verano sin lecturas, ni un mundo sin letras.

La escritora Nuria Amat propone una reflexión: si por un capricho del destino tuvieras que elegir entre no volver a escribir o no volver a leer, ¿qué elegirías? Yo, sin dudarlo, elegiría no volver a escribir, porque dejar de leer, como dice Rosa Montero, sería como vivir en un mundo sin oxígeno.

La Fundación Trinitario Casanova ha tenido la generosidad de guiarnos por el camino literario y ofrecernos la posibilidad de publicar. Déjense mecer por este maravilloso viaje que es la literatura, merece la pena.



Amsterdam

El sonido de tus pasos por las calles de Amsterdam sentenció nuestro futuro juntos. Fue tuya la idea de pasar mi cumpleaños en la ciudad donde estudiaste hace años. Y fue también tuya la idea de proponer a Carlos y a María que vinieran con nosotros. Uno de esos planes que se hacen en una tarde entre amigos tomando copas, cuando todo parece ilusionante y en un click de ordenador compras los billetes, reservas el hotel y hasta alquilas un coche. Los mismos días de copas en que se me ocurre mirar en el perfil de whatsapp la foto de una ex que se asoma desde un recuadro del móvil, con tres hijos sonrientes. Podría ser yo el padre de los niños si no la hubiera dejado por ti, Alicia, que me miras con un gintonic en la mano mientras organizas los sitios que visitaremos.

No fue buena idea reservar las vacaciones varios meses antes. Descubrir que en ese tiempo se te iban quitando las ganas, al mismo ritmo que ibas perdiendo peso y crecían tus ojeras.

Pasear por los canales de Amsterdam nos devolvió la ilusión de nueve años atrás. La inocencia de descubrir rincones desde los que se veía una vida diferente, tan parecida a la que nos hubiera gustado llevar, dentro de casas con chimenea, gatos descansando junto a la ventana, densas alfombras, estanterías llenas de libros y flores. Casas sin rejas y sin persianas, con las cortinas descorridas para que todos vieran la seguridad que habita dentro. Nos hubiera gustado desplazarnos en bicicleta y trabajar en oficinas con grandes ventanales, a los que nos asomaríamos tomando un té en la hora del descanso. Esa vida soñada me permitió recorrer el mapa de Amsterdam con el mismo afán con que descubrimos el atlas de nuestros cuerpos la

primera vez. Carlos y María disfrutaban buscando los lugares de la guía turística que habían comprado, las iglesias más llamativas, las tiendas más curiosas, los museos más extravagantes y los bares donde se bebía la mejor cerveza, y tú, que siempre intentabas liderar la expedición, te arrastrabas esta vez con nostalgia deseando que estuviéramos el menor tiempo posible solos para no tener que hablar.

El hotel estaba en una zona silenciosa del centro de la ciudad. La ventana de nuestra habitación asomaba al canal Singer, por donde pasaban barcos de paseo. Te quedabas observando absorta el movimiento de las aves.

—En los canales hay muchas y son enormes —musitabas.

Estabas tan ausente que cuando te miraba a los ojos creo que ni me veías. Frente a frente bajabas la mirada y enseguida buscabas el móvil y te salías al pasillo a hablar, con tus padres, con una amiga, con tu hermana. Decías:

—Juraría que estás hablando con otro —te dije una de las veces que entraste a la habitación un poco agitada.

—Eso son idioteces —contestaste y volviste a tu expresión perdida.

Mientras tanto Carlos y María insistían en salir por las noches, en ir a coffee shops, en probar todas las sustancias y las cervezas, en pasear por el Barrio Rojo, e incluso entrar.

—Estamos de vacaciones —decían—, aquí no nos conoce nadie. No sé qué os pasa, nunca habéis sido tan aburridos.

Tras su insistencia yo me lanzaba a la calle con ellos, y tú te quedabas en el hotel, con el pretexto de que estabas cansada o te dolía la cabeza. En cada sorbo de cerveza me estallaba la noche, fría y larga, y cuando llevaba dos copas no podía contener el llanto.

Por las mañanas me despertaba con el espejismo de que nada ocurría. Parecía que dormir te sentaba bien. Me besabas levemente y enseguida te duchabas para bajar a desayunar con tan pocas ganas que parecía insultante ver a Carlos y María llenar sus platos de tostadas, croissants,

bizcochos y tarrinas de chocolate. Mientras ellos te contaban lo divertida que había sido la noche, yo te observaba haciendo cola para servirme el café. Ni en eso éramos parecidos, tú siempre tomabas té. María había estado hablando en recepción con un grupo de alemanes, que le habían recomendado un pub fantástico que se ponía a reventar de gente *cool*. Tú le prometiste con desgana que esa noche iríamos, pero yo sabía que preferías quedarte al alivio de las sábanas a tener que seguir esforzándote en aparentar diversión.

A María le encantan las fotos, cada dos pasos hay que parar para tomar una imagen de una casa, de un árbol o de un paisaje. Además, nos obligaba a posar, a sonreír, a hacer gestos... Conservo una foto en la que sales tú, con el cuerpo girado porque ibas andando y María te gritó para que te pararas y te dieras la vuelta. Llevas el pelo rubio recogido en una cola, una camiseta blanca, unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y un pañuelo de flores azules anudado al cuello. Estábamos en Marken y se ve el mar de fondo, una fotografía preciosa en un día de sol intenso, pero al mismo tiempo una imagen inquietante porque tus ojos tienen una desdicha infinita, una amargura que sobrepasa el papel y cala en el alma de quien la mira.

Los ciudadanos de Marken pasan por el mundo de forma sosegada. Las mujeres arreglan las flores que hay en las puertas de sus casas y los hombres hacen la compra, pasean en bicicleta, trabajan y pescan, siempre sonrientes. En esa aldea aprendí que la rutina me había impedido ver el deterioro de nuestra relación, el tiempo ocupado siempre en otras cosas, compromisos con la familia y los amigos, cada uno creando un universo por su lado. La falta de ganas de repasar nuestros cuerpos, por si faltaba algo, y de sentirnos cerca. La paz de Marken me mostró de cara el vendaval en el que estábamos inmersos, un huracán desolador de silencios estrepitosos.

Quien recorre un país intenta también conocer a sus

gentes, sus costumbres, cómo viven, abrir los ojos para comprender que hay otros y que nuestra realidad no es la única.

—Hay otras vidas —me decías muchas veces. Y en ese viaje advertí que había vidas en las que tú no estabas.

La Haya amaneció nubosa. A pesar de que elegimos esas fechas porque era el mes de menos precipitaciones en Holanda, el tiempo fue empeorando según íbamos avanzando en nuestro viaje y llovía. Después de visitar Volendam, Carlos y María resolvieron que a partir de ese momento cambiaríamos juntos de ciudad y de hotel, pero cada pareja haría las visitas por su cuenta.

—Tienes que entenderlo —me dijo Carlos—, hemos venido a pasarlo bien y los días que quedan queremos disfrutar. Con vosotros no se puede, Alicia está rarísima y hay una tensión tan grande que nos está llegando a afectar. ¡Si ni siquiera os miráis!

Tú no pusiste ningún reparo, creo que hasta te alegraste, y yo me quedé más hundido. A ti te apetecía recorrer las calles de La Haya y volver a visitar la universidad donde estudiaste, y yo tuve la esperanza de que la amabilidad y la ternura de esos días, los abrazos y algún beso curaran la herida de muerte. La lluvia hacía que nos apeteciera entrar en cafés, descansar de la humedad, ir a museos. Delante del retrato de *La joven de la perla* en el Mauritshuis me di cuenta de que todo esto venía de lejos, de unos meses atrás, de tus misteriosas charlas por el móvil, los mensajes a todas horas, las guardias que de repente tenías en el hospital una tarde de domingo, las incesantes cenas con grupos de amigas. Tantos indicios... pero quien no tiene la sospecha nunca encuentra pruebas.

Vagando por las calles de Delf te pregunté si te ibas a ir de casa.

—Tal vez —contestaste.

Y como si no fuera contigo, seguiste escogiendo una tetera de cerámica blanca y azul para tu hermana.

El viaje por fin terminó. En el aeropuerto, antes de embarcar, Carlos y María compraron todo tipo de souvenirs para su familia, mientras tú acababas de leer el *Diario de Anna Frank*, sentada en un banco de la terminal. El vuelo nos dejó en Madrid y en el bullicio de coger las maletas, llamar para que nos recogieran y nos llevaran al parking a por nuestro coche no advertí que te despedías con besos y abrazos de Carlos y María. Cuando te acercaste a mí no tuviste que decirme que no volverías con nosotros.

Mientras te alejabas sonaba por la megafonía la versión de *Frente a frente* de Bumbury:

*“Sólo quedan las ganas de llorar
al ver que nuestro amor se aleja.
Frente a frente bajamos la mirada
pues ya no queda nada de qué hablar;
nada...”*

Ana María Ros Serveró

Modas Tere

Presentarse a tumba abierta y sin anestesia es una especie de atentado contra la intimidad, un desnudarse a la vista del mundo. Si parte de ese mundo está compuesto por gente que nos conoce, la cosa se convierte en una oportunidad: la oportunidad de poder mostrar una cara nueva, la cara que nos hubiera gustado tener, es decir, ese rostro y ese espíritu que pisaran la línea de un horizonte trazado con verdades veladas y con ensoñaciones sutiles. Los conocidos creen saber quiénes somos y en qué territorios vitales nos desenvolvemos. No nos engañemos, pues, en realidad, nadie conoce del todo a nadie. Cualquier cosa que contemos revelará sólo a medias quiénes somos ¿Qué parte de mí puedo mostrar que transmita, siquiera mínimamente, quién o cómo soy? Tal vez, lo mejor sea empezar por el principio:

Me llamé Ana María Ros Serveró, pero todo el mundo me llama Ana Ros. Soy abogada en ejercicio, especialista en familia y sucesiones y mediadora.

Mi primer contacto con la literatura fue oral y vino de la mano de mi padre y de mi tata Ana. Don Bernandino, Nino para los amigos, era buen orador y gran narrador de cuentos infantiles, todos ellos frutos de su imaginación: “Las aventuras de D. Guarro Tocino”, un encantador cerdito, catedrático de universidad y su familia, nos mantenía en orden a los hermanos durante los interminables viajes en “la maternal”, el seiscientos azul

que fue nuestro primer coche. Las historias de la “Paloma Mariquilla” nos acunaban antes del sueño. La Tata Ana, una buena mujer de Cehegín que no sabía leer ni escribir, cada noche, nos sobornaba con sus cuentos a cambio de cenar sin rechistar; inolvidable aquella escena en la que un hermoso pájaro azul “llegado el amanecer se bañaba en un lebrillo de agua clara y se transformaba en un apuesto mozo”.

El papel escrito me llegó pronto, en cuanto supe leer. Los domingos, mi padre, me regalaba cuentos y tebeos. Hadas, princesas, piratas, heroínas, mártires y aventureros estimulaban mi imaginación. Galdós, Baroja, Ortega y Gasset, Oscar Wilde, Zola, Stefan Zweig, Machado y otros convivían con las novelas de misterio de Agatha Christie y las del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía en la librería del despacho paterno. A ese despacho iba yo derechita cuando llegaba del colegio y leía y leía y leía. La lectura se convirtió en una pasión ineludible y, como si fuera una consecuencia inevitable, empecé a inventar y a escribir mis propias historias. Fue mi abuelo Lorenzo, quien, por primera vez, dio visibilidad a uno de mis cuentos. Había escrito, en un cartón ondulado, marrón, de los de embalar, una ingenua historia de príncipes y princesas que ilustré con dibujos de señoras de época, miriñaques, sombreros de plumas y sombrillas de encaje. Lo vio y se lo llevó a su despacho de arquitectura, donde con mucha paciencia y su preciosa letra, copió los textos en suave papel cebolla y, con alguno de sus artilugios de trabajo, alisó el cartón, copió mis dibujos y los coloreó: una maravilla que aún conservo. Desde entonces hasta ahora, han pasado cosas y años. A mi lado siempre hay un buen libro y los útiles de escritura, antes papel y lápiz ahora el portátil. Escribir es una necesidad salvadora, redentora, que me permite ser feliz y sobrevivir en este mundo tantas veces ingrato e injusto.

Modas Tere

— **L**lego tarde. Tengo prisa. Llego tarde. Como al conejo blanco de “Alicia en el País de las Maravillas”, me cortarán la cabeza. Estoy viendo la cara de mi jefa:

— Que le corten la cabeza —ordenará con toda solemnidad.

Lo intento, juro que lo intento, pero no puedo estirar más el tiempo. Siempre con la sogá al cuello. Nunca voy lo suficientemente rápido. Llevo a Gabriel al cole a las ocho y cuarto al “Servicio de Madrugador”. El pobre mío se bebe la leche con los ojitos cerrados y todos los días me hace la misma pregunta:

—¿Mamá hoy tampoco es sábado?

Cuando lo subo a la bicicleta y siento sus manitas cogiéndome por la cintura, el corazón me sube a la garganta. Lo dejo y salgo pitando hacia la tienda para llegar a las nueve, una media hora antes de abrir al público. Doña Teresa quiere que pase primero por el quiosco y recoja los periódicos, y por la confitería a por media docena de croissants minis, ponga los ambientadores, repase las prendas y deje preparada la mesita por si alguna de las clientas quiere café. Acto seguido toca pintarme y ponerme el tacón, trabajar sin maquillar es pecado capital:

—Mira, Mariana, eres guapa. Mucho. Tienes una cara bonita y un tipo estupendo pero, aquí eso no basta, queremos más. Nuestra imagen es nuestra carta de presentación, una parte fundamental del negocio. No sólo las mercancías y el espacio han de ser atractivos, también nosotras debemos serlo, somos el eslabón, el punto de unión con las clientas. Un rostro, unos ojos, unos labios hermosos, si los resaltas adecuadamente, brillan. Lo mismo ocurre con el olor, una ducha y un desodorante cubren el expediente,



pero un buen perfume es un extra, un plus, que suma puntos a nuestro favor. Impecables y elegantes, con sobriedad, con suavidad, siempre un escalón por debajo de nuestras clientas, para que sean ellas, y no nosotras, quienes destaquen. Esto es un negocio, cariño. Vender a mujeres es un arte, créeme, por algo soy de las pocas que sobrevive a los grandes almacenes y a los centros comerciales—repite todos los días doña Teresa.

No le falta razón, es de las pocas que han sobrevivido a la crisis y a las grandes superficies, aunque la verdad, se lo tiene muy creído y, a veces, pienso que no es consciente de que, la suya, no es más que una pequeña tienda de modas en una ciudad de provincias. En realidad, puede creerlo si le hace feliz, para mí lo importante es que me trata muy bien, paga puntualmente y los sábados no abre lo que me permite cuidar a mí niño todo el fin de semana. Doña Teresa es una buena persona, mayor, ya cruzó la sesentena, con una educación exquisita. La clientela se mueve en un espacio de edad de los cuarenta y tantos en adelante aunque, la mayoría, está en una media de cincuenta y largos, con poder adquisitivo medio alto; también las hay de “quiero y no puedo”, de esas que entran y sonríen y miran, y miran, y dan la vuelta a la etiqueta para ver con disimulo el precio y, después, se despiden alegando que esta vez no tenemos lo que busca. Doña Clara, es una de ellas, traductora en paro, marido empleado de banca y tres hijos, castaña clara, ojos azules, algo gruesa y con unos modales un poco afectados, yo creo que quiere dejar muy claro que tiene clase, que no es una más. Cuando aparece por la tienda doña Tere la saluda afectuosa, y la invita a que mire sin prisas pero no despliega su cola de pavo real, sabe que aquí la ganancia es a largo plazo, cuando caigan las rebajas.

Doña Clara, me dice doña Tere, quisiera comprar ropa nueva todas las temporadas, pero su economía no se lo permite. El abrigo beige que llevaba ayer lo compró en las rebajas, hace cinco o seis temporadas. Una vez usado,

lo guarda un par de años y lo vuelve a sacar como nuevo, pensando que nadie se acordará. Le coloca un buen broche y un pañuelo de seda a tono “et voila” una prenda nueva:

—Hija Tere, esta ropa tuya, es de tanta calidad que dura una eternidad —se excusa cuando me ve consciente de que soy la única a quien no engaña—. Ni me acordaba que lo tenía, cuando lo he visto me he dicho, pero si está como nuevo y, ya ves, aquí me tienes luciendo abrigo como si fuera de estreno.

Y yo, continúa doña Tere, le sonrío cómplice y contesto aquello de “lo clásico no pasa de moda”. Viene de familia acomodada, sus amigas, antiguas compañeras de colegio, gozan de mayor poder adquisitivo que ella, por eso tiene sus trucos para suplir esa diferencia, uno de ellos comprar en rebajas. Fíjate bien cómo acaricia las telas y estira el cuello mientras sonríe y te mira con gesto dudoso. Ella sabe que lo que tiene entre las manos es calidad pero que ahora no es el momento, que tendrá que esperar para tenerlo. A estas clientas hay que cuidarlas y no hacerlas nunca de menos, todo lo contrario, que se marchen pensando que creemos que no han encontrado lo que buscaban, volverán y acabarán por llevarse los restos de temporada— me explica con aire didáctico. Ver a doña Tere poniendo en práctica sus consejos es un espectáculo: sonrisas, halagos y paripés hacen que doña Clara salga de la tienda convencida de que hemos creído que, efectivamente, si no se ha llevado ningún artículo no es porque no pueda sino porque no teníamos lo que esperaba. La verdad es que yo a las “doñas Claras” las veo un poco tontas. Entiendo que una ahorre porque quiera darse un capricho, o para ir muy guapa en una ocasión especial, pero que todos los años tengas que estar haciendo lo mismo para aparentar, lo veo absurdo.

La tienda es espaciosa, con un solo escaparate hacia la calle y una puerta de cristal. Dentro, el suelo es de már-

mol color crema con algunas piezas negras colocadas aquí y allá para hacer contraste. Las paredes tienen el mismo tono crema del suelo con los zócalos en negro. En el techo, algunos puntos de luz escondidos en las esquinas y, en el centro, una gran lámpara de cristal. Caballetes con ropa, estanterías con jerséis y camisas, una alacena con colonias y cremas de todas las marcas, espejos y un mostrador de cristal donde lucen exquisitos clutch para bodas y fiestas, collares, broches, pañuelos de seda, guantes de piel y un largo etcétera. Dando la espalda al escaparate un coqueto sofá de dos plazas y dos silloncitos, todo en beige con diminutas motas verdes, y una pequeña mesa de centro de cristal curvado. Al fondo, el probador, lejos de las miradas de los transeúntes, y la trastienda, con un pequeño cuarto de aseo, siempre limpiísimo “por si entra alguna de nuestras clientas”. En ese espacio pasamos, las dos, largas horas de soledad y compañía.

Doña Teresa es una mujer corriente, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea, de esas que, cuando la ves, no llama la atención, pero deja una sensación agradable, como de frescura. Su ropa es sencilla, de líneas limpias y suele alegrarla con algún detalle. Sus colores preferidos son los básicos, huye de las estridencias. Huele a gloria, a gloria de la buena, de la cara. Doña Teresa tiene algo único: su voz. Su voz tiene colores. Hay días en que todo lo que habla es azul cielo, o verde hierba, o amarillo sol y otras que no sale de los marrones, los burdeos y los negros. A cada clienta le habla con un color, el que más se acerca a su personalidad, aunque tiene cuidado de no pasar nunca a la gama de los oscuros, los oscuros no son para las ventas. Nunca habla de sí misma, generalmente lo que hace es escuchar. Escuchar a unas y a otras y sonreír, pero aun así, a lo largo de estos dos años con ella he ido componiendo un relato de su vida bastante real. Su madre era costurera, su padre, un señorito, con novia de buena familia, que le prometió matrimonio y cuando se enteró que estaba em-

barazada le dio dinero, se marchó y se casó con la otra, la de buena familia, con la que tuvo varios hijos, hermanos de doña Tere a los que ni conoce ni quiere conocer, aunque sabe bien quiénes son. Doña Tere aprendió pronto a coser y a hacer arreglos para tiendas, luego entró de dependienta en unos grandes almacenes. Se casó muy jovencita con un marino mercante que murió, a los pocos meses, en un accidente de tráfico lejos de España. No tuvieron hijos. Con el dinero de la indemnización por la muerte de su marido montó la tienda de modas y ella sola la ha sacado adelante. Una valiente, la verdad. Hoy su voz tiene un color gris perla/plata porque está esperando a doña Charo, una clienta mayor, a la que aprecia mucho y a la que hace confidencias. Doña Charo es también una luchadora, a ella su marido la dejó, sin un duro y con una hija de dos años, con la excusa de ir a buscar una vida mejor a las américas y nunca más se supo, aquí se quedó ella para sacar adelante a su niña. La mujer, que debió ser una belleza en su juventud, tuvo la suerte de tener un pariente médico que la colocó como secretaria en unos tiempos en que las mujeres no trabajaban, y gracias a su sueldo y a sus desvelos la niña se hizo mujer y catedrática de filología inglesa, ahora a punto de la jubilación, pero Elvirita, como la llama su madre, no es tan sencilla ni tan cariñosa como ella, ¡qué va! Elvirita parece que se hubiera tragado un sable, se mueve por la tienda como si le faltara espacio, como si toda su belleza, inteligencia y buen gusto no cupieran entre estas cuatro paredes. Sabe de casi todo y de lo que sabe, lo sabe todo. En temas de moda, como no podía ser de otra manera, conoce las últimas tendencias y va derechita a por lo que quiere sin esperar ni buscar consejo. Cuando acompaña a su madre a comprar ropa no la deja respirar:

—No mamá, ese no. Te queda mejor este. El azul claro te hace gruesa. El verde te favorece algo más pero no acabo de verte, en cambio el burdeos, el burdeos te da un tono muy alegre a la cara.

La pobre doña Charo, siempre que puede, viene sola, a ella le gusta sentarse y que la jefa le enseñe la ropa y que le diga y probarse y que yo le coja de aquí y de allá para verse el efecto y dejarse un par de días para pensarlo y volver otra vez y volver a probarse y llevarse lo que a ella le resulta cómodo, aunque luego, a su hija, le parezca que no era lo más apropiado. Doña Teresa dice que, en el fondo, todo lo que tiene Elvirita es complejo de inferioridad. Lo del padre la marcó mucho porque le hubiera gustado nacer en una familia “normal”, con un padre bien situado, haber ido a un colegio privado y tener por compañeras a las chicas de la buena sociedad, por eso se ha pasado la vida haciendo lo posible y lo imposible por codearse con “gente bien”. Socia del club de tenis, del de hípica y hasta del casino, no se pierde un evento. Al marido, un tipo regordete y calvo, que no abre la boca más que para hacer un amago de sonrisa que más parece una mueca que otra cosa, lo lleva de punta en blanco, entre clásico y antiguo, eso sí, que “un hombre, para ser hombre no se puede poner esas mariconadas que hacen ahora”. A mí me parece una estúpida, incluso más que doña Silvia, que aun siendo de su estilo no va tan sobrada.

Rubia de bote y cara afilada, doña Silvia es anoréxica. Su cuerpo es un esqueleto, piel y hueso, ya no le queda ni culo, ni tetas, lleva bragas y sujetador con relleno, por eso no deja que nadie la vea, cuando tengo que llevarle alguna prenda al probador, abre una rendija en la puerta, saca la mano y la coge. Mirarla subida en sus altísimos tacones da miedo, parece que se fuera a partir por la mitad. Le vuelven loca las marcas y vestir como si tuviera veinte años. Habla de una forma que me da risa, es como si acabara de despertarse y le costara pronunciar las palabras y acabar las frases “a cámara lenta”, dice doña Tere. Cuando viene a la tienda exige exclusividad, ha de ser el centro, si llegan otras clientas y doña Tere se ve obligada a atenderlas o se disculpa y se marcha para volver en otro momento o se

sienta en el sofá y espera a que se hayan ido para volver a ser la única. Es como una niña caprichosa y mimada a la que le hiciera falta una buena regañina. Una tarde que llovía mucho vino el marido a recogerla, un tío alto, bien vestido y con buena planta, dejó el coche aparcado y se acercó a por ella paraguas en mano pese a que yo me había ofrecido a acompañarla hasta el coche cuando llegara.

—Ay, Marianita, ¡Qué suerte tienen algunas! Mira que está bien el marido de doña Silvia y encima es educado, cariñoso y complaciente con ella. No hay capricho que quiera que él no le dé, y qué paciencia tiene el hombre. ¿Te acuerdas la última vez que vino con ella? Cuando quería un conjunto para el bautizo de su tercer nieto. Mientras él nos enseñaba las fotos de la recién nacida todo contento, salió ella con su vocecita al ralentí diciendo que les tiene prohibido que le llamen abuela, “abu”, “tata”, o cualquier otra chorrada por el estilo, que ella es: “mami Silvia” para todos, el pobre hombre puso cara de póker para que no se le notara la vergüenza. Lo de los hombres, Marianita, es una lotería —dice doña Tere mirando al infinito con un tono de voz entre lavanda y verde hierba.

En eso, también tiene razón la pobre doña Tere. A ella le ha ido bastante mal en tema de amores. No es que me haya contado mucho, pero entre lo que cuenta, lo que cuentan y lo que intuyo, tengo una idea más o menos aproximada. Tras la muerte de su marido estuvo muchos años sin levantar cabeza, vivía para la tienda de modas, tuvo alguna historia sin importancia, de esas que no calan y cuando se acaban no hacen daño. Entrando en la cincuentena, con el negocio ya consolidado, tuvo problemas en una rodilla y doña Charo le recomendó a un sobrino suyo, traumatólogo, hijo de aquel pariente que en su día le había dado trabajo a ella. Una eminencia a decir de todos. Don Samuel Méndez Delgado. Cincuentón como ella. Guapo a morir. Ni alto ni bajo, cuerpazo de gimnasio, pelo ondulado peinado hacia atrás, ojos verdes, nariz aguileña,

boca carnosa, manos grandes y tiernas, y como colofón una voz de esas que subyugan, arrastran e hipnotizan. Conocerlo y enamorarse de él fue todo una. Ya no le dolía la rodilla, le dolían los brazos, las piernas, la espalda y cualquier otro hueso que tuviera su cuerpo. El tal don Samuel, conocido por su fama de conquistador, vio pronto en doña Tere una víctima propiciatoria y comenzó su asedio. Hasta aquí todo normal; el problema era que don Samuel tenía mujer, ex mujer y cuatro hijos. Aunque el problema real, según él, era la mujer, una celosa patológica que le había hecho la vida imposible desde el mismo día de la boda y que, cada vez que él insinuaba que debían separarse, amenazaba con tirarse por el balcón, motivo por el cual no podía dejarla así, de golpe, había que esperar. Doña Tere no estaba muy convencida, pero estaba muy enamorada. Don Samuel tenía labia y doña Tere sucumbió. Cuatro años estuvieron viviendo su amor en secreto.

—Escúchame bien niña, una cosa te digo— el tono de voz va de marrón oscuro a burdeos—. Nunca, ¿me oyes?, nunca seas la amante de un tío. Es la cosa más humillante que te puede pasar y lo peor es que al principio no te das cuenta y cuando te das cuenta lo justificas, porque el miedo a perderlo es mayor que la vergüenza. Una mujer no debe permitir que la quieran a escondidas, porque eso, Marianita, no es amor. Empieza por llevarte a un hotel a las afueras y acabas recibéndolo en tu casa, el día y a la hora que él puede o él quiere. Luego te invita a comer o a cenar en sitios apartados, o a tomar un café en el centro fingiendo un encuentro casual para que nadie “sospeche, y acabas dándole la comida y la copa en tu casa, para “no levantar la liebre”. Te cuenta todas sus penas, sus problemas, sus angustias, te deja llena de “su mierda” y se larga aliviado de cuerpo y alma y allí te quedas tú, sola, comiéndote la cabeza y las lágrimas. Sus triunfos ni los hueles, los ves de lejos, y si es el caso, se lo dedica a ella, a su mujer. Siempre está calculando cómo y cuándo la dejará, pero la verdad es

que ni se le ha pasado por la cabeza hacerlo y para cuando te vienes a dar cuenta han pasado muchos años y lo único que tienes es miedo y rabia, y un buen día te dice que se ha vuelto a enamorar y que esta vez sí, esta vez deja a su mujer y a ti claro, porque, ese nuevo amor, es el amor de su vida y a esta, a esta no puede engañarla y la mujer, que no se tira por el balcón y seguramente estaba deseando perderlo de vista, le saca una buena tajada y recibe el apoyo de los amigos, pero para ti, para ti no hay nada, ni dinero ni consuelo y cuando llegas a casa te encuentras las medias botellas de coñac, de ginebra o de güisqui que compraste para él y que ahora son un recordatorio de lo estúpida que fuiste — dice doña Tere con la voz alterada por la emoción y la rabia—. Hazme caso, no salgas con un tío por no estar sola. Estás mejor así, ya llegará, si tiene que llegar y, si no, tú adelante con tu hijo, sin miedo. Los chicos malos cuanto más lejos mejor, ya sabes.

Lo que dice es verdad, los chicos malos cuanto más lejos mejor. En esos temas doña Tere cree realmente en lo que dice y está dispuesta a ayudar, lo sé porque me apoyó cuando decidí romper con mi pareja. Me puso en contacto con Marcela, una abogada conocida suya. Marcela, no es cliente de la tienda porque como dice:

—Yo, en Zara y Mango me arreglo bien, para los extras las rebajas de Massimo Dutti. Los precios de “Modas Tere” no son para mí.

Es una mujer agradable, seria en el trabajo, cálida en el trato. Habla mucho, pero sabe escuchar. Fue genial sentir, por fin, que alguien me entendía, y era capaz de poner palabras a aquellas sensaciones y angustias con las que convivía o cómo me corrigió: “con las que malvives”. Con ella anduve el difícil camino de acabar con una situación que me destrozaba día a día. Juan nunca me pegó ni me alzó la voz, pero fue alejándome de todos hasta aislarme por completo. Desmontó mi mundo. La familia: unos egoístas, sólo te quieren cuando tienen problemas, cuando están

bien las cenitas y las comidas las hacen con tu hermana y su marido. Las amigas: unas cotillas, algo putillas y envidiosas, en cuanto pueden quedan entre ellas y no te avisan y, no digas que no, acuérdate aquel sábado que se fueron juntas de rebajas y a ti ni mu. Falso, asqueroso, que me cogía el móvil y me borraba los mensajes. Cuando me di cuenta estaba sola:

—Estando los dos no necesitamos a nadie. ¡Qué les den!— me consolaba.

El trabajo, los que me salían, o eran poca cosa y no merecía la pena cogerlos o, la mayoría de las veces, eran para gente más preparada y, en ese caso, para qué probar, si no me lo iban a dar. Mientras tanto, allí estaba él, que sí tenía una carrera, un buen trabajo y mejor disposición que yo de salir adelante. Era mucho más lógico que yo me quedara en casa:

—Así puedes prepararte algo mientras cuidas de la casa— decía convincente.

Y yo tonta, más que tonta, creyéndomelo todo. Luego me quedé embarazada y ya no era tan guapa. Era gorda y mi cara estaba deformada, pero “no importa, bolita de grasa”, yo te seguiré queriendo. Después nació Gabriel y resulta que “el angelito llora mucho” y “me dejas en segundo plano, ya no me haces aquellas lentejas tan ricas” y “nunca tienes ganas de follar, siempre cansada y con cara de ajo” y “qué asco hija, ya podías ponerte alguna de las colonias que te regalo que hueles a leche agria” y “vaya por Dios, otra vez mi camisa blanca sin lavar, y tú con el niño todo el día en la calle y las cosas manga por hombro, a ver si te voy a tener que poner un horario de tareas” y yo llora que te llora, porque ya no era una buena ama de casa, ni una buena amante, ni una buena compañera ; y sí, me hizo un horario y lo colgó en un panel de corcho en la cocina y me pedía cuentas y cuando no le parecía que hubiera cumplido me castigaba:

—Perezosilla, ¿otra vez así? Me temo que esos zapatos

nuevos tendrán que esperar y este fin de semana no habrá aperitivo para ti y mira que siento yo eso de tomarme la cervecita y el pulpo y dejarte mirando pero qué le vamos a hacer...

Y entonces fue cuando mi hermana me dijo que “Modas Tere” buscaba dependienta y que yo daba el perfil y que ya era hora de dejar a Gabriel en la guardería y Juan que no, que era absurdo pagar guardería, que mi sueldo equivaldría a lo comido por lo servido, pero mi hermana insistió. Vine por probar más que por otra cosa y doña Tere me dio el trabajo:

—Te vi tan triste, con esos ojitos tan apagados, con aquella inseguridad que hacía que todo el rato te estirases la camisa y metieras el pelo por detrás de las orejas, que me dije: “esta chica necesita el trabajo”, y aposté por ti, y no me equivoqué —me dijo meses después en un tono azul casi blanco. Y ese fue el comienzo del fin de mis angustias. Al principio, no le contaba nada a doña Tere pero, con el paso de los meses, me fui desahogando con ella, hasta que pasó aquello, lo de la mañana que estaba preparando el café para el desayuno mientras fregaba unos vasos de la noche y Juan se acercó a mí, por detrás, con el cuchillo del jamón y me lo puso en la garganta mientras me empujaba contra el fregadero:

—Te quiero matar Mariana, te quiero matar— dijo con voz grave. No le hice caso, me volví, con las manos llenas de jabón, y se lo quité:

—No digas chorradas.

Y seguí con lo mío. Pero luego, cuando ya se iba, se acercó a mí, me cogió por el brazo, pegó la boca a mi oído y dijo:

—Mariana, es verdad que quería matarte, que quiero matarte.

Al llegar a la tienda doña Tere me preguntó si me encontraba mal y se lo conté todo, ella no me dijo nada pero llamó a Marcela. Por la tarde, cuando llegué, me dijo:

—Hoy nos tomamos la tarde libre, nos espera una amiga— el tono de su voz era grana imperativo.

Y me llevó al despacho de la abogada. La verdad es que pasé mucho miedo, y muchas dudas, pero al final me decidí y un día me fui a casa de mis padres con Gabriel. Juan chilló y amenazó, pero es muy cobarde y cuando Marcela se lo explicó y le advirtió que podía acabar en la cárcel, accedió a firmar el convenio, no sin antes soltar por su boca toda clase de insultos. Después se largó y no lo he vuelto a ver, jamás le ha pasado la pensión de alimentos a Gabriel, pero tampoco viene por él, así es que estoy encantada. Ojalá no vuelva nunca. Con mi sueldo y algo de ayuda de mis padres me alquilé un piso y vivo con mi hijo tan a gusto, he recuperado a mis amigas y ya no tengo miedo de no ser perfecta. No sé si alguna vez conoceré a alguien, pero no tengo prisa y si surge tendrá que ser un tío muy distinto a Juan, un tío que me respete y me trate como una igual.

La mañana se presenta tranquila, solo hay previsto que venga doña Flor por su traje de chaqueta. Veré a doña Tere desplegar su voz en varios tonos de rosa, un color que me encanta, irá desde el “francés” al “palo” pasando por el “persa” hasta casi llegar al fucsia y es que Flor, como le gusta que la llamemos, es una de las clientas más queridas de la tienda. Buena y generosa hasta decir basta. A doña Tere le adelantó una importante cantidad de dinero un año que las cosas pintaban negras y nunca la apremió para que se lo devolviera. Siempre que va de viaje, y suele ir bastante, nos trae un regalo. Sonríe con los ojos y con la boca. Nunca la he oído hablar mal de nadie. Hasta hace unos años trabajaba en el Instituto de la Seguridad Social, tenía un buen puesto y cuentan que todo el que tenía un problema pasaba por su despacho para recibir ayuda y consejo. Dice doña Tere que siempre tuvo dinero pero sus padres le dejaron una sustanciosa herencia y como era hija única

dejó su trabajo para ocuparse de sus bienes. Debe ser una sensación maravillosa levantarte por la mañana sabiendo que todas tus necesidades están cubiertas con exceso para ti y para todos los tuyos. Su hija mayor está haciendo el último curso de Derecho en una universidad de Nueva York y el hijo estudia en Inglaterra. ¡Ojalá pueda yo, algún día, darle a Gabriel una buena educación! Flor es muy sencilla, lo mismo que su marido, un importante economista, me hace gracia que, pese a todo, sea algo insegura sobre su aspecto, siempre nos pide consejo y opinión, sobre todo a doña Tere, y tiene muy en cuenta lo que le decimos. A gente como ella da gusto atenderla.

Bueno, creo que ya está todo a punto, sólo queda cambiar el agua a las flores. En unos minutos levantaré la persiana y daré la vuelta al cartelito por el lado que reza “abierto”. Parece que será un buen día.

FIN

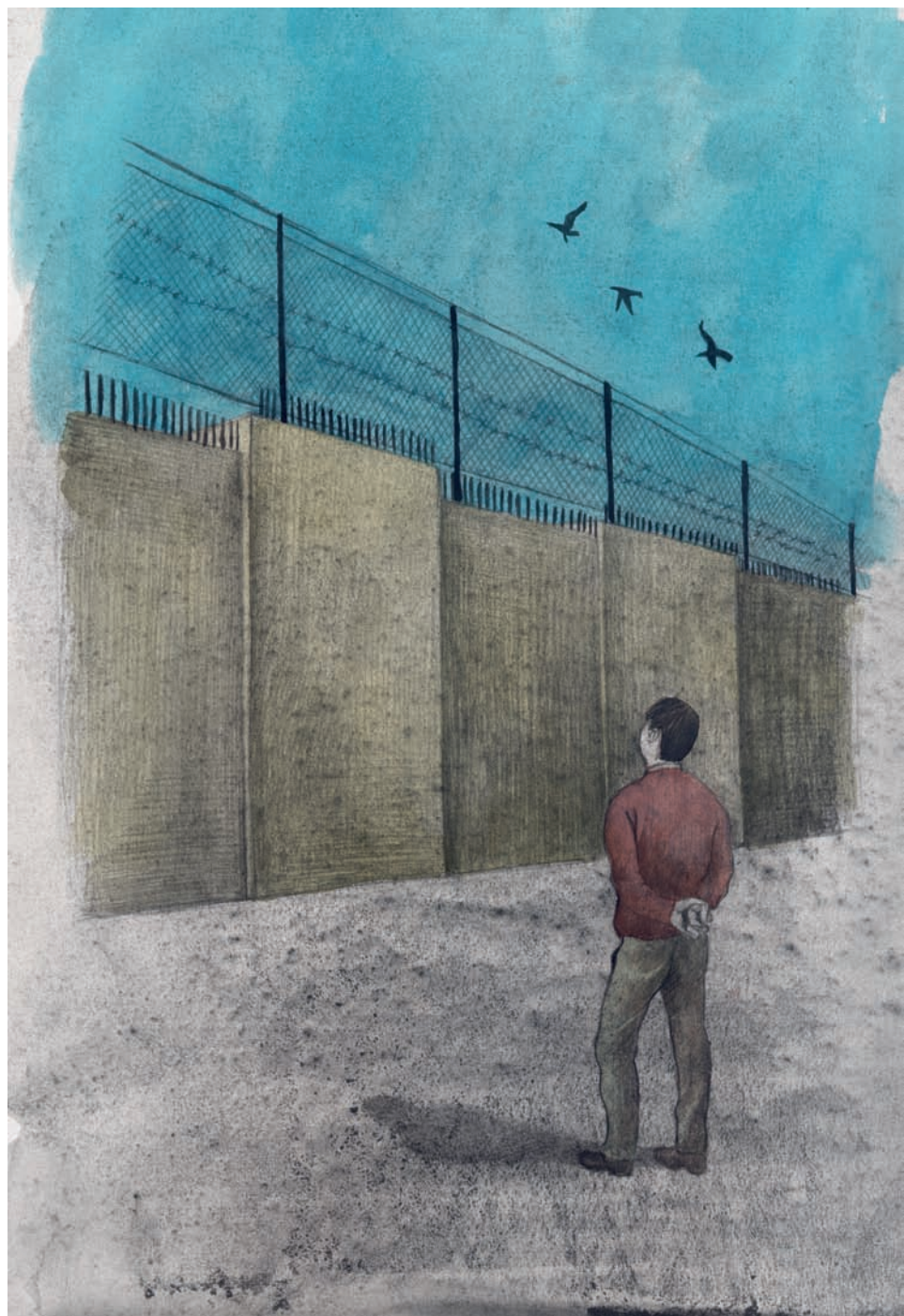
Andrés Bernal Fernández

La Huida

Soy de Molina de Segura. Ya de niño sentí una pasión indescriptible por la escritura y, muy especialmente, por la poesía. Estudié literatura durante mi carrera internacional en Inglaterra. Hice el servicio militar en el antiguo Sahara Español y finalmente trabajé veintiocho años en la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, ONUDI, con sede en Viena, Austria.

El interés por la literatura española me hizo participar en el curso de escritores de la Fundación Trinitario Casanova, magníficamente dirigido. A través de esta experiencia, he vuelto a sentir el interés por escribir y se ha incrementado esa afición que permaneció aletargada en mí durante tantos años. A ello ha contribuido la necesidad de ‘trabajar y vivir en otros idiomas’.

Estoy casado y tengo cuatro hijos.



La Huida

Mi relato puede parecer inverosímil y hasta increíble muchos años después de haber ocurrido. Sin embargo, en el momento en que tuvo lugar, ya que se trata de una historia real en tiempos convulsos de incertidumbre política en Europa, parecería incluido dentro de la normalidad, por lo menos en aquel mundo en el que yo vivía. La evocación de los hechos narrados y, sobre todo, la atmósfera que lo envolvía, representan un latigazo emocional de difícil descripción. Hay en estos hechos una mezcla de perplejidad y melancolía que invaden hasta los incesantes momentos de lucidez que dominan mis sueños o mis pesadillas.

Corría el año 1978. Europa y el resto del mundo habían vivido momentos de gran amenaza para la paz, que habían sido superados gracias al afán de consecución de la concordia entre las naciones y el gran esfuerzo por la prevención de conflictos que siempre ha distinguido a la Organización de Naciones Unidas (ONU). Si no hubiese existido la ONU, tendríamos que haberla inventado, dicen muchos estadistas hoy día mirando hacia atrás.

Como es bien sabido, cuando acabó la II Guerra Mundial, Europa quedó dividida políticamente en dos grandes bloques ideológicos que persistieron durante cuarenta y cinco años, hasta la simbólica caída del muro de Berlín. Me refiero al Telón de Acero, según le llamó Churchill, o la Europa del Este, también conocida por bloque soviético o bloque comunista, que, con su dureza totalitaria, separó familias y pueblos enteros, levantó vallas, muros, creó bunkers, torres de vigilancia y terrenos minados, que comprendían la línea divisoria que tanto sufrimiento y empobrecimiento causó a la población y provocó el éxo-

do de sus habitantes desde la frontera rusa con Noruega y Finlandia hasta Grecia. Por otro lado, y enfrentado a dicho bloque, estaba, además de Estados Unidos, la Europa occidental que todos conocemos.

Comenzaba así la guerra fría entre la Europa del este de dominio soviético, con un sistema totalitario y represivo y la Europa occidental, capitalista y demócrata, capitaneada por EE.UU. y los países vencedores de la guerra.

Muchos habitantes del bloque comunista del este de Europa se aferraban con desesperación de náufragos a las únicas tablas de salvación que divisaban en el proceloso mar de la incertidumbre y el miedo: la única posibilidad de salir de sus países consistía en ser destinados a una embajada o a una organización internacional con sede en cualquier otro país de occidente. Aquí es donde detengo la visión histórica para adentrarme en la intrahistórica personal.

Me encuentro en Viena, sede de los organismos de Naciones Unidas UNOV, IAEA y ONUDI, respectivamente, donde trabajé durante 28 años. Las relaciones humanas interculturales e interraciales entre funcionarios internacionales eran normales y muy cordiales. Vivíamos una especie de remanso arcádico rodeado de convulsos movimientos envenenados de ideologías y rencores. Para nosotros no había diferencias ni sentimientos discriminatorios por razones de procedencia, origen, raza, religión o régimen político. Ya digo: una balsa de aceite en lo personal. Sin embargo, la concordia siempre tiene sus contraprestaciones. Yo sufría porque era destinatario de muchas confidencias de amigos funcionarios pertenecientes a los países del bloque soviético. Y contaban lo que todos sabíamos: no gozaban de plena libertad. Pero lo más curioso y sorprendente es que tampoco respiraban el aire fresco y perfumado de la libertad ni siquiera dentro de la organización. Aquí es donde se pone en marcha el artilugio de la nostalgia, pues fui testigo de lo que aconteció a mi entrañable amigo



Ulrich, natural de la Alemania oriental. Lo diré de forma directa y sencilla: era un espectador de la libertad, porque, a pesar de trabajar en la organización, sus movimientos estaban en el punto de mira del absolutismo irracional de quienes no lo dejaban vivir con el desenfado y la frescura de quien no tiene razones para alimentar el desasosiego y la preocupación. Él, Ulrich, es el protagonista de la historia que contaré.

Déjame, querido lector, que haga una breve descripción

de mi situación personal, antes contar la historia de mi amigo, una historia que no deja de sobrenadar por el estanque de mi memoria con perseverancia y con inagotable claridad. Comencé mi trabajo en Naciones Unidas en 1975. Siempre me había sentido atraído por el mundo internacional. Trabajar en un organismo de la ONU significaba cumplir un sueño codiciado para mí. Lo que yo no podía adivinar es que, durante los siguientes 15 años, hasta el fin del comunismo en Europa, y debido a que la situación geográfica de Viena, puerta de enlace entre Este y Occidente, iba a ser testigo dentro de mi organización de aquella guerra fría entre dos mundos enfrentados.

Entre todos aquellos colegas de países tan dispares y lejanos, hice muy buena amistad con muchos, pero especialmente con Ulrich, un ingeniero de la Alemania del este, uno de los países comunistas con un régimen más estricto. Solo fue a través de nuestra amistad como pude hacerme una idea cabal de lo que significa verdaderamente vivir sin libertad. Ulrich vivía en comunidad compartiendo piso con cuatro funcionarios más. Su mujer y su hija estaban en su país de origen. Yo tenía la sospecha de que vivían casi en una situación de rehenes, porque viviendo separada la familia, las autoridades se aseguraban de que ninguno de ellos escaparía o pediría asilo político en cualquier otro país occidental. Solía venir al trabajo acompañado. Y cuando salía, también lo acompañaban. Me apenaba especialmente el hecho de que apenas tuviera libertad de movimientos. Es más: salir a divertirse o a tomar algo con los colegas, como hacíamos el resto de los compañeros al terminar la faena, suponía para el pobre Ulrich una frivolidad que podía pagar con una sustitución laboral fulminante o con una repatriación inmediata de destino incierto.

En vista de la situación y teniendo en cuenta que a los compañeros y amigos nos gustaba el fútbol, decidimos fundar un equipo que nos permitiese tener una actividad oficial. Esta actividad, lógicamente, estaría amparada por

la organización y nos permitiría participar en los juegos anuales entre organismos que organizaba Naciones Unidas Nueva York en colaboración con otras sedes de Viena, París y Roma. Ulrich formaba parte del equipo, pues, en efecto, era un buen jugador. Esta actividad sociocultural y deportiva, nos permitía sacar a Ulrich de su estricta rutina y, además, hacerlo con el beneplácito de su embajada, que no le negaría hacer deporte y representar a la Organización. De todas maneras, asumíamos que estaría vigilado de cerca por la Stasi, que era el servicio secreto estatal desplazado desde Alemania del este para el control de sus funcionarios. Yo tenía claro que habría alguien vigilando a Ulrich hasta en los entrenamientos.

A pesar de que la vida nunca suele ser monocorde y uno puede llegar a acostumbrarse a la normalidad transitando por la anormalidad e incluso respirando un aire irrespirable, Ulrich era cauto, hasta el punto de que una mañana llegó a decirme:

—Andrés, por favor no me llames a casa, no es conveniente.

—No te preocupes, Ulrich. Te recojo mañana y nos vamos juntos al entrenamiento.

—Tampoco. Mejor no me recojas, no creo que sea buena idea, no vivo solo y vigilan todos mis movimientos. Además, sabes que mi esposa y mi hija se quedaron en Leipzig como rehenes para que yo pudiese trabajar aquí. Y hay cosas que me causan terror, sobre todo las que tienen que ver con posibles represalias contra mi familia. Tenemos que ser discretos. No puedo arriesgar.

Yo sentía un agobio irreprímible cuando pensaba en la situación por la que estaban pasando Ulrich y otros tantos Ulrichs desconocidos. Nos habíamos solidarizado con su situación, pero sabíamos que no le permitirían relacionarse demasiado con nosotros y mucho menos que se familiarizase con las costumbres occidentales. Diré más: yo tenía la sospecha de que aquellas mentes atormentadas podían

considerar que hasta el deporte podría llevar integrada la peligrosa semilla de la libertad, tal y como la entendíamos los occidentales. Nos resultaba difícil entender que ni siquiera le estuviera permitido venir a tomar un trago después del entrenamiento, pues, después de salir de la ducha, le solían acompañar a casa.

Así transcurría el tiempo. Nuestra relación estaba presidida por la cautela. Solíamos comer juntos en la cantina-restaurant de la ONU y en algunas ocasiones manteníamos alguna conversación oficial en nuestra oficina. Ambos compartíamos espacios, pues Ulrich era ingeniero jefe de proyectos y yo, desde Recursos Humanos, administraba dichos proyectos. Nuestros diálogos eran discretos y emitidos casi a media voz, pues teníamos claro que estábamos siendo vigilados prácticamente en todo momento. También teníamos que cuidar nuestra conversación telefónica interna ya que nunca sabíamos si alguien nos estaba escuchando o grabando, a pesar de encontrarnos en un terreno extraterritorial y neutral, donde esas prácticas teóricamente no eran toleradas.

Por fin llegó la noticia de que los juegos tendrían lugar en Ginebra aquel año y nuestro equipo de fútbol iba a participar junto con el equipo de tenis, atletismo, voleibol, ajedrez, petanque etc. Solicitamos a la División de Administración la participación de todos los jugadores ya que éramos solo dieciséis y, por supuesto, los necesitábamos a todos sin excepción. La autorización de la embajada de la DDR era lo más complicado, pero también llegó a tiempo. Así, Ulrich pudo viajar con nosotros a Ginebra. La alegría fue enorme. El equipo estaba compuesto por ingleses, portugueses, italianos, españoles, austriacos, nigerianos, franceses, escandinavos y un alemán del este, Ulrich, nuestro gran amigo.

Viajamos a Ginebra en tren, el resto de los participantes lo hizo en avión, nos hospedamos en un hotel céntrico, aunque algo extraño: las puertas de las habitaciones te-

nían agujeros y eran de colores llamativos. Descubrimos que había sido un burdel en anteriormente y que los agujeros servían de peepshow para los voyeurs que pagaban por mirar. No era el sitio ideal, pero lo importante era estar allí y participar en los juegos. Según mis colegas más antiguos, el equipo de fútbol no había sido agraciado nunca con buenos hoteles; esos los reservaban para los equipos femeninos y para los intelectuales ajedrecistas, me comentaron.

Por supuesto que teníamos la intención de pasarlo bien y decidimos tomarlo con filosofía y humor. Ulrich compartió una habitación con Joao y conmigo. Nuestro compañero portugués tenía gran sentido del humor y como se había percatado de la presencia de la Stasi y las circunstancias especiales que nos rodeaban, aunque con cierta diplomacia, dedicó a los vigilantes algunos cariñosos insultos que sonaban a discretos piropos, si bien en portugués, idioma que, afortunadamente, ellos no pudieron entender. La diplomacia es el arte de mandar a alguien al cuerno, de manera que ese alguien esté deseando emprender el viaje. Aquí, lo podríamos aplicar sin contemplaciones.

Los juegos resultaron un éxito desde el punto de vista de participación y del juego limpio, que fue lo único en que ganamos; quiero decir que perdimos todos los partidos, aunque fuimos designados como destinatarios del premio al juego limpio. Ulrich pudo asistir a la cena de gala y de entrega de premios en el Palacio de las Naciones de Ginebra, pero luego cuando más tarde fuimos a una discoteca para acabar la noche, él tuvo que regresar al hotel, acompañado naturalmente. No le importó tanto porque era una persona alegre y jovial, aunque su rostro reflejaba una tristeza de difícil descripción.

Unas semanas después de regresar a Viena, Ulrich nos planteó su intención de escapar de ese régimen dictatorial que tanto le oprimía a él y a su familia. Estaba harto de esa vida y de tener que entregar su sueldo mensualmente casi íntegro a la DDR. No merecía la pena vivir así y no estaba

dispuesto a pasar el resto de su vida en esas condiciones. Sobre todo cuando comparaba su vida con la nuestra. Nos decía:

—Soy joven, ingeniero petroquímico y tengo toda la vida por delante. Habrá alguna solución. El régimen político no cambiará a corto plazo o, al menos, no existen indicios de que eso suceda. Ahí están los casos de Hungría en el año 1956 y de Checoslovaquia en 1968. Ambos países quisieron evadirse del control de la URSS y fueron reprimidos brutalmente por las armas. No será fácil acabar con eso.

Nos había sorprendido que, de pronto, durante la comida de mediodía, nos dijese algo tan trascendente. Se trataba de una determinación que parecía bien meditada y hasta pudimos adivinar que lo tenía todo bien planeado y probablemente discutido con su esposa durante sus escasos viajes a casa para visitar a la familia. Sin embargo, nos gustaba la idea y nos alegraríamos en caso de que la cosa funcionara, aunque eso significara perderle de vista. Fernando y Sergio, otros compañeros que compartían mesa con nosotros, le preguntaron que cuál sería la situación de su esposa e hija si huyese. A lo que contestó que pensaba llevarse a su familia también y empezar una nueva vida en un país libre, donde también pudiera ejercer su profesión. Nos explicó que, durante sus diversos viajes de misión con Naciones Unidas a Sudamérica, había identificado la posibilidad de trabajar en algunos países del sur y que estos le otorgarían asilo político con toda probabilidad. Añadió que Brasil y otros de su entorno no tenían acuerdo de extradición con la DDR y tampoco reconocían a ningún país comunista como legítima democracia ni estado de derecho. En otras palabras, allí estaría a salvo.

Nosotros no salíamos de nuestro asombro, pero nos estábamos percatando de que Ulrich tenía una gran confianza en nosotros para confesarnos algo tan íntimo y peligroso; tanta, que tenía la certeza de que contaría, además de con nuestra complicidad, con nuestra ayuda. Esas con-

fidencias nos llenaban de temor y de orgullo: temíamos por la complejidad y el peligro de la trama y, al mismo tiempo, nos sentíamos custodios de su amistoso secreto.

La mayor dificultad radicaba en sacar a su esposa e hija de su país. Discutimos esto concretamente y nos contó que la República Democrática Alemana en muy raras excepciones autorizaba a que sus súbditos salieran del país para viajar a la Republica Federal Alemana por razones médicas de cierto peso, especialmente cuando el tratamiento no se podía llevar a cabo en la DDR. En este sentido, ellos habían pensado en obtener un certificado médico que justificara y recomendara dicho viaje a Frankfurt para obtener una segunda opinión de un oftalmólogo alemán, ya que su hija padecía una enfermedad ocular rara y de difícil diagnóstico en su país. Pensamos que la idea era buena, pero de difícil realización.

Pasados unos meses, Ulrich desapareció. Se había marchado una buena mañana a un viaje de misión oficial, como de costumbre, pero esta vez no regresó.

Supusimos que el viaje de la esposa y de su hija había sido finalmente autorizado, que las dos viajaron para la visita médica y que él hizo coincidir aquel viaje de su familia con la misión oficial de Naciones Unidas en la que ésta consistiría en evaluar sus proyectos sobre el terreno. Nada más supimos de su suerte. Tampoco supimos si su plan funcionó tal y como él lo había preparado. Parece que tampoco se presentó en ninguna oficina del programa de desarrollo de la ONU en ninguno de los países a donde había sido asignado en misión oficial, pero creemos que, con toda probabilidad, consiguió su objetivo y que hoy posiblemente goce de la libertad con la que soñaba en ese nuevo país se pueda encontrar. Nosotros simplemente nos alegramos y compartimos cualquiera que sea su destino. Probablemente tenga una identidad cambiada y haya adoptado otra nacionalidad. Dejémoslo en un misterio sin resolver pero con un posible final feliz.

—La libertad es lo único que no se sabe valorar en su justa medida en democracia -solía decir. Hay cosas que no se pueden comprar pero que tienen un valor incalculable: esta es una de ellas.

Me acuerdo con frecuencia de mi amigo Ulrich, quien, con cierta amargura y envidia, solía decir que para la mayoría de los que no han vivido nunca bajo un régimen de opresión o en cautiverio, no pueden apreciar exactamente lo que significa ser libre. Incluso pontificaba desde las estancias de su forma medrosa de vivir:

—La diferencia más notable entre los que viven en libertad y los que viven oprimidos es la que separa el sueño de la pesadilla.

Y mientras mi vida va pasando, columpiándose en una *aurea mediocritas* macerada de sosiego y de iniciativas, le pregunto a los montes, a los árboles, a las ciudades, a las nubes, a las esquinas del mundo:

—¿Dónde estará Ulrich?

Bárbara Salmerón Saorín

Little boy

Me llamo Bárbara Salmerón Saorín, tengo veintitrés años y soy farmacéutica. Que este último dato no os despiste: me gusta romper esquemas y demostrar que la literatura –ese gran salvavidas–, no es exclusiva de los amantes de las letras.

Para que me conozcáis un poco mejor, os diré que soy quien soy cuando nadie más está mirando.

Soy la de la cascada de rizos salvajes, ahora fantasma y extinta, como la vida que borré con ella. Los ojos color café, a juego y *a fuego*, porque siempre busco un sitio donde arder. La de las manos pequeñas, casi de niña, porque a veces lo sigo siendo.

Soy la terca y obstinada. La que sueña más que vive...y se regaña por ello. Soy la de la guerra en las venas, porque luché para entrar en este mundo y lucharé hasta que me toque salir de él.

Soy la de cabeza despistada y corazón taquicárdico. Soy Bella y Bestia; valiente y cobarde; oscuridad y luciérnaga.

Todo depende del día en que nos conozcamos.



Little boy

El tintineo de las cinco varillas de latón en el umbral avisa a la joven Tsuru de mi llegada a la tienda. El número de varillas no es pura casualidad: cualquiera que la conozca un poco sabe lo supersticiosa que es. Cuando compró la campana de viento para el negocio, le dijo a todo el mundo que cuatro sería un número desafortunado que atraería a los malos espíritus; un insulto a los ancestros. «¡Inaceptable en un comercio decente como este!»

Aunque no puedo verla, sé que se está adecentando el pelo antes de salir a mi encuentro. Casi puedo percibir la brisa que levanta la cinta de seda al bailar entre sus elegantes y blanquecinos dedos.

—¡Doctor Satoshi! ¡Le estaba esperando!

Sonríó sin saber que con el gesto estoy invocando una lluvia de arrugas alrededor de estos ojos que han visto demasiadas cosas.

Más

de las que me gustaría

recordar.

—No ejerzo de doctor, Tsuru. Estoy jubilado, ya lo sabes —señalo el bastón de ébano que, desde hace años, carga con algo más que mi peso.

—Es la costumbre.

Asiento con gesto cortés y me aclaro la garganta.

—¿De qué color es esta vez?

Tsuru se recoge un mechón de pelo tras la oreja y rebusca en el cajón bajo el mostrador antes de enseñarme el encargo.

—Dorado. Pensé que debía ser especial —se encoge levemente de hombros—. Por el aniversario, ya sabe.

La miro con ternura, agradecido por el detalle, y alar-

go con cuidado los dedos para acariciar el papel *washi*. Es de gran calidad, rugoso y suave al mismo tiempo, como la vida misma: áspera en sus obstáculos y delicada en las celebraciones.

Cada año, la joven se esfuerza por conseguirme lo mejor del mercado para estas fechas.

—Estoy seguro de que a Akira le encantará.

Los ojos le brillan. Sospecho que está emocionada, porque los cierra de inmediato y se inclina levemente con aire solemne, a modo de despedida.

Tras salir de la tienda de Tsuru, pongo rumbo a la última parada del día. El Parque de la Paz me está esperando y no puedo faltar a nuestra cita anual. Akira y yo nos conocemos desde hace exactamente cincuenta años. Por aquel entonces él era sólo un muchacho de apenas de diez, y a mí me quedaba poco para los treinta. Pero nada de eso importó nunca. La amistad, como el amor, no entiende de raza, género, edad o distancia.

Hay personas que son luz, os lo prometo. Yo las he visto. Al principio de los tiempos los dioses las dotaron de una apariencia normal para guardar su secreto y por ello juegan al despiste con el resto del mundo, pero basta un instante de oscuridad para que muestren su verdadera naturaleza y hagan brillar las estrellas.

Akira

Takamoto

era

uno

de

ellos.

El día que acabó la vida tal y como la conocíamos fue increíblemente caluroso. El señor Agosto se abrió paso por las calles a empujones, aunque eso no hizo que disminuyera el ajetreo habitual; la ciudad salía de sus sábanas y se

ponía en marcha. El tranvía circulaba puntual, las señoras paseaban con sus kimonos florales, los hombres cerraban negocios con un apretón de manos y los niños ponían rumbo a la escuela. Los colores, el trino de los pájaros y el delicioso olor a arroz cocido de los puestos del mercado vibraban en el ambiente.

Según me contaría después Akira, fue ese placentero aroma el que lo sedujo haciendo que llegara tarde al colegio, así que abordó el último tramo corriendo como un pobre diablo. En unos minutos llegó a la puerta de metal de la escuela con su uniforme azul arrugado y el pañuelo blanco alrededor del cuello idéntico al de sus amigos. Acordaron jugar un rato al escondite antes de que comenzara la clase de la señorita Minori. Akira sacó la ramita más corta, así que le tocó el turno de contar. El niño se quejó de su mala suerte, ajeno a la verdad: aquel palito torcido que había marcado su destino era ahora su salvación.

Subió los escalones de tres en tres hasta llegar al aula del segundo piso y tras dejar la mochila en el pupitre con un ruido sordo se apoyó en una columna, ocultando los ojos rasgados contra la pared para comenzar la cuenta atrás.

—Cien, noventa y nueve, noventa y ocho...

Unos metros abajo, los infantes se apresuraron a esconderse. La emoción que les despertaba el riesgo de ser descubiertos hizo que el patio de la escuela se llenara de las traviesas carcajadas infantiles que por desgracia nunca más volverían a escucharse. Una de las pequeñas, oculta tras el voluminoso tronco de un árbol, señaló con el dedo índice la inmensidad del cielo para que sus compañeros repararan en el halo blanquecino que contrastaba con el fondo azul en lo alto de las cosas.

—¡Mirad! ¿Qué es eso?

—Sakura, calla. ¡Te va a descubrir Akira!

Era la estela de un avión. La gente que caminaba tranquilamente por el centro de la ciudad se detuvo a obser-

varlo y los que estaban dentro de casa, salieron también a curiosar. Yo lo vi a través de la ventana de mi consulta.

—Seis, cinco, cuatro... —canturreó Akira con impaciencia.

Nadie corrió a buscar refugio.

Todos se quedaron.

—Tres, dos, uno...

La colisión fue tan descomunal, que al desmedido estruendo le siguió el más vacío de los silencios.

Los expertos afirmaron que no se dio la señal de alarma porque el avión no se parecía a ninguno de los escuadrones de bombarderos vistos con anterioridad y los civiles le atribuyeron una simple labor meteorológica. Yo creo que fue por esperanza. Desde el mes de marzo todas las ciudades de Japón habían sido bombardeadas a excepción de la nuestra, y la gente esperaba desde un recóndito rincón de su corazón que todo siguiera así.

El 6 de agosto de 1945, el *Enola Gay* dejó caer la bomba atómica *Little Boy* sobre Hiroshima.

Fue un gesto rápido,

como el batir de las alas de una mariposa

o el parpadeo de un recién nacido.

Lo que siguió a ese instante fue la imponente fuerza del sol. Un fogonazo en el cielo. La blancura de un destello abismal. Millones de grados centígrados capaces de reducirlo todo a carbón.

La ciudad entera se convirtió en cuestión de segundos en una llanura arrasada. El silencio inundaba todo lo que conocíamos. Era demoledor como una losa y sepultaba la esencia del mundo hacinándola en sí misma, obligándola a retraerse. A la inquietante y silente orquesta se sumó un pitido agudo que reverberó en la distancia, zumbando en nuestros oídos e incrementando el desorden y la confusión.

Tosí violentamente. Sentí la piel arder como hierro candente y los ojos irritados y cegados a partes iguales. La mitad de mi ropa se había desintegrado y todo mi cuerpo

permanecía cubierto por ceniza, pero había tenido suerte. Estaba vivo.

Salí de entre los escombros del edificio envuelto en un punzante dolor, con las piernas y los brazos entumecidos. Poco a poco fue llegándome el sonido de la ciudad, que volvía a despertar por segunda vez ese día. Esta vez, las voces eran diferentes. Llantos, alaridos y gritos me llegaban de todas direcciones. Cuando comencé a distinguir las figuras me llevó un buen rato darme cuenta de que no eran sombras, sino personas. Todas estaban cubiertas de ceniza y tenían quemaduras por doquier.

Comencé a correr. Quería huir de todo ese sufrimiento. Si el infierno existe, era aquello.

En mi carrera, conforme entraba en el perímetro de los dos kilómetros cercanos al hipocentro, la imagen se volvió más y más dantesca. Había restos pulverizados en el suelo de lo que habían sido humanos apenas unos segundos atrás. Estaban tan cerca de la colisión que probablemente habrían sido calcinados antes de poder preguntarse siquiera qué estaba ocurriendo.

La mayoría de los supervivientes caminaban con las manos por delante para aliviar el dolor que les producían los jirones de piel al desprenderse del músculo. Eran un ejército de fantasmas.

Llegué al puente Aioi con ganas de vomitar. Sobre el asfalto se podía ver el efecto de sombras que la luz emitida por la bomba había creado a través de los balaustres de piedra; los restos de la gente que paseaba tranquilamente antes del estallido. El río seguía además su curso vestido de sangre. Docenas de cadáveres flotaban en sus aguas. Madres, padres, niños... la Muerte nunca hace excepciones.

Me aparté del puente reprimiendo las arcadas que me sacudían de arriba abajo, como un relámpago. Cuando recobré el aliento alcé la vista y distinguí a unos metros una silueta que, a diferencia del resto, no se arqueaba en ángulos imposibles, ni corría, ni caminaba zozobrando y

con las manos extendidas. Estaba completamente quieta en medio de todo el caos. Era un niño en estado de shock.

—¡Muchacho! —grité, aunque no pareció oírme, así que opté por acercarme muy despacio.

—¡Chico! —repetí cuando lo tenía a escasa distancia.

—¿Mmh? —contestó con la mirada perdida.

—¿Estás bien? ¿Tienes alguna herida?

—¿D-dónde están?

Tragué saliva antes de arrodillarme junto a él.

—¿Quiénes?

El niño miró en derredor, se secó una lágrima sobre la carita cubierta de hollín y centró en mí su mirada por fin.

—Mis amigos...mi mamá...

—Está bien. Nos han bombardeado, chico. Aún no sé con qué, esto nunca había pasado antes, pero estamos en peligro. ¿Recuerdas dónde te encontrabas cuando detonó?

Se acarició el pelo con nerviosismo y observé cómo los mechones de cabello se le desprendieron con facilidad, cayendo después sobre sus hombros.

—Estábamos jugando al escondite... Yo...A mí me tocaba contar...

—El colegio —murmuré.

El niño asintió, y a mitad del gesto le tembló la barbilla.

—¿H-han muerto por mi culpa?

Las lágrimas anegaron su rostro sin previo aviso, como una catarata de sueños hechos trizas. El dolor sobrepasó los límites que podía soportar, y Akira, tras gritar con todas sus fuerzas, acabó desvaneciéndose entre mis brazos.

*

—¿D-dónde estoy?

Tres días después del estallido de la bomba, Akira recuperó la consciencia en el hospital de la Cruz Roja, que se encontraba a apenas un kilómetro escaso de la temida Zona Cero. La situación estaba al límite. Una gemela igual

de mortífera había sido lanzada en Nagasaki, y había escasez de recursos, medicinas e infraestructura.

Sobrevivir nos estaba costando la vida.

—A salvo —le contesté con más seguridad de la que me creía capaz de transmitir.

El niño parpadeó varias veces antes de hacer un barrido de la habitación con la mirada rasgada. Había centenares de heridos hacinados. Habíamos tenido que gestionar la morfina para reservarla a los de más gravedad. Por si fuera poco, había surgido un pequeño grupo de personas que mostraban síntomas extrañísimos: vómitos, úlceras violetas, caída masiva del cabello... Yo sospechaba que era a causa de la radiación, pero sentía que me enfrentaba a un monstruo desconocido. Poco podíamos hacer más que suministrarles opiáceos y calmar sus ansias de sed.

—¿Por qué nos han hecho esto, doctor?

—La guerra es un sinsentido, pequeño. Va mucho más allá que tú y que yo.

—¿Qué fue aquello que cayó del cielo en paracaídas?

—Eso, mi buen amigo...—entoné una pregunta y lo miré con los ojos entrecerrados.

—...Akira.

Asentí.

—Eso, mi buen amigo Akira —comencé de nuevo—, era la *Little boy*.

—¿"Pequeño chico"? ¿Así se llama la bomba?

—Eso es.

El muchacho se incorporó en la cama justo en el momento en que Yuki, la enfermera que trabajaba conmigo en la consulta y me ayudaba a cuidar de los heridos, apareció con una fregona para limpiar el vómito de uno de los infectados que había cerca.

Éramos muy pocos voluntarios para llevar a cabo la tarea, y el muchacho pareció darse cuenta.

—Hay demasiados pacientes.

Suspiré pesadamente. Las ojeras violáceas bajo mis ojos acompañaron la fatiga de mis palabras.

—Lo sé.

—Yo les ayudaré. Si sigue llevándose al extremo de esa forma se pondrá enfermo, doctor.

Lo miré desconcertado. Ante mi confusión, Akira continuó:

—Si se encuentran indispuestos, ¿quién diablos va a cuidar de ustedes?

No sé por qué reaccioné de aquella forma, ni si fue la manera en que dijo aquello o si más bien era yo el que estaba totalmente desesperado por pensar en algo mínimamente bueno, porque me eché a reír. A carcajada limpia.

Y eso que allí,

las sonrisas

eran

puros actos

de rebelión.

Al principio desconfiaba de si Akira sería capaz de llevar a cabo la tarea que se había encomendado a sí mismo, pero resultó un ayudante útil y avispado. Suministró las medicinas de forma correcta, escuchó las preocupaciones y lamentos de cada uno de los pacientes para que se desahogaran y ayudó a limpiar heridas y repartir las raciones de alimento.

Con el paso de los días me di cuenta de que lo que más afectaba a los lesionados no era el estado de salud que habían acabado asumiendo, sino la profunda tristeza en la que parecía haberse sumido todo. Habíamos pasado a vivir una vida en blanco y negro, repleta de temores y vacíos. Y la mayoría no sabían cómo soportar un cambio tan amargo. Las heridas curaban pero las cicatrices prometían ser eternas.

—Deberíamos entretenerlos con algo —apuntó Yuki una mañana de mediados de aquel agosto agotador.

—¿Entretenerlos?

—Tienen demasiado tiempo libre para darle vueltas a la cabeza, doctor. Todos los días mueren compañeros suyos aquí dentro, además de todos los que han fallecido allí fuera. Necesitamos algo que atraiga su atención, que los mantenga concentrados. Algo que haga que las horas pasen más rápidas.

—Y que sea bonito —añadió Akira. Así estarán más felices.

Suspiré pesadamente.

—Ya tengo suficiente con mantenerlos vivos. Los hospitales de campaña están abarrotados. Los militares, confusos. ¡Esto es la guerra!

El niño me miró como si le hubiese apuñalado el corazón.

—Déjenos intentarlo, doctor.

—Lo que pedís es imposible. No servirá de nada.

—Escúchale, Satoshi —Yuki parecía confiar en la ilusión del pequeño—. No perdemos nada por intentarlo...ya lo hemos perdido todo.

Akira le apretó la mano con fuerza, agradecido por su insistencia y abrumado por el cansancio de su voz.

—Está bien.

El niño escogió la sonrisa más flamante de su repertorio y me la dedicó con sinceridad.

—Yuki es muy valiente, doctor. Siempre sabe salir adelante. Confíe en ella —el chico se quedó pensativo unos segundos—. Vale tanto como cualquier otro hombre.

Yuki y yo cruzamos una insólita mirada. Con tan solo diez años, el chiquillo aún tenía fuerzas para darnos una lección de vez en cuando.

Akira puso en práctica su experimento durante un caluroso amanecer. Había pasado la noche en vela encerrado en un despacho improvisado que teníamos. Yo había dado

mil vueltas en la cama de la inquietud, preguntándome mil y una veces qué estaba tramando. No tardé mucho en averiguarlo.

Con los albores del amanecer, todos los pacientes se despertaron con una grulla de papel al borde de la cama y un alegre “Buenos días” escrito a mano en cada una de las alas. Akira las había hecho con las hojas de los periódicos que leían y tiraban los militares. En Japón, la grulla es un ave venerada por su nobleza y valentía. Representa la fidelidad y la unión de la familia en la batalla. Akira no podía haber elegido un símbolo mejor. Después de interminables jornadas sin oír más que quejas, gemidos y súplicas, el ambiente adquirió una atmósfera vibrante y animada. Las instalaciones se llenaron de un sonido rítmico y humano: aplausos. Hasta el enfermo más grave hizo su mejor intento. Akira sonrió y me guiñó un ojo con aire travieso.

Estábamos haciendo Historia,

aunque en ese momento

no lo sabíamos.

Durante una hora al día, Akira dirigía un taller bautizado por él mismo como “La hora feliz”, en el que enseñaba a los afectados por la bomba a sumergirse en las profundidades del noble arte del *origami*. Grullas, flores de cerezo, abejas... toda clase de formas eran bienvenidas, y todos los días el pequeño entregaba un premio al ganador, que solía consistir en un vaso más de agua para beber. Además, compartían entre ellos anécdotas relacionadas con la figura que habían decidido representar. Pasaron de ser un numeroso grupo de enfermos inútiles a verse como personas que intercambiaban gustos, chistes o simplemente charlas que no tuvieran las palabras “guerra” o “bomba” en el diálogo.

Os parecerá una tontería, pero aquello calmó la tormenta de sus inquietudes. Les mantuvo entretenidos; les dio, de algún modo, esperanza. Atrajo los recuerdos de tiempos mejores y sepultó la realidad durante sesenta minutos al día.

Akira nos enseñó que aún quedaban cosas bellas por las que vivir.

—Es un niño muy especial —me dijo Yuki una tarde mientras hacíamos el recuento de existencias, una especie de inventario de medicinas.

—Estaba equivocado. Pensaba que sería una estupidez, que nada de lo que pudiese hacer conseguiría disipar la oscuridad de esta maldita realidad que nos ha tocado vivir. Pero...—suspiré— estaba equivocado. La gente parece... esperanzada —fruncí el ceño, extrañado—. Es increíble.

—¿Podemos cambiar el curso de las nubes, Satoshi? —Me alentó Yuki—. La única debilidad es la flaqueza de espíritu —tomó mis manos entre las suyas y me sonrió con confianza.

Me sentía más fuerte que nunca.

Aquella noche Akira introdujo un nuevo concepto a su “hora feliz”. Pidió que todos los presentes se sentaran alrededor suyo y fue recogiendo una por una las figuras de *origami* que le tendían los enfermos. Con un par de velas y un panel de arroz algo estropeado, improvisó un cuento proyectando las sombras con ayuda de sus manos y las figuras que había tomado prestadas. Después cambió el juego y tuvimos que adivinar el título de la película que representaba. Pasamos toda la noche riendo, compitiendo y compartiendo ideas. Incluso yo me animé a salir al escenario cuando el grupo coreó mi nombre para representar una escena con el pequeño.

—¡Sa-to-shi, Sa-to-shi! —aplaudieron con alegría.

Akira plegó ochocientas cuarenta y cuatro grullas de papel a lo largo de los días que estuvimos juntos. Conocía la antigua leyenda nipona que cuenta que si alguien desea algo con toda tu alma y realiza la venerable ofrenda de mil grullas de papel a los dioses, estos conceden el anhelo de su corazón.

—¿Y cuál es ese deseo?

Akira no tuvo que pensarlo demasiado.

—Que todos mis nuevos amigos se curen, doctor. Quiero que vivan una vida larga y próspera, y que un día lo que les ha ocurrido sólo parezca un mal sueño del pasado.

*

Ahora, mucho tiempo después de la tragedia, recuerdo esos momentos cuando alzo año tras año la vista al cielo buscando a Akira en la profundidad de las nubes. Si cierro los ojos con fuerza, aún puedo escuchar el eco de su risa.

El bastón aguanta mi peso y me ofrece un soporte estable para permitir que me arrodille frente a la tumba de mi chico. El Parque de la Paz tiene un rinconcito para homenajearle.

Los síntomas al principio fueron muy inespecíficos. De vez en cuando perdía el equilibrio a causa de algún mareo repentino o comenzaba a temblar de frío. Después, conforme avanzaba el cáncer, comenzaron a dar la cara infecciones que nos hicieron sospechar que Akira estaba enfermo de verdad.

Lo que le hizo daño a nuestro pequeño no fue la bomba, sino los efectos colaterales de la misma. Cinco años después de la detonación, la leucemia le estaba plantando una batalla que hasta entonces no había conocido.

Pero no dejó de crear grullas de *origami*.

Ni un solo día.

Sus últimas palabras me persiguen desde entonces:

—Doctor, estoy viendo a mi mamá.

En aquel momento su voz retumbó en el suelo como la flor de cerezo que cae del árbol en todo su esplendor; como la espada de un osado samurái que ya no puede sujetar el peso de su acero. Poco después murió entre mis brazos, acabando nuestra historia de amistad del mismo modo que la habíamos empezado.

Todos los años compro papel especial *washi* en la tien-

da de Tsuru, la hija de Yuki, y vengo a visitarle. Mis figuras no quedan tan bonitas como lo eran las suyas, pero procuro mi mejor intento. Junto a mi creación siempre hay un centenar más que pertenecen a los supervivientes que aún recuerdan a aquel niño que nos hizo felices a todos cuando aquello parecía una misión suicida. Así, con ayuda de todos, Akira consiguió llegar a las mil grullas de papel que honraban las leyendas.

Hoy se cumplen cinco décadas de su muerte, y hace tanto calor como aquel terrible agosto de 1945. Ese pensamiento furtivo me oprime el pecho. Aún hay noches que tengo pesadillas evocadoras de recuerdos malditos. Por suerte, al final de la madrugada el día escampa, la vida sigue y el papel de *origami* destensa mis envejecidos músculos, desviando mi mente a un lugar más tranquilo y calmado.

Su mero recuerdo me reconforta de forma agridulce. Cada día que pasa me convenzo más de que a Akira le crecieron las alas mucho antes de morir, con cada una de sus grullas. Creo que los dioses nos lo regalaron porque hay personas que son luz, y nosotros en esa época necesitábamos mucha. Akira estaba hecho de inquietudes, corazón libre y alegría a prueba de bombas.

Hace cincuenta años, los americanos trajeron su “pequeño chico” a Hiroshima.

Lo que no sabían es que nosotros también teníamos el nuestro.

Ginés Fernández Vicente

Y así funciona esto...

Los primeros escarceos de lectura me llevaron al Cantar del Mío Cid, La Canción de Roldán, el Quijote, el Lazarillo de Tormes y los clásicos españoles Cervantes, Calderón, Quevedo, pasando por Ana Karenina y Cien años de soledad, Platero y yo, El médico a palos y los clásicos griegos: Homero con la Iliada y la Odisea, sin olvidar a Platón, Aristóteles, Sócrates, Plotino o Pitágoras; ni, por supuesto a los latinos Cicerón ni al cordobés Séneca. Más adelante me zambullí en ambientes como el de Tuareg, Cienfuegos o el Perro y en lecturas hindúes, chinas y japonesas que abrieron la perspectiva iniciada con la Biblia, el Talmud o el Sephirat y que se completaron con contenidos más actuales con Dale Carnegie, Ken Wilber, David Bohm, Karl H. Pribram, Carl G. Jung y los doctores Shelye y Laborit, además de mencionar a polémicos profetas del pasado como Erick Von Daniken o Zecharia Sitchin; del futuro como Michio Kaku, o del presente cual Karl Popper, Shrödinger o Joseph A. Ratzinger. Todo ello alimentando la generación de un paradigma multidisciplinar que sirve de caldo de cultivo a una perspectiva holística y atemporal que libera la mente a la hora de expresar situaciones ficcionadas a las que indudablemente impregna el posicionamiento relativo con que se afronta la escritura, la acción novelada y el discurrir de los personajes en escenarios que se van generando durante el transcurso de los acontecimientos.

En cuanto a la escritura, aunque yo siempre he escrito

cosas, ha sido en los últimos años cuando, tras la asistencia a talleres de narrativa y poesía, me he interesado por crear historias más allá de los sentidos y de los sentimientos, evitando que las emociones lideren la trama en un intento de rescatar la acción de la barbarie humana. Ello me ha llevado a inscribirme en la Escuela de Escritores con el fin, alcanzado, de domeñar la imaginación a través de una incipiente literatura.

A pesar de todo, corresponde a los lectores enjuiciar el éxito o fracaso del resultado.

Y así funciona esto...

*“Cualquier parecido con la realidad
está en la mente del lector”*

Llevo seis años trabajando en el servicio de limpieza nocturno del periódico y siempre estaba casi todo vacío cuando llegábamos, pues a las 12 de la noche ya se habían definido las noticias de los tres diarios impresos. Solamente en la quinta planta, justo debajo del nivel de la Dirección, se encontraba el turno de noche del diario virtual que se mantenía actualizado las veinticuatro horas al día, los trescientos sesenta y cinco días al año. Esa noche iniciaban el regreso a sus asuntos y los vimos guardando los papeles en sus escritorios, cerrando los ordenadores y, con caras largas, abandonando la sala con un saludo educado pero triste y en algunos casos terriblemente enojados. Casi todos eran jóvenes, no más de treinta y pocos años, estos eran los más afectados o los que menos lo disimulaban. Los más veteranos, en cambio, parecían más calmados aunque rezumaban hartazgo. No es bueno para la sociedad que se secuestre la voluntad de quienes tienen la responsabilidad de luchar contra el fraude, la corrupción y el latrocinio a través de la publicación de la realidad de lo que está pasando. Pero vivimos tiempos donde el poder de la maquinaria de la comunicación es ejercido para controlar a los despreocupados, lanzándolos emocionalmente contra quien el organizador considera, ocultando lo que el coordinador no quiere que se descubra, sus infames intereses, pues siempre es más grande la viga a esconder que la paja que se magnifica.



Fue un comienzo de turno como de mal agüero, el desaliento en los rostros y los andares cansinos no presagiaba nada bueno. Con esa desazón comenzamos y cuando todo quedó en silencio y Paco, el vigilante nocturno de la entrada del edificio, nos avisó de que estábamos solos, nos relajamos un poco. ¡Se habían marchado hasta los del internet! Algo estaba pasando y no podíamos dejar de darle vueltas. Realizamos nuestro trabajo mucho más rápido que de costumbre, no solo porque nos concentramos más sino porque apenas había nada que limpiar.

Eran poco más de las dos y media de la madrugada, nos quedaban más de dos horas para acabar con nuestro horario de trabajo. Poco antes, Paco nos había avisado de que el sistema de vigilancia interna se había caído y no funcionaba ninguna de las cámaras, pidiéndonos que si veíamos algo extraño se lo comunicáramos y dándonos las gracias de antemano. Nos reunimos en el centro de la estancia, en la “zona de tormenta de ideas”, como ellos la llamaban, y entre los cuatro llegamos a la conclusión de que debíamos investigar qué es lo que estaba pasando. Marta sugirió que miráramos en los escritorios de los reporteros, eran treinta y dos, por lo que nos distribuimos la sala en cuatro partes. La entrada a la derecha para Tania, la de la izquierda para Pedro, la del final a la derecha para mí (Curro) y la de la izquierda al final para Marta que era la de los más veteranos. Nos dimos una hora para ver y fotocopiar si había algo interesante. Pedro, por su otro trabajo, conocía el funcionamiento de la fotocopiadora y sabía trucar el número de fotocopias hechas para no dejar rastro. Comenzamos a revisar los escritorios y comentamos que era muy raro que los cajones de casi todos estuvieran sin cerrar con llave, de hecho era la primera vez que sucedía, y no nos pareció accidental. Este aspecto nos intrigó más si cabe y comenzamos a seleccionar documentos para fotocopiar, cuidando de dejarlos de la misma forma que los habíamos encontrado.

Tras casi una hora, a las tres treinta de la madrugada, nos volvimos a reunir en la sala común para compartir nuestros descubrimientos. Lo pusimos todo sobre una mesa limpia, diáfana, como nunca había estado. En total seleccionamos casi setenta documentos, a cual más impactante, y comenzamos a organizarlos. En veinte minutos estábamos ante siete temas diferenciados que aparentemente no tenían relación o eso creíamos nosotros. Nos quedaba una hora y comenzamos a ver tema por tema.

El primero trataba de desaladoras, más exactamente de la financiación de la construcción de decenas de ellas en las costas españolas y el nexo común, según los documentos, era las comisiones que determinado partido por un lado y alguno de sus altos cargos del ministerio de fomento se habían embolsado en dinero totalmente opaco. A esto se sumaba que habían encontrado al mismísimo Ministro con un maletín de dinero negro realizando un pago en una gasolinera de las afueras. Todo estaba bien documentado, por lo que pensamos que dado que era el “partido del pueblo” les había entristecido tener que publicar una noticia de esta trascendencia.

El segundo tema estaba relacionado con los fondos con los que la Comisión Europea financiaba la formación de desempleados y la capacitación de personal de bajo nivel educativo y aireaba el modus operandi de los actores del latrocinio, todos ellos personal de sindicatos y partidos de los trabajadores o “del pueblo” como a ellos les gustaba llamarse. El contenido fundamentaba la trama de corrupción incluso con compra de droga para consumo de los cargos responsables del entramado. No cabe duda de que esta noticia también colisionaba frontalmente con la filosofía popular del periódico y podría ser causa de zozobra por tener que publicarla.

El tercer asunto nos llevaba a cuestiones más turbias, relacionadas con comisiones multimillonarias del partido en el gobierno por la actualización casi de ciencia ficción

de multitud de pequeños aeropuertos repartidos por la geografía nacional, y que debía de haber sido desechada tras los estudios de viabilidad presentados por los técnicos del Ministerio de Fomento, pero que se había realizado dejando casi un treinta por ciento del presupuesto en las arcas del “partido del pueblo” y sus dirigentes más representativos. Algo que sin duda sumaba para la carga de tristeza que habíamos visto en los reporteros al marcharse. No nos cabía duda de esto.

Apenas eran las cuatro y diez de la madrugada y habíamos estructurado tres de los siete temas con un resultado harto sorprendente y justificativo de la actitud de quienes tenían la obligación de comunicar a la sociedad estas corrupciones. Pero esto solo era el comienzo de una larga hora. Tania y Pedro fueron por vasos de agua para humedecer una garganta que se nos secaba por momentos, ¡esto es inaudito! Una cosa era escucharlo en las noticias y otra muy diferente verlo con nuestros propios ojos sin que las “comidillas de la jetset” o de tal o cual jugador de fútbol nos reclamara la atención con más intensidad. Y con interés renovado, continuamos la revisión de la documentación.

El cuarto asunto fue más complejo, pues lo llevaban cinco reporteros diferentes y tenían perfectamente compartimentada la información. Los aspectos principales eran, por tanto, cinco: el secuestro de niños menores de 14 años en determinadas zonas de la geografía española; la desaparición de niñas, también menores de 14 años, en otras zonas diferenciadas de las anteriores; la captación de menores, niños, para trabajos caseros o en determinados lupanares; la captación de menores, niñas, para trabajos caseros o en casas de lenocinio; la red de clientela tanto documental como en soporte informático que controlaba toda la organización de pederastia internacional, fundamentalmente homosexual, asentada en determinados focos de la costa española. Esto nos dejó atónitos, nos mirábamos sin dar crédito a lo que estábamos viendo, to-

talmente argumentado y que implicaba a personal de altas esferas de la sociedad civil, la judicatura, la política, los “MasMedia” y determinadas ONG,s con la connivencia de algunos estamentos policiales. No nos cabía duda del mal cuerpo que deberían tener nuestros compañeros de la redacción, sobre todo si tenían amistad con algunos de los nombres que figuraban en los documentos.

La quinta trama fue la más dura para Tania y Pedro, más creyentes que Marta y yo. Trataba de cómo algunas jerarquías eclesásticas funcionaban como auténticas corporaciones del mal, buscando el rendimiento dinerario en beneficio último de sus altas esferas y de cómo sus modos de actuación no se distinguían de los brókers. Con el consiguiente fraude a la estructura caritativa de obligado cumplimiento. Para estos jerarcas, la curia, era un modo de acceder a los placeres de la vida lujosa e incluso de lujuria. Aparecían en fotos donde se les veía con lo más selecto de la política y de la sociedad civil laica e incluso antirreligiosa sin ningún pudor ni recato, algo francamente vomitivo, que nos dejó con un desasosiego interno que en momentos fue mutando a indignación. Estaba claro el porqué de los ánimos de los periodistas al marcharse. Debía de ser duro publicar semejantes noticias sin dejar de pensar en el colapso que podrían provocar a las buenas personas.

Apenas nos quedaba media hora para acabar el turno y dos temas por revisar, pero nuestro entusiasmo inicial se había acabado, ahora estábamos indignados y queríamos conocer qué más se estaba gestando en el periódico. Éramos conscientes de que seríamos los primeros en saberlo, antes de que las primeras ediciones llegaran a los quioscos. Tomamos sendos tragos de agua y continuamos con interés el repaso a las dos cuestiones pendientes.

El sexto tema trataba de algo que nos pareció de ciencia ficción, porque de eso no se hablaba nada en las noticias de ningún sitio. Los documentos que teníamos entre las manos hablaban de abusos sexuales en un centro de for-

mación de las Fuerzas Armadas. Algo que por su temática podría resultar conocido, pero no era así. Se trataba de los abusos que lesbianas activas realizaron a las chicas heterosexuales con las que compartían módulo femenino en dicho centro de formación. Aparecían nombres, fechas, hechos. Incluso informes médicos de las lesiones sufridas por las víctimas en las zonas erógenas, la vagina, el ano y otras partes del cuerpo. Era aterradora la lectura de las declaraciones, algunas de hacía varios años y ¡no se había hecho nada! Nos entretuvimos más de lo debido con este tema que nos afectó en demasía, indignados por la inacción de las autoridades y aterrados por el poder de ocultación del lobby LGBT, que tan reivindicativo se mostraba.

Apenas nos quedaban quince minutos para el séptimo asunto, menos mal que solamente tenía tres folios y más de la mitad eran cuadros dibujos y fotografías. O eso creíamos nosotros.

El séptimo y último contenido, según la documentación, era la punta del iceberg de una organización que aglutinaba y se situaba por encima de algunos de los partidos políticos de llamado frente social y que manejaba los nombramientos, imponía los objetivos, definía las estrategias y, si era menester, eliminaba discretamente a los reticentes. De todo lo que más nos asustó fue la condición indispensable para la selección, decía textualmente: “se ha de elegir a los más abyectos, con la mínima formación imprescindible para obedecer ciegamente sin que sus conciencias interfieran en el cumplimiento de lo que se les diga. Ya haremos nosotros sus perfiles adecuados a los entornos sociales que han de liderar”. ¡Qué angustia! Solamente pensar en eso es terrorífico. Además figuraba un esquema con los responsables de mantener en secreto todo el sistema. No nos extrañaba en absoluto la pesadumbre del personal del periódico ante el panorama que habían de publicar.

Pedro se apresuró a manipular la fotocopidora después de hacer cuatro copias de toda la documentación

cuando apenas faltaban tres minutos para las cinco de la madrugada. Nos sentíamos mal por lo que habíamos hecho, pero, como dijo Marta, si no habían cerrado sus cajones es porque querían que eso se supiera y además esa mañana en apenas una hora todo el mundo podría leerlo. Aun así nos prometimos no contar a nadie nada de lo que habíamos hecho esa noche. Dejamos nuestros aperos de trabajo en su sitio, nos cambiamos y, como siempre, a las cinco y cuarto en punto nos presentamos ante Paco para intercambiar saludos y buenos deseos para el día que comenzaba. Nos veríamos a la noche y podríamos comentar con él los terribles acontecimientos que nosotros ya sabíamos.

Nos despedimos a la salida y cada uno recorrió su camino hacia casa.

Antes de llegar, al atravesar el jardín, me desvié hacia el quiosco de Asun que acababa de abrir y estaba colocando el material en los expositores. Le pedí un ejemplar del periódico y marché raudo a casa tras intercambiar comentarios sobre el tiempo y los dulces. Esa mañana desayunaría antes de acostarme leyendo las noticias que yo ya sabía y comprobaría si los reporteros le habían dado la importancia a los mismos puntos que nosotros.

Preparé las tostadas con tomate, aceite y sal y un vaso de leche sin lactosa, endulzada con unas hojas de estevia. Me senté frente a la televisión por oír las noticias de la mañana, que indudablemente se harían eco de todo, abrí el periódico, comencé a pasar lentamente las páginas sin perder detalle y...

... no había ninguna noticia de las que revisamos durante la noche.

Entonces comprendí la situación y el ambiente a nuestra llegada. Les habían prohibido publicarlas. Indudablemente alguien estaba muy interesado en echar tierra sobre los asuntos y ahora ¡nosotros teníamos la información! Tenía que avisar a Tania, Pedro y Marta cuanto antes...

Iván Rosique González

La merienda del otro

No sé si fue antes el huevo o la gallina, pero en mi caso (y me gusta pensar que en el de la mayoría) fue antes el lector que el escritor. Recuerdo, desde bien pequeño, guardarme la calderilla que mi madre me daba para la merienda y ahorrar el dinero para libros. Y no es que no me gustara comerme un bollycao como al resto de chavales, pero mi imaginación tenía más hambre que mi estómago. Qué diablos, ¡también era una mejor inversión! Creo recordar que en el quiosco del colegio los vendían a cien pesetas. Un libro en edición de bolsillo, por lo tanto, me costaba lo que unos diez bollycaos. ¿Cuántas horas de diversión me podía ofrecer un libro? ¿Y cuánto podía tardar un zagal de ocho años en zamparse 10 bollycaos? No más preguntas, Señoría.

Con la adolescencia llegaron los granos y los picores. Los granos se explotan (lo siento, dermatólogos, es imposible resistirse a esa nauseabunda explosión de pus) y los picores se rascan. Pero entonces descubrí que hay picores que no te puedes aliviar por más que lo intentes. Inquietudes y penas a las que no llega la mano. Escribir resultó un estupendo rascador emocional y todavía lo sigue siendo. Supongo que al final la genuina literatura se reduce a eso: tipos corrientes, más bien tristes, que cogen una página en blanco para descargar en ella toda clase de inquietudes, quebrantos y frustraciones. He tenido la ocasión de disfrutar de algún que otro spa de los buenos, pero no conozco nada más liberador que ponerle el último punto a un relato especialmente catárquico. Y en esas estamos...



La merienda del otro

24 DE NOVIEMBRE

“**L**a estrella ha fallecido en su casa de Kensington, en Londres, a causa de una bronconeumonía provocada por el virus a la edad de 45 años. La tragedia ha tenido lugar apenas un día después de que el cantante anunciara públicamente su enfermedad, lo que le convirtió de inmediato en uno de los rostros públicos del sida, un estigma que...” —la voz del locutor enmudeció con un chasquido. La hermana Gertrudis había apagado el transistor con una mueca de desaprobación.

—¿Ve, don Esteban, la mano de Dios? Un día le otorgó para arrepentirse de sus pecados, ¡uno solo! Y ahora, ¡fulminado! Por maricón —la monja se persignó y acto seguido se ajustó las gafas, que se le habían bajado cómicamente hasta la punta de su nariz de urraca—. Alabado sea el Señor.

—Pues a mí me gustaba ese Freddie Mercury. Tenía voz de ángel —repuso él—. Que se haya muerto es una desgracia, lo pinte usted como lo pinte.

—¡Don Esteban! A su edad, escuchando esa música de yeyés... ¡Pues más razón me da usted! ¿Dios le da voz de ángel y se lo paga volviéndose un demonio? El Padre da sus dones para predicar su santa palabra, pero claro, es mucho más fácil ser un fornicador y un vividor. Escúcheme bien, don Esteban, Sodoma entera ardió en un momento bajo lluvias de azufre. ¿Qué es un hombre, en cambio? Tiempo tuvo para enderezarse, ¡tiempo tuvo! Precisamente usted debería ponerse de mi lado, que plantó cara a esos diablos

rojos de los republicanos. ¡Le tenía yo a usted por un hombre hecho y derecho!

Esteban sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza. Quiso decirle a la hermana Gertrudis que ningún dios digno de adoración mandaba enfermedades a nadie. También que no hubo ningún diablo, ni rojo ni azul, en aquella condenada guerra que no fue la guerra de ninguno de los que la libraron. Todo fue un embuste sostenido sobre viejas envidias y rencillas de vecinos, un polvorín al que italianos y alemanes le habían prendido fuego para azuzar a los suyos. Y que mientras ella le lamía el culo o lo que fuera menester al obispo, remendando heridos con una mano y denunciando desertores rojos con la otra, él tragaba barro y cagaba sangre y viceversa mientras veía caer muertos a niños por el gatillo de sus hermanos. Esas cosas y muchas otras quiso decirle a la monja, pero calló. Porque hay cosas que una vez dichas ya no tienen arreglo y en su posición más valía morderse la lengua que estar de malas con ella. Así que mantuvo sus labios sellados con esa sonrisa calmada de la que siempre procuraba armarse ante cualquier adversidad.

Esteban mantuvo esa postura de perfecto caballero hasta que notó cómo se le relajaba el nervio del bigote, recortado como el de Sean Connery en aquella película de Cuba. No era el único rasgo que compartía con él. Poseía un cierto parecido que se fue haciendo más evidente conforme el actor escocés se acercaba a los sesenta años. Por desgracia para Esteban, también el tiempo corría para sí mismo y cada día tenía más de anciano y menos de señor maduro con buena planta.

—Agua pasada no mueve molino —zanjó finalmente, con tono conciliador, mientras se ajustaba su sombrero de fieltro, tan gris como su cabello—. Entonces, ¿todo bien por aquí?

—Tranquilo, como siempre. Pase si quiere, hace buena tarde —respondió ella, ligeramente decepcionada al com-

probar que su provocación tampoco había surtido efecto en esa ocasión.

La monja no se equivocaba. En el patio lucía un sol radiante que hacía que las flores de los jardines relucieran como un manto de luces de colores, una estampa nada propia de los últimos días de noviembre. En el centro de la estancia se alzaba sobre una base de piedra un modesto Cristo de escayola, que parecía presidir el lugar con bondadosa aprobación. A su alrededor se distribuían, como manando de su divinidad, una serie de pasillos circulares concéntricos, separados por muros vegetales, y a lo largo de los mismos había repartidos numerosos bancos de madera.

La mayor parte de los internos disfrutaban de los asientos, que habían sido pintados recientemente y aún conservaban el brillo de la pintura. Algunos de los más lúcidos saludaron a Esteban a su paso, saludos que él correspondió con familiaridad, mientras que otros seguían enfrascados en sus actividades vespertinas, tales como leer el periódico, pintar o hacer ganchillo. Otros menos lúcidos balbuceaban galimatías ininteligibles, reaccionaban con temor o incluso con hostilidad ante su presencia. Los casos más tristes, sin embargo, eran aquellos que ni siquiera se percataban de ella en absoluto. Algo se le encogía por dentro cuando veía a aquellos ancianos de ojos vidriosos, con la mirada fija en el infinito y un hilillo de baba cayéndoles por la comisura de la boca. ¿Seguía su ser ahí dentro, en algún lugar? Había visto muchos horrores a lo largo de su vida, pero esas criaturas tristes, esos cuerpos sin alma, habían sufrido un destino peor que la muerte. De algún modo se habían quedado atrapados entre este mundo y el otro. Encarcelados en un cuerpo decrepito. Estaban vivos sin estarlo. Esteban no lo entendía y allí, en ese lugar pretendidamente santo, le parecía un recordatorio divino de la fragilidad humana.

Casi como si el propio Dios quisiera decirles “mirad, sois barro, la edad no solo marchitará vuestra carne, también quebrará vuestra mente”.

La presencia de Adela sacó al hombre de sus oscuras reflexiones. Estaba sentada en el mismo banco de siempre, con una fiambarrera de hojalata sobre sus rodillas. En su tapa, una ilustración de los años 50 representaba a una familia feliz disfrutando de unas botellas de Coca-Cola. La nostálgica estampa estaba pervertida por algunas corrosiones de óxido que le daban un aspecto decadente. Ella vestía un recatado vestido de flores, de colorido alegre pero de corte clásico, apropiado para una mujer de su edad. Su cabello, tintado de caoba y recogido en un moño, habría sido un signo de coquetería en cualquier otro lugar, pero allí era un indicativo de que la cuidaban bien. Esteban sonrió con aprobación y se acercó a ella.

—Buenas tardes, veo que su asiento está libre, ¿le importaría si me siento con usted?

—Buenas. Lo siento, es que se lo estoy guardando a mi novio —le respondió ella con apuro—. Debe de estar al llegar.

—Discúlpeme entonces. Me quedaré de pie.

Si no fuera por el sonido intermitente de las cigarras, el canto de los pájaros y las hojas agitadas por la brisa, habría parecido que el tiempo se había parado entre los dos mayores. Permanecieron inertes, como dos estatuas, durante un buen rato. Adela sentada y Esteban plantado junto al banco. Fue ella la que rompió el mutismo.

—Me llamo Adela. No sé qué pasa, mi novio siempre es muy puntual. Puede sentarse hasta que venga, si quiere.

—Muchas gracias, Adela, encantado de conocerla. Yo me llamo Esteban —le tomó la palabra y tomó asiento, dejando un respetuoso espacio entre los dos.

—Es aprendiz de carpintero, ¿sabe? Los sábados por la

tarde le dejan terminar antes, así que le traigo la merienda y después nos damos un paseo por el parque.

—Pero Adela, hoy es martes —corrigió él.

—Está usted confundido, don Esteban —le sonrió—. El sábado es el que viene después del viernes.

—¡Claro! Es verdad, ya es sábado. Los días pasan tan rápido que no te das ni cuenta —ambos rieron y continuaron charlando largo rato sobre las nimiedades habituales entre dos desconocidos.

La tarde avanzó con rapidez. Es bien sabido que el tiempo grato también es el más breve, como si los relojes entraran en celos ante la dicha ajena y corrieran más para acortarla. El cielo había comenzado a tornarse de color rosado y en breve los últimos internos que quedaban en el patio regresarían a la residencia para tomar la cena. Los demás ya habían vuelto al edificio, pues había empezado a refrescar. Fue entonces cuando Adela adquirió una expresión seria y le preguntó a Esteban si creía que al final habría guerra. Él recibió la pregunta como un puñetazo. Se tomó un rato para contestar y cuando finalmente lo hizo empleó un tono sumamente cariñoso, pero a la vez cargado de gravedad.

—Adela... La guerra ya fue. Hace más de cincuenta años que terminó. ¿No recuerdas? Tu novio no vendrá porque nunca volvió. Lo reclutaron los republicanos —no necesitó terminar la frase para entender se estaba metiendo en un callejón sin salida, pero ya había abierto el melón y tenía que continuar hasta el final, por mucho que le doliera ver el rostro de la mujer retorcerse de desconcierto—. Llegaron al pueblo y lo subieron a un camión, como a tantos otros, para luchar por la República. Recuerda, te lo contó Joaquina, la del Molinero, cómo lo encañonaron y le dieron a elegir entre defender la causa de buena gana o reventar ahí mismo.

—¡Cállese, viejo! ¿Qué disparates está diciendo? Usted... ¡chochea! ¡Está loco! Por favor váyase de aquí, ¡déjeme en paz! —gritó ella, entre sollozos. En un arrebato arrojó su fiambrera de metal contra el suelo. El golpe resonó como una campana, atrayendo la atención de los presentes. La hermana Gertrudis se apresuró en llegar hasta el lugar—. Mi novio está perfectamente, lo vi ayer, y vendrá en cualquier momento.

—¡Está muerto, Adela! ¡Tienes que recordar! Por favor, recuerda.

—Don Esteban, debo pedirle que se vaya —irrumpió la monja con severidad—. ¿Tengo que repetirle lo que le dije la última vez? Creía que todo había quedado claro —se sentó junto a Adela y la abrazó para consolarla—. ¡Tranquila! Ya se va. No te preocupes, no pasa nada, todo está bien.

Apesadumbrado, el hombre se ajustó el sombrero, pidió disculpas y abandonó el edificio con una insoportable sensación de derrota. No por haber perdido el control de la situación, algo que desde luego lamentaba, sino porque en su pecho se habían reavivado llamas que creía apagadas desde hacía mucho tiempo.

8 DE DICIEMBRE

Cuando Esteban pasó por recepción había varias hermanas colocando adornos en un árbol de alambre que había visto navidades mejores. Sus ramas peladas parecían más propias de una película de terror y se guardó para sí la pregunta de por qué en lugar de montar aquella birria no decoraban uno de los hermosos árboles naturales que había en el exterior. Demasiado trabajo y demasiados adornos, supuso. Ya fantaseaba con la idea de que la hermana Gertrudis se hubiera ido de vacaciones, si es que sabía lo que era tal cosa, pero entonces se topó con ella junto a la imponente escalera del vestíbulo.

—Buenos días y felices fiestas —la saludó.

—Más bien buenas tardes, don Esteban, que es ya hora de merendar —respondió ella, dirigiéndole una mirada severa.

—¿Pero es que tiene usted que dar siempre la puntilla? Todos los días la encuentro de morros, caray.

—Pues deje de venir todos los días y así no me verá de morros —repuso la mujer, con ensayado tono cortante.

—Pues como no quiera usted restringir las visitas y convertir este sitio en una cárcel, me parece que no va a tener esa suerte.

—Ande, ande, no se me ofenda a estas alturas. Venga, pase, que la tiene donde siempre —él inclinó la cabeza y le guiñó un ojo burlonamente.

En el patio de la residencia todos tenían frío, incluso las rosas, que se abrazaban cerrando sus pétalos ennegrecidos. Sin embargo, pocos eran los residentes que preferían quedarse en el interior del edificio. Esas horas de aire limpio, sin techo ni paredes, eran demasiado valiosas para desperdiciarlas, y no les importaba pasar algo de frío a cambio de seguir disfrutando de su parte favorita del día. A pesar de los resfriados, las monjas lo aceptaban. En ese lugar la estabilidad emocional se cuidaba tanto o incluso más que la salud física.

—Los búhos cantan coplas de Manolo Escobar, ¡ja! ¡Olé! —graznó un señor muy mayor, abordando a Esteban. Llevaba una gruesa bata de cuadros y por la entrepierna de su pantalón de pana se extendía como una ola una mancha de humedad. Se había orinado encima. Una de las monjas de guardia se percató de la escena y acudió rápidamente a llevárselo.

—Para lo que hemos quedado —murmuró Esteban. Ella puso cara de circunstancia y condujo al viejo de vuelta para que lo asearan. Él opuso cierta resistencia, de modo

que tuvo que cogerlo del brazo con una firmeza que algunos habrían considerado algo excesiva. Quizá lo verían de otra manera si supieran lo que era pasarse el día entre ancianos que ni siquiera saben cómo se llaman, dando gracias a Dios cuando lo que se hacían encima era solo aguas menores.

Adela estaba sentada en el mismo banco de siempre. Nadie entendía por qué elegía ese asiento en concreto, habiendo tantos y todos aparentemente iguales, pero por lo general se respetaba su preferencia. Puede que aquellas personas hubieran perdido el juicio, pero inexplicablemente habían interiorizado ese acuerdo de algún modo y lo respetaban. En las contadas ocasiones en las que alguien se le adelantaba, ella simplemente aguardaba en silencio hasta que volviera a quedar libre. Entonces se sentaba, tal como estaba ahora, tesa como un palo y con su fiamblera de hojalata sobre las rodillas.

—Buenas, veo que su asiento está libre, ¿me permitiría sentarme con usted? —preguntó Esteban.

—Buenas tardes. Lo siento mucho, es que se lo estoy guardando a mi novio —respondió ella—. No debe de tardar mucho en llegar. Los sábados por la tarde siempre viene a esta hora.

—Oh, vaya. Discúlpeme entonces. Me quedaré de pie —y así quedaron hasta que, al ver que no llegaba nadie, ella finalmente accedió.

—Muchas gracias, Adela. A cierta edad las piernas ya no aguantan como antes.

—Perdone, ¿le conozco? No recuerdo haberle dicho mi nombre —Esteban se quedó algo bloqueado al darse cuenta de su lapsus.

—¡Ah, cierto, olvidé presentarme! Me llamo Esteban. Soy... Eh... Tengo algunos negocios con su padre, estoy de paso en el pueblo. Me mencionó que su hija menor solía

venir mucho por este parque y, a juzgar por su edad, me imaginaba que debía ser usted —él se acercó un poco y la miró fijamente a los ojos—. A decir verdad la vi una vez cuando era algo más pequeña, ¿no se acuerda usted de mí?

—Encantada de conocerle, don Esteban. Lo siento, pero la verdad es que no caigo, le ruego que me perdone.

—¡Fíjese bien, por favor! Haga memoria. Estoy algo más viejo, pero debería acordarse.

—Lo lamento, pero no recuerdo haberle visto antes...

La súbita vehemencia de Esteban, a sus ojos un completo desconocido, dejó a la mujer algo incómoda y un poco preocupada por las intenciones de ese extraño que aseguraba conocerla. Miró a su alrededor, buscando con la mirada a alguien que pudiera auxiliarla, pero comprobó que estaba sola y decidió que lo mejor sería abandonar el lugar. Los demás internos, ocupados cada uno con sus quehaceres, eran invisibles para ella.

—Bueno, la verdad es que se ha hecho ya un poco tarde y me parece que a mi novio se le ha hecho tarde. Es aprendiz de carpintero, ¿sabe? Habrá tenido que quedarse para acabar algún trabajo —se disculpó, con intención de alejarse de Esteban.

—No, por favor, no se vaya. Puedo hacerle compañía mientras llega, seguro que no tardará en venir —aquella petición insistente le encendió las alarmas, confirmándole que aquel hombre podía ser un peligro. Asustada, se puso en pie y se despidió apresuradamente, argumentando que su madre la estaba esperando en casa.

Esteban se quedó en el banco, viendo apenado cómo Adela aceleraba el paso hasta perderse dentro de la residencia. Esperó un tiempo prudencial hasta que finalmente recorrió el mismo camino y emprendió el largo camino de regreso a casa.

Esteban le entregó un abultado sobre a la hermana Gertrudis. A diferencia del resto de la residencia, que había sido decorada meticulosamente para dar una sensación de calidez hogareña, su despacho era un lugar yermo, de mobiliario escaso y poco acogedor. Un espartano escritorio de madera lacada, un viejo archivador y una librería cargada de tomos polvorientos eran la única equipación que había en la habitación, junto a una gran butaca de cuero como único elemento más o menos ostentoso. Tenía sentido, para cualquiera que la conociera, que su único dispendio se hubiera invertido en proporcionar la máxima comodidad a su voluminoso trasero. En cuanto a la decoración, uno habría esperado ver algunos óleos de Jesucristo pintado al estilo renacentista, pero en su lugar las paredes estaban desnudas, a excepción de un oxidado crucifijo de metal que parecía robado de algún cementerio. Probablemente fuera alguna reliquia familiar que tuviera algún significado personal para ella. Frente a la mesa, una modesta silla de plástico servía de asiento para su interlocutor.

—Don Esteban, ¿no conoce las domiciliaciones bancarias? No conviene salir a la calle con un sobre como este en el bolsillo —señaló, mientras contaba los billetes que contenía—. Hay mucho maleante suelto por las calles.

—Más maleantes hay en los bancos, se lo aseguro —respondió él con una sonrisa mordaz—. No, yo prefiero manejar el dinero en mano, como siempre se ha hecho.

La monja se levantó y se dirigió hacia el archivador. Cogió una de las carpetas y, tras aterrizar sonoramente su enorme culo en la butaca, hizo algunos apuntes en la ficha.

—Está bien, usted siempre trae su contribución puntualmente y no seré yo la que le diga a un hombre qué hacer con su dinero.

—Bueno, pues si hemos terminado... —se levantó de la

silla pero antes de que hubiera abandonado el despacho ella le interrumpió.

—Don Esteban, hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero sepa que le aprecio —se aclaró la garganta—. Me gustaría decirle que a veces en la vida hay que saber cuándo pasar página, lo sabe usted mejor que nadie.

—¿A qué se refiere con que lo sé mejor que nadie?

—Me entiende perfectamente —le insistió desafiante. Esteban se apoyó en el marco de la puerta y le sostuvo la mirada durante un rato antes de contestar.

—Mire, hermana, no vuelva a darme la matraca con eso. Estoy cansado de que insista en remover la mierda. Tenga claro de una vez que yo no soy un hombre de ideologías.

—No, pero luchó en el bando correcto. En el que ganó —el hombre resopló, cansado.

—Yo tragué con el bando que me tocó e hice lo que pude para salvar el pellejo, como habría hecho cualquiera. Nosotros, los pobres desgraciados, no tuvimos el lujo de elegir en qué lado del frente queríamos que nos mataran. Elegían por nosotros. Si en lugar de vivir en mi pueblo hubiera nacido en cualquier otro probablemente no estaría aquí ahora, hablando con usted. Estaría en alguna zanja —Esteban golpeó el marco de la puerta con los nudillos, como para remarcar sus palabras—. Y tenga muy clara una cosa, hermana. Nadie ganó esa guerra, todos perdimos.

Esa tarde, como todas las demás, la pasó Esteban charlando con Adela entre limoneros y rosales. No así su espíritu, que se hallaba perdido en algún lugar muy lejano, tanto en tiempo como en espacio. La hermana Gertrudis había agitado el avispero y su talante afable se había visto sustituido por un agrio desánimo que tardaría unos días en disiparse. Sí, había salido vivo, pero no estaba orgulloso. No estaba nada orgulloso.

“El príncipe Naruhito es uno de los ilustres visitantes que se esperan en los próximos meses. El heredero al trono del país asiático viajará hasta España a finales de julio para asistir al Día de Japón en la Expo de Sevilla. También se espera su presencia en la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, que tendrá lugar en...” —la hermana Julia bajó el volumen del transistor y saludó a Esteban.

—¡Cuánto bueno por aquí! —respondió él, visiblemente contento de verla. Era una chica joven, risueña y de buena figura, la clase de mujer que ningún hombre esperaría ver casada con Dios. Y, desde luego, hacía falta ser muy buen feligrés para no verlo como un verdadero desperdicio—. ¿Cómo es que está usted en la primera línea del frente? ¿No está por aquí la Bruja Malvada del Oeste?

—Don Esteban, ¡no sea usted malo! Ya sé yo que es algo gruñona y un poco antigua, pero tiene buen corazón. Aunque lo cierto es que sí se ha ido al oeste. Su madre, la pobre, está muy pachucha. Si el Señor no hace un milagro parece ser que no verá llegar la primavera.

—Vaya, cuánto lo siento. ¿Es cosa jodida?

—Y tanto... Cáncer. Entre su edad y que se lo han pillado tarde... Mala cosa —respondió, apenada.

—Pues es menester que se le acabe pronto el padecimiento.

—Si Dios quiere —le dirigió una mirada que habría desarmado a cualquier hombre joven y sonrió con afecto—. Bueno, vendrá a ver a su Adela, ¿no? Puede salir al patio, acaban de salir todos.

—Sí, ¿qué tal va?

—Bueno, su estado es el que es. La pobre... Pero está bien. No parece empeorar y aquí se la ve bastante tranquila. Nunca ha dado problemas. Estoy segura de que la hermana Gertrudis firmaría para que al menos la mitad

de los internos se portaran así de bien. ¿Sabe lo del Cristo de ayer, no?

—No, ¿qué pasó?

—Pues nada, el señor Ernesto, que tuvo a bien hacerse encima y lanzar la plasta contra la estatua del Salvador — la hermana Julia puso una mueca de desagrado. Hasta eso lo hacía con gracia, y se persignó. El delirante sacrilegio del viejo hizo estallar a Esteban en una carcajada salvaje. La monja le dirigió una mirada de censura pero, al cabo de un rato, se unió a las risas.

—¡Ay, don Esteban, pare! No me haga reír, que fue un asunto muy serio. No sabe usted lo que le costó a las hermanas limpiar el destrozo. ¡Menudo escándalo!

—Menos mal que la Gertrudis está fuera, le habría dado un infarto.

—Calle, que pasó cuando aún no se había ido. Todavía puedo escuchar los gritos —ambos se unieron en una sonora risotada que les ganó una amonestación en forma de siseo.

Esteban dejó el mostrador de recepción y se dirigió hacia el patio, no sin antes aceptar un pañuelo desechable que le ofreció la hermana Julia para que pudiera limpiarse las lágrimas que le corrían por las mejillas, resaltando las arrugas de la piel a su paso.

Marzo había arrojado sobre los jardines el primer aliento de la primavera. Las flores aún no habían desplegado todo su esplendor, pero ya habían comenzado a abrirse los primeros capullos, anticipando la promesa de unos colores por llegar. El patio bullía con el trasiego habitual de una tarde cualquiera de marzo. Unos viejos se discutían la posesión de un periódico, una monja amonestaba a alguien por correr, una señora se hurgaba en la nariz junto a un Cristo de escayola que ya nadie volvería a mirar con los mismos ojos y Adela permanecía expectante en su banco

habitual, con su fiambarrera de hojalata sobre las rodillas, esperando a un hombre que nunca vendría.

—Buenas tardes —saludó Esteban—, ¿me da su permiso para acompañarla? Veo que su asiento está libre.

—Buenas tardes tenga usted. Lo siento pero estoy esperando a mi novio —repuso ella, cordial pero firme.

—Oh, no se preocupe. Estoy bien así.

Esteban se quedó apoyado en una farola junto al banco. De vez en cuando le dirigía algunas miradas furtivas a Adela, con gran disimulo, para no alarmarla. Estudiaba detenidamente su comportamiento, cada detalle, empeñado en hallar algún método que le permitiera llegar hasta ella. Algún hilo del que tirar. Pero los meses pasaban y Esteban seguía sin ser capaz de romper el bucle. Adela siempre permanecía con la misma postura rígida, con la misma sonrisa expectante dibujada en la cara. Desde que vivía allí se había quedado congelada, condenada a repetir aquel sábado una y otra vez, cada día de lo que le quedaba de vida. Cualquier intento de penetrar en esa caja fuerte en la que se había convertido su memoria era inútil.

Y sin embargo a Esteban le parecía que era feliz, a su manera. Eso era bueno. Lo hacía mucho más llevadero. Los últimos años habían sido muy difíciles. Todo comenzó con pequeños lapsus. Conversaciones olvidadas, a pesar de haber tenido lugar apenas diez minutos antes. Objetos extraviados que finalmente resultaba tener en la mano o en el bolsillo. Ese tipo de cosas. Luego empezó a tener problemas para recordarlo a él. Hasta que finalmente ya no pudo recordarlo en absoluto. Se despertaba por las mañanas gritando de terror debido a la presencia de un extraño en su cama. Y entonces la convivencia con la que había sido su esposa durante casi cincuenta años se volvió completamente imposible.

Adela se había adaptado extraordinariamente bien a la residencia, a pesar de vivir rodeada de desconocidos. Probablemente tenía mucho que ver el hecho de que el edifi-

cio le recordara a la casona familiar donde se había criado. El huerto familiar no debió tenerle mucho que envidiar a aquel patio ajardinado. Su padre fue un hombre de negocios con influencias, se podría decir que casi un cacique local.

Adela con frecuencia tomaba a las monjas que cuidaban de ella por su madre y ellas, que Dios las bendiga, se mostraban encantadas con la confusión. Hacían lo posible por alimentar la farsa, un teatro en el que incluso la hermana Gertrudis participaba con agrado. A Esteban siempre le pareció que las hermanas la trataban como la hija que nunca tendrían. Eso también era bueno. Ese tipo de atención casi maternal era lo que él quería para ella.

Tras un rato de silenciosa compañía, la mujer se dirigió hacia Esteban, que seguía apoyado junto a la farola.

—Mi nombre es Adela —le dijo—. No tiene por qué quedarse ahí. Por favor, siéntese si quiere hasta que venga mi novio.

—Gracias, Adela, es un placer. Yo me llamo Esteban —respondió, mientras tomaba asiento.

—Siempre es muy puntual. Habrá habido algún problema y el jefe le habrá mandado quedarse. Es aprendiz de carpintero, ¿sabe? Los sábados sale a esta hora, así que quedamos en este parque para tomar la merienda juntos.

—Eso está muy bien, Adela. Hay que hacer cinco comidas al día y la merienda siempre ha sido mi favorita.

—¡Cinco comidas! Eso debería decírselo a mi madre. Ella siempre dice que una señorita solo debe comer al mediodía y por la noche, de lo contrario se pone gorda y ya no la quieren los hombres.

—Eso son paparruchas. Además, Adela, estoy seguro de que a usted la querría cualquier hombre, gorda o delgada —ella respondió al cumplido riendo coquetamente.

—A mí solo me interesa mi Julio, ¿sabe usted? Cuando termine de aprender el oficio abriré un taller y podremos casarnos.

—Así que Julio, ¿eh?

—Sí, así se llama mi novio —respondió, sin llegar a percatarse de la contracción delatora que un ojo más atento podría haber observado en el bigote de Esteban.

Y es que, a pesar de que había estado bajo la sombra de ese hombre durante todo su matrimonio, desde aquella noche de bodas sin sangre, era la primera vez que Esteban oía ese nombre. Nunca quiso saberlo y Adela, por respeto, nunca lo pronunció. Prefería no conocer más que lo básico de la historia. Ya era lo bastante duro convivir con ese fantasma en sus miradas, en sus silencios y en sus desvelos. No necesitaba darle un nombre a su tormento.

—Me alegro por ti, Adela. Me alegro por ti. ¡Oh, perdón, la he tuteado sin darme cuenta! Qué maleducado.

—¡No se preocupe don Esteban! Que estamos en 1936, no en la Edad Media. Puede tutearme si quiere. Aunque, si no le importa, yo le seguiré llamando de usted, puesto que es un señor.

Continuaron charlando animadamente hasta que el cielo empezó a sonrojarse. La conversación había logrado iluminar de nuevo el espíritu de Esteban. La suya había sido una relación difícil, sin embargo el amor incondicional y la comprensión de él, junto al cariño y la dulzura de ella, habían bastado para sentar los pilares de un matrimonio nada idílico pero sí más feliz que el de la mayoría. Nada de eso existía ya para ella, a pesar de que sí era capaz de recordar algunas travesuras de juventud. Esteban la escuchaba embelesado y reía con sus anécdotas, algunas de las cuales eran nuevas para él. Finalmente se puso serio y le sostuvo la mirada.

—Adela, quiero que sepas que me alegro mucho de que seas feliz con Julio y espero que os caséis pronto —le dijo. Las palabras le ardían en la garganta. Ella le sonrió.

—Gracias, Esteban, estoy segura de que sí. El jefe está muy contento con él, dice que es trabajador y de fiar. Mi amiga Joaquina dice que habrá que ver, que la cosa se está

poniendo muy complicada, pero si dos personas se quieren se puede superar cualquier problema. ¿No le parece?

—Por supuesto. Es verdad que la cosa está... complicada. Pero es todo política y esas cosas se resuelven en Madrid, en los despachos, entre la gente importante. En los pueblos lo nuestro es ganarnos la vida y llevarnos el pan a la boca. Bastante tenemos con eso.

—Dice bien, don Esteban, eso mismo pienso yo —la postura de Adela parecía haber perdido algo de su rigidez habitual. Parecía más relajada o, quizá, aliviada. Como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Después miró al hombre a los ojos y a él le pareció ver una chispa de algo—. Se lo agradezco mucho, lo cierto es que hoy estaba un poco desanimada y me ha alegrado mucho hablar contigo. Se me ha pasado la tarde volando, como si te conociera de toda la vida, ¡con lo tímida que soy yo!

—Sí, me lo dicen mucho. Es lo que tenemos los feos, que tenemos que compensar la cara con la simpatía —bromeó Esteban.

—¡No sea usted tonto! Se conserva muy bien para su edad —Adela acarició por un momento su fiambreira de hojalata e hizo un gesto de mirar el reloj, aunque llevaba la muñeca desnuda—. Bueno, no sé qué le habrá pasado a mi novio pero por la hora que es ya no creo que venga. Le invito a merendar —abrió la tapadera con un clic metálico y sacó dos porciones de bizcocho cuidadosamente envueltas en papel de cocina. Con una sonrisa orgullosa le entregó su parte a Esteban—. ¡Tome! Lo he hecho yo. Bueno, a decir verdad, me ha ayudado mi madre...

El aceite del bizcocho había impregnado el papel, húmedo y pegajoso al tacto. Esteban lo abrió con cuidado reverencial y le dio un primer mordisco. Su textura esponjosa era como una nube de algodón que se deshace en la boca. Su sabor dulce con matices de canela y raspaduras de limón le inundó la lengua y, al tragar, una oleada de calidez le recorrió el cuerpo, como un abrazo bajo la lluvia.

Era el bizcocho de Adela. Era su bizcocho. Esteban no era tan feliz desde el día en que ella finalmente lo aceptó. Embriagado como estaba, el hombre no se dio cuenta de que se le habían saltado las lágrimas.

—Esteban, ¿por qué lloras? —le preguntó ella.

—Porque este bizcocho me sabe a gloria —respondió—. Aunque sea la merienda de otro.

Jesús Fuentes Hernández

La muerte no entiende de democracia

Creo que lo más interesante de escribir es el placer de crear. A veces un ataque de rebeldía, otras por necesidad, o pura diversión. Un impulso que en un momento determinado te abduce, mientras cuentas la vida de los personajes y vives sus ilusiones, sentimientos e historias como si fueran nuevas oportunidades para la tuya. Así escapas a las dimensiones espacio-temporales que te confinan.

Las palabras son capaces de desdoblar un sueño en inimaginables sueños, una aventura en incontables aventuras y una vida en extraordinarias vidas, evocando imágenes, sonidos y todo tipo de sensaciones, incluso las más inéditas.

Se mezcla la imaginación con la obstinada realidad y algo de ti se prolonga e independiza a través de la escritura sin saber muy bien cómo se va a desarrollar finalmente. Las historias se presentan sin previo aviso, a cualquier hora y en cualquier sitio. No esperan, tienes que estar preparado para atraparlas; quizá escribir sea en buena parte predisposición, aunque estoy seguro que necesitará una buena dosis de preparación.

Desde muy joven he contado historias a mi familia, a los hermanos y los hijos de mis amigos. Eran cuentos orales, de compartir e interactuar, que se desarrollaban en función de sus preguntas y comentarios o simplemente de la cara que ponía el interlocutor. Sabía cómo empezaban, pero nunca qué camino iban a tomar o si tendrían

final. Ahora intento relatar inquietudes y momentos, pero la narración se desgrana para un imaginario lector al que pretendo enrolar en mi discurso sin conocer su predisposición. Un lanzamiento hacia el vacío y sin respuesta hasta que sea leído.

La muerte no entiende de democracia

Sólo la familia y las personas más cercanas podíamos aguantar de pie en aquel secarral para despedirnos de Manuel, mientras el resto del país debía de estar durmiendo la siesta. Yo también lo estaría, a pesar de que el muerto era amigo mío, si no fuera por cierto sentimiento de culpa que recorría mi interior desde que me enteré de su fallecimiento. Seguro que algunos de mis amigos eran capaces de descubrir ese reconcomio a pesar de intentar disimularlo ocultándolo tras la pena, pero sobre todo podían ver mi miedo. Lo sé, porque yo podía distinguir el de ellos en el rictus que desencajaba sus rostros, pálidos a pesar de lo avanzado del verano. Acabada la ceremonia, nos volveríamos a reunir y, aunque ahora quería centrarme en la despedida, no dejaba de pensar en la causa por la que estábamos en el cementerio y que el próximo podría ser yo.

Había pasado tan poco tiempo desde que dijimos adiós a Jaime, que todo se precipitó como en una pesadilla. En aquella ocasión, tras el entierro, nos habíamos reunido todos los amigos, incluido Manuel, para honrar la memoria del difunto en un bar cercano al camposanto. Ya avanzado el alboroque y cuando sus efectos comenzaban a ser evidentes, alguien dijo:

—Vamos a hacer una porra para ver a quién le toca ahora —era Pedro, quien sin mucha premeditación se dirigía al grupo.

Lo miré fijamente, porque sólo pensar en la idea me provocaba desasosiego. Los demás lo miraron igualmente, creí que con la intención de censurar tan inapropiado comportamiento, hasta que oí a Marta:



—¿Por qué no jugamos a la güija y le preguntamos directamente quién será el próximo? Él ya debe saberlo.

—No creo que sea el momento de molestarle; aún no le habrá dado tiempo a instalarse —le respondió aquel día Manuel, a quien ahora estábamos también enterrando, alentado por el color que empezaban a tomar sus mejillas y que ya se había apostado en su nariz.

—Tienes razón, deberíamos decidirlo por nosotros mismos, sin importunarlo —propuso Juan—. Nos lo jugamos a los dados.

Aterrado, no sabía qué decir. Entonces escuché la sugerencia de Luis:

—Mejor lo decidimos con unos palillos y el más corto gana.

—Querrás decir que pierde —concretó Alicia—, aunque tal como os veo, lo mismo tenéis mejor aspecto en el otro mundo.

Y concluyó:

—Pocos aprobaríais un examen de salud. “Quizá ninguno” —esto último no llegó a salir de su boca.

—Seamos democráticos, vamos a decidirlo por votación —formuló entonces Julia, como si estuviera en su escaño de la asamblea regional. Y lo dijo con tal autoridad, que nadie se atrevió a contradecirla.

Sobre unas improvisadas papeletas anotamos el candidato. Yo no estaba de acuerdo con todo aquello y me daba miedo que, con esta forma de actuar, pudiéramos predestinar a alguno de nosotros a seguir con la siniestra racha, pero en lugar de oponerme abiertamente, decidí tomar una postura más cómoda y, haciendo uso de mi democrático derecho, entregué el voto en blanco. En el recuento salió Manuel, que ganó a Julia por un solo voto, seguramente porque había bebido más que ninguno y con ese aspecto lo veían como el más apropiado para la elección. También era el más hipocondríaco, vulnerable y predisposto a creérselo todo, además de llevar varios amagos

de infarto. Para darle más emoción, los resultados se desvelaron parodiando una supuesta sesión de vudú y magia negra. En realidad, de haber elegido en conciencia, hubiera apostado por Julia; no me caía simpática desde que se metió en política y además estaba pendiente del resultado de unas pruebas médicas, según me había dicho. No me atreví, y ahora el segundo muerto era Manuel “¡Tenía que haber nominado a Julia y con el empate no habría salido elegido ninguno y todavía estaría vivo!”

Mientras maduraba estas reflexiones, ya estaba terminando con el entierro; levanté la vista para despedirme por última vez del difunto y me di cuenta de que los amigos me miraban como si me hubieran leído el pensamiento, sobre todo Julia, que movía la cabeza de un lado a otro, haciéndome responsable de alguna premonición que hasta ese momento me estaba siendo vedada. En ese instante, cuando ya arrastraban el ataúd hasta el interior del nicho, empezamos a oír golpes. Nos quedamos estupefactos y durante unos segundos nadie se movió, esperando a comprobar lo que parecía imposible.

Manuel estaba muerto y bien muerto, según el informe forense, pero los golpes en el féretro eran cada vez más fuertes, así que la familia corrió a socorrer a su resucitado, y entre todos tiraron del ataúd para sacarlo lo antes posible. A pesar de la tensión del momento, los amigos no se movieron, pues seguían observándome con los ojos muy abiertos, hasta que Julia gritó:

—¡Eres un tráfuga! ¡Nunca debí confiar en ti!

No sé cómo, pero ella sabía que estaba pensando en las papeletas y que me arrepentía de no haberla votado.

—¡Tráfuga! —repitieron todos, como comprendiendo la situación y las consecuencias que ello implicaba para el muerto y los vivos.

Estaba claro que su percepción no coincidía exactamente con mi idea de salvar a ambos procurando un empate electoral. En ese momento y con los primeros mo-

vimientos del féretro, se abrió un espacio entre este y la bóveda y por el hueco saltó una enorme culebra que vino a golpear a Julia, la diputada. El bicho sólo quería huir, pues al empujar la caja y aprisionarlo contra el fondo del nicho, lo habíamos condenado a un entierro en vida y lo que en principio iba a ser un resguardo fresco ante el calor del verano, por poco se convierte en su tumba. Así que después de quitarse a la diputada de en medio con un latigazo, corrió bajo sus piernas para ir a refugiarse entre las plantas secas del entorno en busca de libertad y de un nuevo y seguro refugio.

Entre tanto, Julia perdió el conocimiento y se desplomó, no se sabe muy bien si por el susto o por el golpetazo recibido de la serpiente. Entonces empecé a plantearme seriamente si mi cambio de voto, aunque fuera de pensamiento, tendría algo que ver con aquel hecho, al menos por la inmediatez y repercusión de sus efectos. Mis amigos no tenían ninguna duda, no dejaban de observarme y con movimientos inaudibles de su boca continuaban haciéndome culpable de la nueva situación

—¡Tránsfuga, tránsfuga ! —parecía que me increpaban, mientras al difunto lo devolvían a su tumba, ahora con más dolor y lamentos de los allegados, por el cambio repentino y alternativo de emociones y dudas.

Y yo, aunque no quería participar en el juego desde el primer momento, he tenido que asistir a un nuevo sepe-lio dos días después del anterior, pues en su caída nuestra amiga Julia vino a dar con la cabeza en el bordillo de la pequeña acera de la calle que da acceso a las sepulturas, y no hubo manera de recuperarla. Parece que la muerte no entiende de democracia y en lugar de dar por nulo el nombramiento, como pretendía al proponer un equilibrio electoral con mi cambio en la intención de voto, se ha llevado por delante a los dos empatados inmediatamente.

Ahora, después del entierro de la diputada, los amigos estamos tomando unas copas y en su honor hemos decidi-

do elegir al siguiente candidato también por sufragio, por lo que me encuentro entre el cada vez más reducido número de propuestas. Lo peor es que el resultado ha sido de empate generalizado, y si no encontramos pronto la manera de cambiarlo, vamos a salir todos elegidos...

Jesús López Capilla

El secreto de la arqueta

Me llamo Jesús López Capilla. Un día me levanté y me causó extrañeza que no sonara el despertador. Era ya de día. No sentía el nerviosismo de enfrentarme a los retos diarios porque ya no había retos a los que enfrentarse. De pronto, me di cuenta de que estaba jubilado. Ya no volvería a bregar con más alumnos. Me sentí triste. De pronto, encontré un folio y un bolígrafo. Me puse a escribir. De esa manera volví a ser feliz y recobré el sentido de mi vida. Pero ¿cuál había sido hasta hora ese sentido?

El hilo conductor de mi vivir, ha sido la escuela. En una nació y en otra admiré la forma de trabajar de mi padre. Tanto me gustó la escuela, que me hice maestro.

A su vez, siempre me llamaron la atención aquellos ‘alumnos-corredores’ que tomaban la salida tarde o quedaban más rezagados que los demás. Tal vez dándoles un empujón con más o menos vehemencia o convicción podrían ponerse casi a la altura de los otros. Era necesario ayudarles. Por eso me especialicé en Educación Especial y después en Logopedia. Por último me licencié en Pedagogía, para aprender a enseñar mejor.

Como he dicho, estoy jubilado y son muchas las cosas que han cambiado. Ahora escribo, pinto y leo. Todo eso contribuye a que me pueda expresar, a comunicarme y a vivir mundos nuevos: los míos y los de los demás. Por otra parte, esas mismas actividades me han facilitado experimentar con facilidad y determinación el paso del tiempo.

Al fin y al cabo, la vida viene a ser un viaje en tren que, mientras dura, no se detiene y cuya locomotora es el amor o la amistad, es decir, todas esas vivencias que afortunadamente recogí de los libros que leí desde que era un niño (El Principito, La Isla del Tesoro...) o los que leo ahora que soy mayor (Niebla, El Extranjero, La Peste, Crimen y Castigo).

Y cuando llegue la Parca, me presentaré con ese Proyecto de Vida que me identificó y que me situó entre lo que pude ser y lo que fui. Y lo haré sin la angustia de la derrota o del éxito, sino desde el valor de un aprendizaje que ha durado toda mi vida, teniendo como referencias el afán y la sabiduría. Estoy seguro de que perviviré en el recuerdo de los que me aman y de que lo haré sirviendo de testigo de cuanto escribo. En mis relatos se muestra quién soy y cómo soy.

El secreto de la arqueta

Allá por el año mil novecientos sesenta y tres, era costumbre de mi familia y de otras tantas familias visitar el cementerio el día de Todos los Santos. Los miembros de mi familia nos concentrábamos en el panteón familiar del cementerio de Nuestro Padre Jesús de Espinardo.

El panteón consistía en una excavación rectangular de aproximadamente tres metros de profundidad, cinco de ancho y diez de largo. Estaba cubierto por una tapa de metal muy pesada. Tanto, que apenas podía levantarse entre dos, y eso con esfuerzo. Bajo la tapa, se veía una escalera de madera por la que bajar. Todo era un tanto lúgubre, pero a mí me parecía alegre, debido a mi corta edad y a que aprovechaba la ocasión para juntarme con mis primos y jugar. Nos pasábamos allí todo el día, hasta la llegada de la tarde. La primera en llegar era mi abuela Antonia con sus hijas solteras. Desplegaba su silleta y allí se acomodaba. Entre lágrimas y rosarios discurría el día. También aprovechaba para pasar revista al resto de la familia. Siempre, claro, con la sana intención de estar al tanto de todo lo que pasaba, como buena matriarca que era. De vez en cuando, en función del personal y del momento, gemía.

—¡Qué bueno eras, Jesusico!

Jesusico era mi abuelo. En realidad, a los críos lo que nos interesaba era correr y jugar. Yo era un niño con una curiosidad casi temeraria. Quería saber cómo era por dentro el panteón. Solo las más ágiles de mis tías eran las que bajaban. Esperé un descuido de todos y bajé agazapado, sin hacer ruido. Mi hermano y mis primos estaban aterrados de lo que estaba haciendo. Por supuesto, no colaboraron en la hazaña.

Y ahí me tenéis acurrucado, bajando por la escalera de madera, asustado y poniendo en alerta todos mis sentidos. Pronto divisé en la pared de enfrente los nichos con sus respectivas lápidas. Bajé al fondo y tropecé. Menos mal que había luz suficiente, pues el susto habría sido mortal si me llego a caer. Investigué. Descubrí una arqueta de metal, situada al fondo y me pregunté: que qué hacía aquello en ese lugar.

De inmediato sonó la voz potente de mi madre que me requería llamándome por mi nombre:

—¡Jesúsín!

En cuestión de minutos, mi hazaña había sido desbaratada. Salí despacio y con mucha cautela, pues el tono de la voz de mi madre no presagiaba nada positivo. Me libré de una buena regañina, gracias a la intervención oportuna de mi abuela.

Se había abierto un interrogante para mí que, poco a poco, me iba intriguando más y más, e iba ocupando un lugar obsesivo en mi mente de niño: “¿qué hacía aquella arqueta allí?”

Ya sabemos lo impertinentes que se ponen los niños, con sus preguntas. Además yo era con mucho, el más impertinente de mi generación y me dediqué a preguntar a todo el mundo por aquello que me obsesionaba. Sin ningún éxito, claro. Pensé que el asunto era algo de lo que nadie quería hablarme.

Pasaron los años y, cuando ya había cumplido los catorce, insistí tanto en el asunto, que mi padre, agotado por mi obcecación, decidió satisfacer mi curiosidad:

- Tu bisabuelo materno, Diego, era un joven bien parecido. Muy alto. Había estudiado la carrera de Derecho en Madrid de una forma más o menos brillante. Oficial y oficiosamente, vivía de las rentas, pues pertenecía a una familia rica. Tenía como principales ocupaciones la lectura del periódico en el casino, el juego y las fiestas. Pronto se enamoró de una mujer muy guapa, pequeña

de estatura y de familia acomodada. Al poco tiempo, sin apenas contar con el beneplácito de su padre, se casó con ella. Empezaron a venir los hijos, las rutinas y lo que fue amor se convirtió en costumbre, por lo que volvió a sus mencionados quehaceres. En una de sus fiestas, se peleó con el novio de una chica, a la que se había acercado. En la lucha se le abrieron las costuras de su chaqueta. Era un problema volver a casa con semejante contra-tiempo. Tendría que dar muchas explicaciones. Para intentar salir del embrollo, preguntó a su primo Antonio, compañero de jaranas:

—¿Dónde me podrían resolver el problema?

Le encaminó a una modista del barrio de San Juan, que, por poco dinero, le arreglaría la chaqueta. La modista, viuda de militar, delegó el trabajo en la mayor de sus hijas, que, gustosa, le arregló la chaqueta. La muchacha era muy guapa, joven, simpática y trabajadora, virtudes que no pasaron desapercibidas para tu bisabuelo, que cada vez le llevó más y más ropa. La condición que imponía era que se la arreglara la misma chica. Ella se llamaba Juana. Entre apaños y probaturas, se estableció un vínculo entre ambos, cada vez más fuerte. Él le regaló flores, algún que otro poema y una o dos joyas. Empezaron a salir juntos, paseando por donde no pudieran ser vistos. Ella estaba deslumbrada. Más tarde empezaron a abrazarse, a besarse... todo lo hacían a escondidas. Lo que comenzó siendo una sana amistad, se convirtió en un amor furtivo. La madre, informada, le habló muy seriamente a su hija:

—¡Te prohíbo que salgas con Don Diego! Me he informado: es un señorito casado que va de fiesta en fiesta y tiene cuatro hijos. Además, en cuanto lo vea, se lo diré a la cara y no volverá a poner un pie en nuestra casa.

Las citas disminuyeron, pero la intensidad de la relación aumentó, hasta que llegó el momento en que surgió algo nuevo: Antonio, su primo y amigo de fiestas

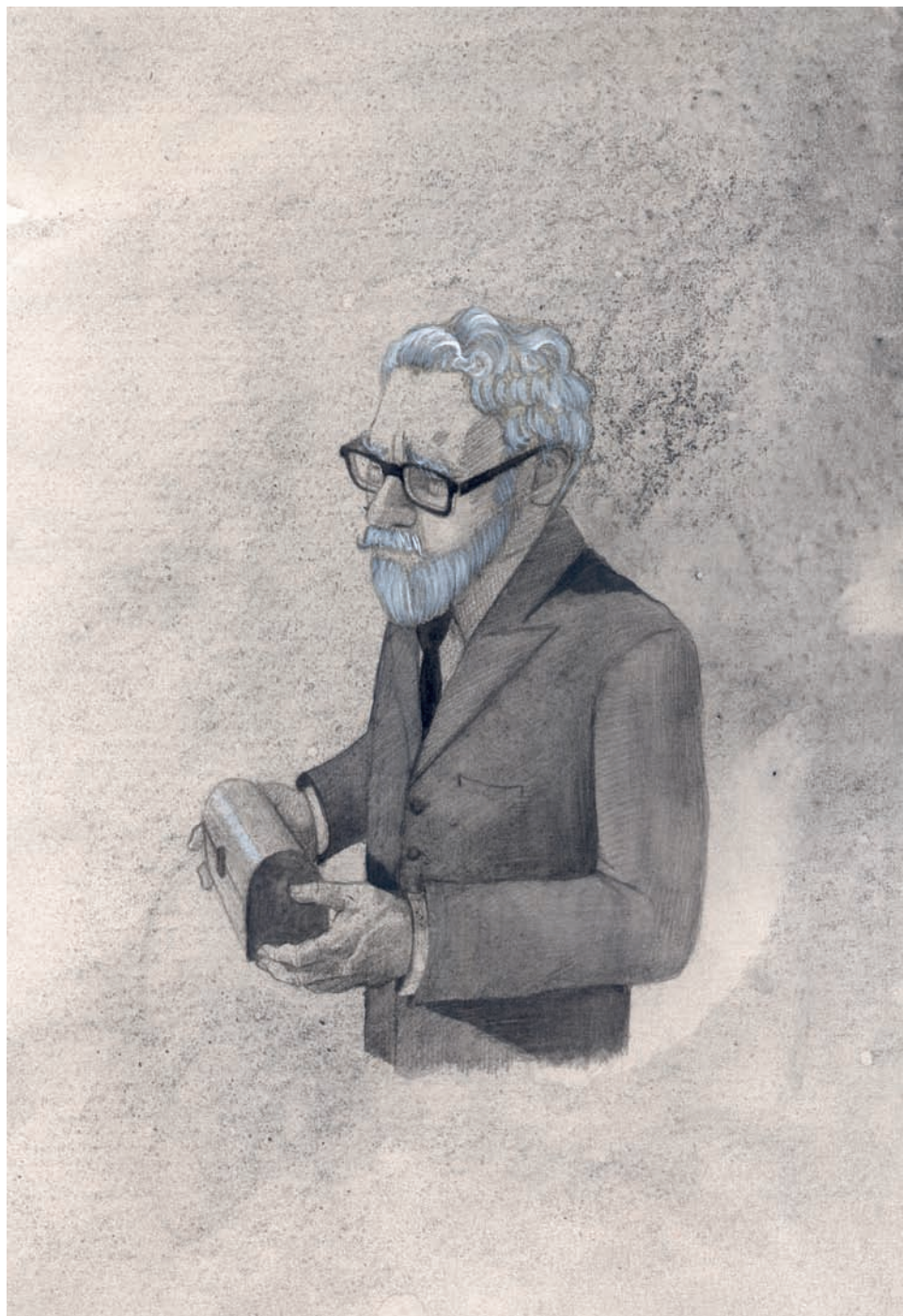
y casino, de profesión procurador, le propuso marcharse a la Argentina con él. Al momento, pensó que era una oportunidad única para realizar su sueño: escaparse con la modista. Pero por otra parte, tendría que dejar a su mujer con sus cuatro hijos. Además, tenía la seguridad de que sería rechazado por su familia. Es más: ya no podría disponer de ningún dinero ni del amor ni del apoyo de su familia. Pero tenía unos ciertos ahorrillos con los que podría realizar el sueño dejando de esconderse. Al fin y al cabo, se trataba del amor de su vida. No pasaba un día sin un verso, sin una flor. Para aquella, la más bella rosa de su jardín. Ella correspondía con la pasión desenfrenada y la ilusión del primer amor.

Se vieron, como cada martes, a las siete, en casa de Antonio, que les servía de tapadera. Cuando se encontraron, no mediaron palabras. En un primer momento, pasaron al dormitorio. Era una amplia habitación con una ventana que daba a la calle, una espléndida cama de matrimonio y un armario. Rápidamente se desnudaron y se fundieron en una unidad de amor ardiente. Después de la batalla carnal vino el abrazo afectivo, que en el amor sucede después a la pasión. Entonces Diego dijo:

—El otro día hablé con mi primo Antonio. Me ha propuesto irme con él a la Argentina. Si me fuera con él, ¿te vendrías conmigo? Dejaríamos de escondernos y podríamos ser felices.

—¡Tré contigo hasta el fin del mundo, mi amor!

—Tu bisabuelo Diego marchó a la Argentina con su amante, Juana la modistilla. Les acompañó su primo el procurador. Salieron una noche en el tren desde la estación del Carmen con dirección a Cartagena. Iban con un equipaje mínimo para no levantar sospechas. A la pareja, desde aquel momento, se le abrió un nuevo mundo, donde ya nunca más necesitarían esconderse. Pero, lógicamente, dejarían de tener el amparo y apoyo de la familia. El mañana dependería de lo que hicieran



de ahí en adelante. No había vuelta atrás. El tren parecía ir despacio, con un ritmo inverso al de su ansiedad. Llegaron a Cartagena, comieron en un bar del puerto, dieron un paso y, a media tarde, embarcaron.

El viaje duró casi un mes. Hicieron numerosas escalas que alargaron la travesía. Para Diego y Juana significó un romántico viaje de novios dominado por la pasión. El barco era grande, pero no quedó estancia en él que no hubiera sido testigo de sus besos, de sus abrazos y caricias. El pobre primo paseaba su soledad y su aburrimiento por todo el barco, solamente interrumpidos por la presencia de la pareja en el comedor. Para la pareja todo era felicidad. Vivían al segundo, como si cada día, cada hora y cada minuto fueran los últimos de sus vidas.

Al fin llegaron a la Argentina. Con los ahorros que les quedaban alquilaron una casa, donde se establecieron los tres. Tu bisabuelo y su primo, adquirieron un código con las leyes argentinas, un texto de procedimiento procesal. Les convalidaron los títulos, se colegiaron y habilitaron como bufete una habitación que amueblaron con mesa y sillas. Colocaron un amplio cartel en la puerta, que decía:

*Diego Fernández de la Maza y Asociado
ASESORÍA LEGAL*

Al principio les salieron algunos casos de difícil cobro. Poco a poco, la mala suerte empezó a hacer acto de presencia y dejaron de acudir al gabinete los clientes. Sin embargo, Juana la modistilla tuvo más suerte. Puso un pequeño taller de costura y, como era muy competente, rápidamente se hizo con una pequeña clientela que le permitió conseguir el suficiente trabajo como para mantener, no sin ciertos apuros, a los tres. Pronto el primo solicitó su rescate y volvió a Murcia. Al despedirse, aconsejó a Diego que pidiera perdón a don Martín, su padre.

Estaba convencido de que le perdonaría y le prestaría la ayuda necesaria. Pero tu bisabuelo no estaba dispuesto a tan gran humillación. Por otra parte, esa decisión, lo apartaría de su amada, de la que pronto tendría un hijo.

El que antaño fuera un joven brillante y exitoso, poco a poco fue perdiendo la salud y hasta las ganas de vivir. Al mismo tiempo iba creciendo dentro de él el rumor de la añoranza. Dejó de cuidarse y enfermó. La modista escribió al primo de Diego para que informase a la familia de la situación por la que estaba pasando. Veía que se moría. De aquel hombre que conoció ocurrente, fuerte, alegre y locuaz apenas quedaba nada. Solo le consolaba la visión de su hijo, al que cada vez veía menos, limitado como estaba por la enfermedad, una enfermedad que lo iba corroyendo poco a poco. El médico lo confirmó:

—Tuberculosis. No hay remedio, conviene aislarlo.

Él sabía que iba a morir y lo aceptó, porque no le quedaban fuerzas para luchar por la vida. Lo único que lo mantenía con firmeza era su amor por Juana. Enterado su padre, Don Martín viajó diligentemente para salvar a su hijo. Iba implorando al cielo poder llegar a tiempo. Para don Martín, aquel era el mayor dolor de su vida. No podía aceptar que sobreviviese a la muerte de su hijo, no lo consideraba natural, pues rompía con la lógica de la vida.

Las contrariedades y el sufrimiento de don Martín no acabaron con la muerte de Diego. No podría repatriar el cadáver de su hijo a causa de la enfermedad infecciosa que le quitó la vida. Por eso incineraron y depositaron sus restos en una arqueta, la arqueta que conoces. El bueno de don Martín prestó ayuda económica a Juana, aunque esta podía sobrevivir con su trabajo. Pero tenía un hijo, al que Diego se empeñó en que le pusieran de nombre Martín. A pesar de la seriedad del abuelo, pronto se estableció un lazo afectivo entre abuelo y nieto.

Don Martín había perdido un hijo, pero había ganado un nieto que guardaba cierto parecido con Diego. Propuso a Juana que vinieran a Murcia ella y su hijo. Juana no aceptó, pues había roto completamente sus lazos familiares cuando escapó con Diego y allí, en Argentina, había encontrado una clientela que le permitía vivir con dignidad y sin ayuda de nadie. Don Martín respetó la decisión de Juana, pero le hizo prometer que mantendría una correspondencia regular que le tuviese informado de lo que les sucediese.

Era el mes de julio cuando don Martín partió del puerto de Buenos Aires, con la triste misión de transportar los restos de su hijo. Durante el viaje iba pensando que qué responsabilidad tendría él en que Diego hubiera resultado un señorito caprichoso y orgulloso. Dedicado don Martín a la administración de su patrimonio y a la política, llegó a ser alcalde de Murcia. Era tarde cuando se percató de que sus ocupaciones le habían impedido jugar, hablar y convivir con el niño. Cuando llegó a Murcia, le procuró un entierro cristiano, bastante discreto. A dicho entierro no asistió Mercedes, su viuda: se sentía humillada por el comportamiento del que fuera su marido. Por último, don Martín, acompañado por muy pocos familiares, amigos y su sobrino Antonio, depositó la arqueta en el panteón familiar.

Mi padre añadió que no contase nada de esto a nadie y menos a mi madre, temiendo represalias. Por fin mi curiosidad se vio satisfecha, aunque se trata de una historia triste que me ha acompañado toda mi vida.

J. Mengual Montalbán

Virtual

No soy escritora. No obstante, paso mis días corriendo detrás de las palabras; muchas se me escurren, otras las atrapo en un papel cualquiera y, casi siempre se quedan a medio camino de un intento, en un embrión, en una pausa sobre la que pocas veces vuelvo. Pero ahí están: siguen esperándome. No me he rendido ni me rindo, porque soy periodista y durante muchos años he tenido que concluir decenas de narraciones, e incluso reseñas, dramáticas o festivas, de la realidad. Esta profesión, a la que me condujo mi obsesión por la palabra, me regala cada día la posibilidad de contemplar las cosas desde distintos ángulos. Escribo, luego existo. Y viceversa.



Virtual

Un pitido seco me sobresalta y me despierta. Es una notificación de Facebook. Nada importante. Pero la urgencia me deja inquieta.

Me desperezo en un estiramiento intenso, alargando y tensando músculos y huesos como ya le gustaría hacer a un atleta antes de su prueba en una final. Con este movimiento, la ropa de cama simula hacerme las bises y queda tiesa, tanto que parece recién planchada. Pero no, no tiene el olor a limpio de aquellos sábados por la noche de mi niñez, en los cuales yo, recién bañada, me deslizaba por unas sábanas frías de algodón como si introdujera mi cuerpo en un túnel forrado de azulejos blancos de cocina, percibiendo por el tacto y el olor una pulcritud casi perfecta.

No obstante, esta mañana me toca cambiar mi cama, así es que no hay nada de esas sensaciones antiguas que busco como un vigilante del salvamento marítimo, al acecho, sin descanso. Sí, conforme vivo días, y meses que se convierten en años cada vez más estrechos y rápidos, observo cómo me entretengo en recuperar recuerdos y, al mismo tiempo, recuperar a otra u otras que fui, porque el presente no es atractivo y porque es la única prueba de que he vivido.

Me levanto y enciendo el ordenador. Subo la persiana para que me entre la luz y me devuelve un sonido que parece un estufido ronco, como si la acabara de despertar contra su voluntad. Mientras arranca mi Mac, me dirijo a la cocina a prepararme el único café solo del día, y esa soledad implícita en mi triste desayuno se queda ya conmigo hasta la noche. Para colmo, ese café suele ser la primera alegría de cada jornada que me llevo, que a veces también viene sola.

Voy descalza, pero lo que menos me disgusta es el helor del suelo, con ese puedo; no obstante, me fastidia y asquea que se me peguen en la planta de los pies migas secas de pan y pelusa, lo que me lleva con una urgencia desmedida a ir al baño a limpiarme y colocarme las peludas zapatillas de casa que mitigan con su suavidad la molestia causada por unos restos pegajosos que no sé por dónde han llegado hasta mi casa, mis pies, mi vida.

Con mi taza de loza agrietada de motivos florales, otro recuerdo, de mi viaje a Londres, me siento frente al ordenador y abro directamente Facebook donde vuelvo a encontrarme con una nueva publicación de Araceli.

Doy un pequeño e inconsciente sorbo a mi café negro, fuerte, amargo, ardiendo, y termino de despertarme. Mientras el sabor va cambiando hacia lo áspero y seco hasta quedarse en aroma, para estar en consonancia con el olor de mi apartamento, el amargor resucita y se me instala en la mirada. Me irrita encontrármela un día sí y otro también. No digo que no sea envidia, no me defiendo ante las sensaciones tan desagradables que me invaden. Lo que sí observo es una irritante pérdida de calma, que secuestra ya, a primera hora de esta esperanzadora mañana de sábado, mis ganas de tranquilidad y de bienestar.

Recorro con el cursor de arriba a abajo, incluso de abajo a arriba, como si buscara realmente novedad, estímulo, alegría... en resumen, motivos o nuevas pelusas que me hagan brincar aunque sea de asco. Sin embargo, sólo me topo con retazos aburridos de almas ajenas y lejanas que intentan venderme felicidad como quien vende una enciclopedia, incluso con cierta desesperación. Sí, hay excepciones, la de aquellos que intentan captarme para su causa.

Y no podría explicar con completa exactitud qué es lo que en estos momentos de mi vida me exaspera más, si las poses frívolas o las opiniones vomitadas como náufragos de una red abstracta, sólo por una pizca de atención, aun-

que sea de parte de personajes igual de abstractos, que ni oyen gritos, ni atemperan enfados, ni sienten sarcasmos.

Me agarro al ratón como a un salvavidas y, con un deslizamiento mudo, una caricia con el dedo corazón me hace huir a la velocidad de la luz de la sensación tristonera que me causa contemplar tanta verborrea lanzada al infinito con unas pretensiones ambiciosamente locas de trascender, de ser motivo de admiración.

De pronto, el cursor, que ha vuelto a adelantar por la izquierda otra foto de Araceli, se detiene en una publicación de otro de mis “amigos”. Es José Carlos, a quien conocí... bueno, prefiero no recordarlo, aunque por ese único motivo me persiga su imagen que, pese a su longevidad, ha decidido quedarse en el mismo rincón que el de mis pulcras sábanas de cuando niña. Y él no me gusta. Me gustó y mucho. Ha publicado una viñeta con un chiste. Me hace sonreír. Los chistes son otra forma de buscar público y aplausos.

Y sigo con esa maratón de mi dedo, bajando y bajando, consciente de que no tocaré fondo, de que aquí no hay meta. Es una metáfora de mi vida. He bajado tantas veces al foso de la pena, que me resulta extraño seguir flotando.

Entre anuncios de vestidos baratísimos y perfectos, me asalta alguna organización con causas la mar de justas, necesarias y urgentes, pero que rechinan en medio de tanta superficialidad. La red está llena de reivindicaciones y de intereses que se alternan como si nada, entre el egoísmo y la solidaridad y que poseen algo en común: ninguno tiene verdadera fe, ni esperanza en alcanzar sus fines.

Por eso, me resulta chirriante que entre fotos de fiesta, de abrazos caducos, de risas ebrias y publicaciones de pensamientos variados y gratuitos, aparezcan las ONG con una verdad aterradora, tragada por un mar de estupideces.

Yo no publico en redes casi nada. No es que no tenga nada que decir, es que no quiero que mis palabras, mis deseos, mis reflexiones se contaminen de exhibicionismos escotados. Prefiero el papel de “voyeur”.

De pronto, elevo el cursor hasta el símbolo de notificaciones. Me está llamando desde que me despertó, pero no he estado atenta. Pincho y con un suave clip se despliega una ventana alargada, que ordena temporalmente eventos que casi siempre me importan un pito. El primero me deja desolada, me anuncia el cumpleaños de Daniel Rubio, otro “amigo”. Hoy cumple 57. “Joder”, digo en un tono bronco, contundente, y añado: “¡vaya mierda!”. Daniel Rubio murió hace tres meses de cáncer, pero esta maldita red llena de falsedad te recuerda su aniversario con una alegría positiza, útil sólo para remover mi aflicción, que da vueltas en espiral como los posos de un café que no quieres ingerir.

Daniel era más amigo en Facebook que en mi vida de carne y hueso. Siempre nos dedicábamos saludos y frases animosas, pero mi pena ahora surgida tiene que ver más con las despedidas prematuras y los abandonos repentinos.

La siguiente notificación está dedicada a Araceli y su asistencia a la inauguración de una discoteca. Ufff, ¡qué pereza! Fue amiga hace tiempo, no de las mejores, de las máspreciadas, pero circunstancias especiales nos reunieron ante una conversación común que consolaba nuestras almas. Fue en la época en la que ambas estábamos en trámite de separación, encrucijada que jamás nos tomamos como una liberación, y de ahí nuestro vínculo, porque lo experimentamos como un proceso desgarrador en el que la mitad de unos siameses reniega de su unión repartiendo miserias y borrando con agua hirviendo y cal viva apasionados besos, declaraciones íntimas y consuelos tiernos e irrepetibles. Yo nunca pronostiqué el fin del amor, aunque he de reconocer que tenía el cuerpo comprimido, haciendo fuerza, para sustentar la transformación de ese amor en otra cosa. Sí, más light, pero igual de consistente que la pasión. Se ve que a mi ex no le bastaba, y me buscó sustituta antes de notar yo que lo nuestro se había desinflado como el algodón de azúcar que prensas en una bola para meterte en la boca.

Araceli experimentó aquel proceso con una rabia desmedida que rayaba la enajenación mental. No la culpé jamás por ello, porque mi rendición tampoco era digna. Me dolía, pero me bastaba con desgañitarme apretando mi boca contra la almohada para asfixiar el grito. Así consolaba la ira hasta quedarme afónica. Sola y silenciosa.

Después de muchas lágrimas y de muchos kilos perdidos, y sobre todo después de tiempo, que es lo único que renta ante la desgracia, nos fuimos distanciando. Como éramos seres enlazados por una casualidad, porque no teníamos que ver la una con la otra, no pudimos seguir manteniendo nuestra unión en cuanto la tristeza nos dio el primer respiro. Araceli se tiró al monte y yo me remendé. Sin embargo, curiosamente, lo que no se sujeta en la vida real se afianza en la virtual, hasta el punto grotesco de que si bloqueas, ignoras o te deshaces de “amigos” (entre comillas siempre, porque en la redes sociales esa palabra está adulterada, manoseada, sobre explotada), sientes estar cometiendo una tropelía, una injusticia, una maldad.

Por eso, seguimos vinculadas a través del Facebook, donde, aunque no lo reconozca yo, ni sus 200 amigos lo perciban, sigue hidratando sus cicatrices con cientos de fotos de cuerpos esculturales, de ligues insustanciales, de saraos insulsos y de risas falsas.

“Qué gusto más grande estar con gente tan guapa que te quiere tanto”, rezaba la foto de ayer viernes donde Araceli aparecía con un pantalón ajustado y un top con un escote generoso que remarcaba un pecho aumentado a base de euros. Estaba junto a varios chicos y se notaba a la perfección la diferencia de edad. Por mucho que vista como una jovencita, lleve un corte de pelo en una melena larga y lisa, se pinte los labios con un brochazo de un rojo vivo y muestre una delgadez que ha trasladado su cuerpo a los 15 años, hace tiempo, diría que mucho, que cumplió los 43. Esos los celebró conmigo. Aún noto la boca pastosa de la borrachera que nos pillamos.

En otra foto: “Acabo de darme una paliza de campeonato en el gimnasio, y ahora me siento tan enérgica y tan leve que este cuerpo (señalándolo con los pulgares) se merece una cena con un buen vino en compañía de amigos fantásticos”. Por supuesto, eran varias imágenes que no dejaban nada a la imaginación ni a la naturalidad, marcando músculos, sonriendo con la botella de ‘Crápula’, cuyo nombre tanto describía el libertinaje sucedáneo de Araceli, y exhibiendo a los muchachos, evidentemente. Estos ya más entrados en edad.

El cuerpo de maniqué del que presumía no era macizo, de piel tersa, sino lleno de estrías, flacidez y de manchas que ya se le notaban cuando un día que teníamos el ánimo recuperado decidimos ir a una piscina termal. Pero claro esos defectos son invisibles en las fotos pervertidas que se suben a las redes sociales.

Madre mía, cuánta mentira y cuánta incoherencia, ella que entre lágrimas y mocos me advertía de la cantidad de gente de plástico, inerte, hipócrita y cruel que le dio de lado durante su proceso de separación. Pero claro, para extra o relleno de un escenario en el que el espectáculo es Araceli puede servir cualquiera. Y ahí estaba en otra foto con amigas muy teñidas, muy dispuestas y muy preparadas, con el rótulo “A por todas”.

No sé por qué esta mañana me ha dado por machacarme con ella, y entro sin piedad en las fotos de su perfil. Araceli en bañador con una puesta de sol al fondo; Araceli dentro de un vestido de noche ajustadísimo marcando figura y abrazada a un guaperas; Araceli con unas mallas, tan adheridas que se habían mimetizado con su piel, subiéndolo un monte; Araceli en el sofá de su casa mostrando la esbeltez de unas piernas que no parecen suyas...

Pienso en la tirria que me produce a través de su imagen virtual y la comparo con aquella lastimosa que le conocí en la vida real. Pese a nuestra dispar forma de asumir y entender la vida, me gustaba más aquella Araceli, que

tantas veces abracé dejándome pegados sus temblores y su pena.

A mí me pasa que cuando me pones cara a cara frente a lo auténtico, aunque no sea bueno, noto la pisada en tierra firme de mis pies, pero cuando me topo con esas explosiones de alegría de copiar y pegar me sumerjo, sin conciencia, en un ateísmo férreo.

Estoy convencida de que Araceli sigue tan dolida por el hombre que la abandonó que todas estas imágenes sólo son una revancha, un “mira lo que te estás perdiendo”, o un “soy feliz sin ti” o quizá un “estoy estupenda y me va fenomenal”. Yo no me creo nada. Estoy convencida de que lo suyo es puro teatro.

¿Y yo qué? Pues sin paños calientes, soy una solitaria tristona, por tanto, no mejor que mi amiga virtual, aunque me queda el consuelo idiota de que no intento vender nada a nadie, ni hijos guapísimos, ni parejas comprensivas, ni familia feliz, ocultando con especial ahínco los disgustos, las frustraciones, las riñas, la incompreensión... Porque toda imagen que proyectan estos populares y apremiantes escaparates son ensoñaciones sobre un mundo feliz que existe sólo en el terreno endeble y borroso de la fantasía.

Me armo de valor y publico en su muro de Facebook un comentario sarcástico y contrapuesto a todo el palmeo recibido: “¡Araceli!, ¡hay que ver qué vida tan llena de amor del bueno y de amistades tan perfectas! Espero que lo de ahora sí que te dure hasta el infinito y que tú sigas modelando tu cuerpo con tanto acierto para que no se note el paso del tiempo”.

Me tumbo en la cama de nuevo, con la mente llena de Araceli y el olfato impregnado de un guiso que me retrotrae hasta mi abuela y sus estofados, con aquellas patatas alargadas que jamás he sabido cortar. Recuerdo lo poco que me gustaban y lo que ahora los echo de menos, aunque sólo sea porque es a ella a quien añoro. Refranera con-

tumaz, me advertía con frecuencia con el conocido “dime de qué presumes y te diré de qué careces”.

El olor entra por mi ventana, que da a un patio de luces estrecho, por donde se cuelan cientos de fragancias incesantes. Quizás para compensar la minimalista vista, el paisaje se reduce a un muro taladrado de ventanas ajenas que exhiben la existencia de otras vidas en tiempo y espacio reales. Es mi otra pantalla, desde la que casi puedo tocar a través de esos tendereros apaisados y sostenidos por poleas gritonas cuerpos con voces propias, que se enfurecen, suplican, se sinceran, discuten, lloran y se carcajean sin hora, sin planificación, sin atender a espectadores ni esperar vótores. Incluso, hay momentos excepcionales en los que oyes, o más bien imaginas, el chasquido de un beso. La felicidad también está en el mundo real, y es tan ajustada, tan acompañada, que te la crees.

Se ha puesto en marcha una polea de uno de esos tendereros, que da fe de la presencia auténtica de unas manos hacendosas.

—Que te he dicho que no, así es que no me lo digas más. Hoy, no sales —responde tajante la vecina de enfrente mientras tiende la ropa, y supongo que debe dirigirse a su adolescente hija.

Al igual que mis amigos virtuales, mis vecinos me proporcionan una información que no necesito, ni me interesa. No hay ningún lazo afectivo, sin embargo, me cuentan sus cosas con una transparencia que me engancha y me vuelven a convertir en una “voyeur” o una cotilla detrás de la cortina. Y reconozco que atenúan mi soledad.

Mientras aspiro el olor a estofado, que intento disgregar de otros a suavizante, detergentes... que ascienden hasta mí evaporados y mezclados, decido volver al ordenador y abrir spotify, desde donde selecciono música indie española a un volumen medio que me envuelve, me empuja a bailar y me transporta a otro mundo irreal al que quisiera

viajar con un billete de ida, y desde el que no tendría que mandar mensajes de una felicidad fingida.

Del patio de luces, me llega también, muy difuminada, la mitad de una conversación telefónica del nuevo inquilino del tercero.

—¡Qué fuerte me parece! ¡Ese tío es imbécil! Es muy difícil trabajar para él —exclama entre risas.

Y luego tenemos a los recién casados del Bajo, que se han montado una terracita la mar de coqueta en el fondo del patio de luces. Se les oye discutir por enésima vez esta semana. Tienen que acoplar manías y ubicar hábitos, que de momento causan fricciones. Si aguantan un poco más, todo pasará. Y si no están finos, se quedarán sin amor más pronto que tarde.

Mientras registro sin querer las novedades de mis vecinos y canturreo algunas frases de las canciones que están sonando, voy ordenando mi ropa y mi habitación. En una pausa silenciosa entre temas, oigo arrastrarse encima de mí el andador de la señora Remedios. Pienso en llegar sola a esa edad, y a continuación, como si quisiera dar velocidad a sus movimientos atemperados a trompicones, vuelvo al ordenador a contarle a Facebook la canción que estoy tarareando porque busco con cierta ansiedad mi propio público.

Al mismo tiempo, veo que hay una nueva notificación de Facebook, esta vez es para informarme de que Araceli y yo no somos amigas, virtuales, claro.

Josefina Vicente Alcázar

Como la vida misma o autobiografía
de la naturalidad

Mi nombre es Josefina Vicente Alcázar, nací el veinte de septiembre de mil novecientos treinta y seis, en Los Garres. Soy la mayor de cinco hermanos.

A mis ochenta y dos años vuelvo la vista atrás y pienso que soy una privilegiada, a pesar de haber nacido recién comenzada la guerra civil. Pude ir al colegio hasta los catorce años, no me acosté ninguna noche sin cenar, y viví en una buena familia y en un buen pueblo.

De mayor, tuve la oportunidad de estudiar el Bachillerato, hasta cuarto y reválida. Después de haberme jubilado, me diplomé en la Universidad, donde he llegado a asistir a distintas clases y cursos durante diecisiete años.

Trabajé desde los dieciocho años en un taller de punto que montó mi madre, trabajé en correos como cartera durante seis años, viví en Valencia cinco años, trabajé en un Centro de Formación Profesional y viajé por media España.

Cuando volví, monté una tienda de manualidades. No tuve más remedio que cerrarla, pues me vi obligada a atender a mi madre que tenía Alzheimer. Así lo hice durante quince años. En noviembre hará veintinueve años que murió. Durante sus tres últimos años, puse en funcionamiento y dirigí la Residencia de Ancianos Hogar de Betania. Cuando mi madre murió, me despedí y después de cobrar el paro, pasé a la jubilación.

No me quejo de nada, mi vida me ha resultado muy variada y muy rica en vivencias.



Como la vida misma o autobiografía de la naturalidad

Estuve dándole vueltas a la cabeza para articular una historia que formara parte de esta publicación. Pero, tras mil y una dudas, llegué a la conclusión de que cuanto aquí se escribe es un mosaico de historias verdaderas que tienen como hilo conductor mi yo más natural e íntimo. Al fin y al cabo, en mi opinión las autobiografías son documentos que ayudan a comprender el mundo y a valorar a las personas, sobre todo en esta sociedad en que se está perdiendo la costumbre de tomar como referencia los valores. Las personas de las que escribo aquí y los episodios o asuntos que transmito son los que han contribuido a formar mi personalidad. He organizado estructuralmente este retazo de mi vida con una visión casi cinematográfica. Me explico: he dividido las secuencias a modo de fundidos en negro, para facilitar la lectura y para parcelar los valores de una época lejana, una época en la que el mundo era contemplado de forma distinta a la actual. Cuanto aquí se diga, parecerá prehistórico para muchos, pero para quienes hayan vivido de una manera similar lo que aquí se cuenta, sentirán que el tiempo no ha pasado, que todo ocurrió ayer. Dicho esto, adentrémonos en nuestros asuntos y vayamos por partes, reescribiendo con todo realismo y honestidad personal, la intrahistoria de un trozo de mi existencia. Quizás me salga el discurso un tanto desordenado, pero quiero confesar que está redactado con el convencimiento de que está compuesto con absoluta franqueza y naturalidad. Vamos con ello.

*

El único periódico que llegaba a mi pueblo, Los Garres, tenía como destino el Casino, y venía en la saca de correos. Es curioso, pero, a veces, las personas son depositarias de reacciones, saberes y competencias que te dejan con la boca abierta. El caso es que una mañana, Rosario, persona entrañable y cercana, empleada de hogar en casa de unos agricultores, analfabeta y aficionada a hablar con refranes, se me acercó y me dijo:

—Déjame el periódico, que quiero ver si viene la esquila de la tía Serrana.

Le dejé el periódico, lo ojeó y dijo:

—No viene. (“¿Cómo sabe Rosario que no viene la esquila, si no sabe leer?”)

Tomé el periódico y, en efecto, la esquila de la tía Serrana no aparecía en las páginas del diario. Entonces me percaté de que en Rosario funcionaba la identificación gráfica y caligráfica, por más que desconociera las grafías y la formación de palabras. ¿Qué solía ver Rosario en los periódicos? Ella tenía su propio criterio clasificatorio en función de los diferentes formatos y tamaños de las esquelas: las de tamaño medio eran las que correspondían al estatus social de la tía Serrana. Esto lo tenía claro. Por eso supo que no había aparecido en el periódico. Podría referir muchas otras anécdotas interpretadas por Rosario, pero lo voy a dejar aquí, diciendo solamente que de ella aprendí cantidad de refranes y que le profesaba una gran admiración.

*

Guardo también un recuerdo imborrable de una persona excepcional. Se trata de mi abuela paterna, una mujer que nació en 1878. Nunca fue a la escuela, pertenecía a una familia de agricultores y se casó el último día del siglo XIX con un chico que vino de la guerra de Cuba. Este era pastor. Del oficio del muchacho y de sus familiares procedía

el mote de “los pastorejos”. La tía Pepa —así llamaban a mi abuela— tenía una inteligencia privilegiada y atesoraba una filosofía de la vida muy original. Pasé muchos ratos con ella, pues mi madre se iba a la playa con mis hermanas pequeñas, y yo, con dieciocho años, me quedaba en casa a cuidar de mi padre y de mi hermano. De esa manera, pasaba todas las mañanas con la abuela, quien me contaba cosas muy interesantes: cómo vivió su juventud, qué pretendientes tuvo y mil anécdotas más de sus costumbres y vivencias. Recuerdo que solía cantarme con una memoria prodigiosa las llamadas canciones de ronda y me recitaba los poemas que los troveros difundían por los pueblos. Además, no paraba de contar montones de leyendas urbanas y rurales. Algunos dichos que gustaba repetir procedían de esa filosofía de la vida que antes cité y de la que he llegado a nutrirme hasta apropiármela sin rubor. Decía con una gracia inusual: “Si se cae medio cielo, me voy al otro medio”. Sin problemas. Pero lo que me admiraba de ella era su relativismo y su desparpajo con respecto a asuntos de amor: no se cortaba ni un pelo para hablarme de intimidades. Con un humor lleno de gracia y sutil picardía, me dijo una vez una amiga:

—Escandaliza a Isabel con las cosas de tu abuela.

Y es que la tal Isabel era muy corta y mi abuela muy larga.

Un día, estaba mi abuela en lo que llamábamos la sala. Tengo que aclarar que las salas, en las casas de los pueblos eran el almacén de la comida de las personas y de los animales. Pues bien, en la sala me contó algo que allí mismo ocurrió. Llegó un buen día mi abuelo con el ‘ganao’, subió y allí mismo, sobre la paja, se dieron un ‘revolcón’. Pasados dos meses, mi abuela le soltó a bocajarro a mi abuelo:

—¿Sabes que estoy preñá del revolcón que me diste?

La contestación de mi abuelo no se hizo esperar:

—Pos sí que eres delicá.

Tuvieron ocho hijos, pero dos se les murieron, y cuando

nació el pequeño, mi tío Juan Antonio, le dijo mi abuela a su marido, mi abuelo:

—Ya te estás buscando una querida, porque yo no tengo más críos.

Mi abuelo, obediente, se buscó una querida, que vino a ser ‘la Espantatrenes’, una vecina cuyo marido se pasaba toda la semana en el campo. Con ella tuvo dos hijos.

Con ese desparpajo y esa naturalidad con que contaba las cosas, mi abuela me hizo comprender algo que me ocurrió cuando yo era muy pequeña. Estábamos en la puerta de mi casa mi padre, mi tío Juan Antonio y yo, y apareció enfrente, una chica preciosa que había venido de Barcelona a pasar la Semana Santa. Oí que mi tío le decía a mi padre:

—Mírala, es igual que la Elena (mi tía).

Yo no comprendía nada, pero vi que la chica cruzó la carretera y los besó a los dos, a mi tío y a mi padre. A mí me extrañó muchísimo que una chica besara a dos hombres en la calle. Por eso, cuando mi abuela me contó esa historia, comprendí que la chica era su hermana, que había emigrado a Barcelona. En cierto modo, entonces entendí qué era eso de “la fuerza de la sangre”.

Quisiera relatar otra anécdota más divertida. Mi abuelo dormía en casa de su vecina, y una madrugada apareció en su casa con los pantalones en la mano y un roto en los calzoncillos, que, en esa época, se llevaban largos y a ‘ra-ycas’. Mi abuela, que estaba acostada en su cama plácidamente, le dijo:

—¿Qué ha pasao?

—Na, que ha venío el marío y he tenío que saltar la bardiza.

Las carcajadas de mi abuela tronaron por toda la casa. También las mías, cuando escuché la historia.

Cuando nos reuníamos la familia, sólo se oía decir: “la mamá ha dicho, la suegra ha dicho, y ja, ja, ja, ja, todo eran risas y alegría. Las nueras la querían con locura, a

la abuela, y cuando se quedó sola, le llevaban la comida un día mi madre y otro día mi tía María. Era frecuente escuchar cómo se organizaba la intendencia familiar. Mi madre decía:

—Mañana nos toca la abuela; voy a hacer de comer esto o lo otro, que le gusta mucho.

Y tenían la seguridad de que lo que le hacían lo comería con gusto, más que nada, porque se lo hacían sus nueras. Le celebraban todas las ocurrencias, que no eran pocas, y, como persona, era muy valorada y muy querida por todos. Tengo una amiga, que siempre me dice: “eres lista como tu abuela”. Para mí, sea verdad o no, es el piropo que más me gusta.

*

Otro personaje de mi vida ha sido mi padre. Era el tercero de los hijos de mi abuela, y hace tiempo, cuando las familias tenían tantos hijos, se les cedían como hijos propios a los hermanos que no tuvieran. Mi abuelo tenía una hermana que no tenía hijos y mi padre y mi tía Elena, que era la cuarta, se fueron a vivir a casa de su tía Isabel —así se llamaba mi tía— que vivía en Beniaján, un pueblo más grande y con más posibilidades que Los Garres. Además, sus tíos gozaban de un estatus social más elevado, pues eran comerciantes.

Mi padre era la persona más culta que había en el pueblo. Cuando me encuentro con personas mayores que me dicen “¡cuánto me acuerdo de tu padre!”, me lleno de orgullo. Pasó toda su juventud con sus tíos, pero como su tía murió cuando mi padre tenía 25 años y su tío se casó de nuevo, ambos vinieron a vivir con los abuelos.

¿Qué influencia ejerció sobre mi competencia cultural? Os cuento: en los pueblos se hablaba muy mal y él entraba por la puerta diciendo:

—No se dice ‘tuillo’, se dice tobillo; no se dice ‘quinqui-

llera', se dice quincallera etc. No parábamos de preguntarle cosas, sobre todo a la hora de comer. "Papá, ¿qué quiere decir esto, qué quiere decir lo otro?". Entonces sentenciaba:

—Trae el diccionario y busca.

Yo lo primero que ponía en la mesa era el diccionario para no tener que levantarme cuando lo pedía. Me enseñó a no tener miedo físico. Cuando murió mi abuela, la madre de mi madre, que vivía con nosotros, mi padre me vio salir despavorida de su habitación y me dijo:

—¿Tienes miedo?, ¿piensas que te va a atrapar? Cuando eso ocurra, te paras y verás que no pasa nada —el consejo lo hice mío para siempre.

Ocurrió en el pueblo algo digno de ser contado, y es que, al salir de la escuela, estaba la gente revuelta porque decían que se había aparecido un muerto, concretamente una muerta, la madre de una señora conocida. Fuimos corriendo para ver qué pasaba y vimos a la señora llorando, las ropas de los cajones fuera y todo desparramado por la casa.

A la hora de comer, hora de las confidencias, tras contar el suceso, mi padre sentenció:

—El aparecido no le ha dicho nada, ¿verdad? Verdad. Volverá a aparecérselo y tampoco le dirá nada. Pero cuando se le aparezca por tercera vez, le hablará y le dirá que la máquina de coser es para ella.

Efectivamente, fuimos la segunda vez y no dijo nada. Pero cuando llegamos de nuevo, habló:

—Me ha dicho mi madre que la máquina de coser es para mí.

La máquina de coser era lo más valioso que tenían en la casa. Claro, yo era una cría y me impactó que mi padre supiera cómo terminaría la cosa, y que todo fuera un montaje. No le conté a nadie que yo lo sabía, pero cuando se aparecieron otros muertos, ni me molesté en ir, porque a lo que aprendí fue a valorar y ver las segundas intenciones.

El consejo que me dio mi padre, cuando yo tenía 17 años y ya comenzaba a tener pandilla, fue:

—Haz lo que quieras hacer libremente, porque te dé la gana, pero no te escondas para hacer nada, porque donde te escondas, te verán.

Dicho en aquellos años, el consejo me resulta hoy alucinante. Esas cosas y otras son las que me han hecho ir por la vida sin miedo al qué dirán y responsabilizándome siempre de mis actos. Esa forma de entender la vida fue la que creó en mi casa un ambiente de confianza: siempre contábamos todo lo que hacíamos, con quiénes salíamos y adónde íbamos. Por todo esto mi vida estaba reñida con el temor y siempre me sentí comprendida y apoyada. Me asombraba que mis amigas se presentaran con tapujos, medias verdades o mentiras ante sus padres. No lo concebía.

*

Ya he dicho que mi padre era la persona más culta del pueblo, y en aquellos tiempos de la posguerra esto era más evidente, pues por entonces había muchos analfabetos y personas sencillas e ingenuas para quienes mi padre era el ‘conseguidor de todo’. Nos enseñó a tratar a todo el mundo de igual manera, ya fueran ricos o pobres. Solía ‘presentar’ en el Juzgado a todos los niños que nacían. Por aquellos años nacían en las casas y la partera, la “tía Juana, la Cachorra”, no poseía título alguno.

Cuando los chicos estaban en la mili, los padres los necesitaban para recoger las cosechas o criar la seda. En esos casos, mi padre escribía al Coronel para que les diera un permiso para ayudar en sus casas y para que dicha ayuda supusiera un alivio familiar.

Los alcaldes del pueblo eran buenas personas, pero normalmente no gozaban de una preparación adecuada ni de un nivel cultural suficiente. Cuando se veían en un

aprieto de tipo administrativo o de redacción, aconsejaban a algunos vecinos que se acercaran a mi casa y hablaran con mi padre.

—Ha dicho el alcalde que me haga un certificado de buena conducta.

Como anécdota, cuento el asombro que me produjo el hecho de que uno de los recomendados por el alcalde preguntara a mi padre:

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

Viviendo una posguerra tan dura como la que vivíamos, pensé: “Mira que decir “nada” con la falta que tenemos...” El que había recibido el favor, replicó:

—Ya pagaremos.

Y pagaba con todo lo que se criaba en la huerta y en el campo: almendras, olivas, trigo, fruta, verdura, patatas, pollos etc. No obstante, tengo que confesar que en mi casa jamás hubo escasez de nada.

En una ocasión llegaron dos señores preguntando por él y, como no estaba en esos momentos, me dijeron:

—Pues tú misma. Necesitamos que hagas un documento de compraventa, porque le vendo la casa.

Dicho y hecho: Fulanito de tal vende a Menganito una casa de tantos metros, en tal calle, por tanto dinero y da en señal tanto y cuanto... Firmamos los tres. La verdad es que ya me había dado mi padre poderes para firmar lo que llegara para él.

Una cosa insólita por el alcance que tenía era conseguirles las pensiones a los mayores y a las viudas. Acudían de todos los pueblos. Había una ley que establecía que el que hubiera trabajado antes de guerra, aunque hubiera sido tan sólo durante quince días, tenía derecho a pensión. Mi padre conseguía las documentaciones visitando empresas o solicitándolas por escrito cuando estaban lejos de Murcia. El caso es que se las ingeniaba con habilidad y dedicación. Me llama la atención el hecho de que constara

en los papeles que casi todas las chicas de mi pueblo trabajaran en “Los Gómez”, una empresa de agrios que estaba cerca de la estación.

A todas las personas que acudían por el asunto de la pensión, mi padre sí les cobraba: cuando les llegaban los atrasos y la paga, le entregaban el importe de un mes. Mi padre no lo hacía por dinero, pues se trataba de cantidades muy pequeñas. No olvidaré nunca las caras de agradecimiento de aquellas buenas gentes. De hecho, hace poco, en la sala de espera de un médico, un señor mayor le dijo a su nieto de dieciocho años que le acompañaba:

—Mira, el padre de esta señora le sacó la paga a mi madre.

Comprendí y valoré justamente la grandeza y la categoría de mi padre cuando tras su fallecimiento (contaba con setenta y siete años y padecía una neumonía concluyente que se lo llevó al otro mundo sin piedad mientras dormía), hurgando por entre los papeles de la mesa de su despacho, me encontré una denuncia que le habían puesto dos señores. En ella se le acusaba de “rojo”, con la intención de quitarle el trabajo de cartero y encarcelarlo. Esto ocurrió recién terminada la guerra. El descubrimiento me impresionó sobremanera y me percaté de los odios que habían anidado en el corazón de los hombres y del peligro de que se transmitieran de padres a hijos. Jamás habló mi padre mal de aquellas personas, ni los trató con desprecio. Nunca. Enseñé a mis hermanas la denuncia —ni mi madre tenía conocimiento de mi hallazgo— y la figura de mi padre se agigantó aún más. En efecto, podía haber compuesto alguna sátira aguda dedicada a aquellos denunciantes, riéndose de ellos en verso, pues se da la casualidad de que mi padre improvisaba poemas y se los dedicaba a la gente. De hecho, no hace mucho, estaba yo en la farmacia y Conchita la Topa me recitó un poema que le dedicó mi padre. ¡Qué cosas!

Si no me extendiera hasta el infinito, podría contar mil

asuntos más. Por eso quiero cortar aquí mi relato, pues todavía tengo que hablar de mi madre.

*

Mi madre, María Alcázar Marín, pertenecía a una de las familias pudientes del pueblo, pero su padre murió muy joven y dejó tres hijos de su primera mujer y siete de la segunda, con lo cual, mi madre, la penúltima, se fue a servir a casa de “Los Servet” de Murcia a los trece años; allí estuvo hasta los dieciséis, en que se volvió a su casa con medio ajuar comprado y unos conocimientos y vivencias que transmitió a su familia.

Trabajó, en “Los Gómez”, se hizo amiga de mi tía Isabel (hermana de mi padre), que en esas fechas vivía ya en Los Garres, y conoció a mi madre. Como los domingos había baile en el casino, mi padre le mandó recado a mi madre con su hermana, diciéndole:

—El domingo mi hermano, romántico perdido, te va a pedir baile.

Ese domingo le pidieron a mi madre baile tres chicos, y les dijo que no. Posteriormente, se le acercó mi padre, le pidió baile, ella aceptó, y ya para siempre jamás.

Se casaron, ella con diecinueve años y él con veintiocho; todavía mi prima recuerda la boda: traje blanco con zapatos de tafilete (que yo conocí) y celebración en casa del alcalde. Comieron tortada. ¡De cine! Yo nací recién comenzada la guerra civil. Mi padre intervino en la misma, yendo a un puesto de transmisiones en un pueblo de Valencia, y para que mi madre no se quedara sola, vinieron a vivir con ella su madre y su hermana soltera. Como poseía una casa muy grande, le enviaron dos refugiadas de Madrid, madre e hija, que le enseñaron a hacer punto, cosa que en el futuro le sirvió de mucho.

Mi madre recibía todos los días una caja de madera con dos chuscos (panecillos), que eran los que le daban a mi

padre: él cambiaba el tabaco por pan y, en sus ratos libres, ayudaba a los agricultores de esa zona y le regalaban cosas, que, inmediatamente, eran enviadas a mi casa: eso era un detalle que nunca podré olvidar.

Cuando en mis horas bajas me agobio por la crisis, miro una foto en la que estamos los tres; mi padre, elegantísimo, con traje y corbata, mi madre con un vestido precioso y yo –contaba con un año- con un abrigo de entretiempo blanco, unos zapatos y calcetines calados y un lazo. Cuando contemplo la fotografía, me digo: “si mi madre me llevaba en plena guerra así vestida, ¿qué me puede pasar a mí?”

Nunca oí a mi madre hablar mal de nadie. Solía decirme: “No se dan quejas, eso no queda fino”. Era una mujer muy querida por todo el mundo y no son pocos los que todavía la recuerdan.

Cuando venían al Romea las compañías de teatro, mis padres, con un primo de mi madre que estaba abonado a un palco, se ponían de tiros largos, sombrero incluido. Los recogía el taxi de Antoñico el Conde, de Beniaján, que los llevaba y traía; aquello era lujo. Yo, muy pequeña, los miraba entusiasmada y emocionada de tan guapos que iban.

Mi madre era el alma de la casa, todo lo organizaba y lo decidía y todo estaba bien. Tuvo cinco hijos y fue la madre perfecta. Teníamos una costurera que venía un día a la semana, cortaba y probaba la ropa; mi madre la cosía. Cuando había comuniones, sus visitas eran más frecuentes. Yo no pude estudiar, porque contando con apenas once años, tendría que viajar diariamente a Murcia en un coche de línea destartado e impuntual, tendría que malcomer un bocadillo en el jardín de Floridablanca e ir de aquí para allá desorientada. En definitiva, que mi madre dijo que no. Entonces me preparé para realizar tareas administrativas en una academia. También pude haberme preparado en el Ayuntamiento de Murcia, institución en donde mi padre contaba con muchos amigos. También mi madre se

negó a eso, pues yo contaba ya con diecisiete años y allí había muchos hombres.

Tomaba decisiones inesperadas y siempre oportunas. Una tarde, mientras recogía la ropa seca, pasó en bicicleta Antonio, el vendedor de lavadoras y le gritó:

—¡Antonio, tráeme mañana una lavadora!

Dicho y hecho. También yo participaba en esas determinaciones tan aparentemente drásticas. En 1968, llegó a casa una prima mía diciendo que su padre iba a vender el seiscientos. Bajé de la sala que usábamos como taller de punto y le dije a mi madre, que estaba en la cocina:

—La prima Encarnita dice que su padre vende el coche. Voy a comprárselo. Ni rechistó. Lo compré. Ahora, al cabo de los años me río, porque ella tampoco le dio importancia al hecho de comprar un coche de golpe y porrazo, sin preguntar por el precio ni nada de nada. ¡Asombroso!

También era generosa con el prójimo. Recuerdo que había tres familias a las que ayudaba de una manera muy curiosa. En los cambios de temporada, sacaba las cosas encima de la cama y decía:

—Esto no te lo has puesto, pues ¡fuera!; esto, tampoco, ¡fuera!

Yo protestaba: “¡pero mamá!”. Y ella, “ni mamá, ni mamá... ¡fuera!”. Hacía tres paquetes y llamaba a las madres de las familias anteriormente citadas.

No hace muchos días, me encontré con mi vecina Carmen:

—¡Cuánto me acuerdo de tu madre! ¡La de ropa que le daba a mi hija Ana! Incluso llegó a llevar un vestido regalado por tu madre en la boda de su hermano.

Un día, oyó en la radio que vendían máquinas de hacer punto. Al día siguiente, bajó a Murcia y compró una. Aprendió a usarla, me enseñó a mí, y montamos un pequeño taller que terminó teniendo máquinas industriales: rematadoras y devanadoras de seis madejas a la vez. Nuestra clientela procedía de todos los pueblos de los alrededores

y parte de Murcia. Entonces todo se hacía por encargo y trabajábamos hasta el 29 de junio, día en que nos íbamos a la playa. Volvíamos para reiniciar la tarea en septiembre.

El verano era sagrado para mi madre, pues mi hermana pequeña (que nació cuando yo tenía diecisiete años), estaba enferma de los bronquios. A los tres años, el médico de cabecera le dijo a mi madre que tenía que llevarla a la playa para que tomara el sol y la brisa. Dicho y hecho. Faltara para lo que faltara, la playa era sagrada. Se curó.

*

He trazado breves y entrañables pinceladas de mi vida. Ni que decir tiene que todas las personas que he nombrado han influido en mí y, vivan o no, me siguen ayudando. Se me olvidaba: el último consejo de mi padre me lo dio cuando comenzamos a votar en democracia. Le dije:

—Papá, tenemos que votar al que más nos dé.

Y me contestó:

—Los políticos no te dan nada, ellos sólo tienen lo que les damos nosotros. Tienes que votar a quien menos te quite.

Durante las últimas votaciones me dijo el director del banco:

—He votado como decía tu padre.

María Ballester

¿Casualidad o destino?

No recuerdo el momento en que leí un libro por primera vez, menos aún la primera vez en que vi uno. Lo que sí sé es que he tenido la suerte de vivir rodeada de ellos y, si esa estrella no me abandona, así será hasta el día en que se acabe mi tiempo.

Los libros son objetos muy curiosos, casi mágicos, pues te transportan a mundos llenos de infinitas posibilidades: viajas a tierras lejanas, luchas, amas, lloras de alegría o de tristeza, sientes el dolor o la ilusión de los personajes, y tantos otros sentimientos, emociones y experiencias como si fueran propias.

Imaginad una burbuja suspendida en el aire. Una niña está sentada dentro con un libro abierto en su regazo. Pasa las páginas, lee, ríe, sueña. Lo cierra y desaparece de ella. Esa escena se repite numerosas veces. Esa misma niña vuelve a surgir en la esfera pero esta vez no hay letras de imprenta en sus hojas. Un bolígrafo, impulsado por su mano, las recorre con furia; unas gotas saladas emborronan su dolor y sus miedos. Lloro, anhelo. Siento alivio. De tiene la mano, cubre las hojas y desaparece. Ahora es una adolescente la que se echa sobre almohadones dentro de la burbuja. Libro en mano, sus ojos absorben las páginas. Se siente valiente. El mundo es suyo. Se abraza a él, suspira, sonrío, y lo cierra. Desaparece. En el rostro de esa adolescente, ya no tan joven, el tiempo se ha dibujado a sí mismo dejando las huellas de la vida. La esfera la rodea y

un torrente de sentimientos nada entre sus venas. ¿Estará leyendo? ¿Estará escribiendo? ¿Quizá ambas cosas?

Cuando un libro atrapa, surge la magia de las palabras. La burbuja te rodea, te aísla del mundo exterior, y te mantiene estática, flotando en un limbo atemporal. No existe el hambre, ni la sed, ni el sueño; ni tan siquiera el dolor propio. No existen nada más que esa historia y sus personajes, y un espectador, yo, que vivo y siento lo que ellos, detenida en el tiempo.

Qué curioso es el tiempo. Sólo a través de él veremos si la niña que devora libros se convertirá también en una mujer que haga volar con sus manos, su imaginación y sus palabras.

¿Casualidad o destino?

Hay sensaciones que te atraviesan como un rayo incandescente marcándose a fuego en tu corazón. Jamás vuelves a ser la misma persona. Ese día sentí que me partía en millones de estrellas electrificantes volando hacia el infinito de un universo único.

Era mi último amanecer en el paraíso y el sol aún no había salido para deleitarme con la magia de su baile despertando a las gentes del sur. La entrega de diplomas se iba a llevar a cabo a las diez y media de la mañana; el reloj marcaba las ocho y media. Di un último sorbo al café y salí disparada hacia la estación de autobuses rezando para que el mostrador de Alsa estuviera desierto. A pesar de la hora, cuando entré en la estación por la planta superior observé un largo camino de hormigas que llegaba hasta la ventanilla; me convertí en una de ellas. Sin embargo, mi urgencia por llegar la primera me había impedido pasar revista en el baño y, ahora, el río Nilo intentaba fluir. Durante unos minutos me debatí entre salir corriendo al aseo o, esperar y confiar en la destreza del personal para atendernos. Las caras de pocos amigos de mis compañeros me hacían pensar que si salía de la cola y, luego pretendía volver a mi puesto, se lanzarían contra mí como hormigas de fuego, con sus patas y antenas encabritadas. Ante tal imagen preferí confiar en la fuerza de mi dique.

La eficacia del señor de Alsa me permitió obtener mi billete en tiempo record y corrí hacia el baño, el cual, cómo no, se encontraba situado en el lado contrario de la estación. Cuando estaba a punto de llegar choqué con un chico y me disculpé sin mirar atrás. Abrí las compuertas y vacié la presa. “Qué alivio”, pensé. Nada más salir tomé el móvil para comprobar la hora y oí un golpe a mi lado.

El chico con el cual me había chocado minutos antes estaba peleándose con la máquina que expedía las monedas para abrir las taquillas de la consigna. Tenía el pelo rizado y oscuro como el ébano, cubierto por un sombrero veraniego. Bajo la camisa azul cielo se insinuaba un cuerpo ancho y atlético, y los pantalones cortos dejaban ver que sus piernas también estaban en forma. El sol del verano se había pegado a su piel pero las mejillas y la nariz, un tanto ancha, brillaban enrojecidas por el exceso de los rayos. De repente se giró y me habló: “Oye, ¿tú sabes cómo funciona esta dichosa máquina?”. Un torrente ardiendo me subió hasta la cabeza y encendió mis mejillas. Me quedé como una tonta mirándole, preguntándome si me hablaba a mí. De mi boca no salió ni un balbuceo. Él, ante mi indecisión, me volvió a hablar riendo: “Te hablo a ti, la chica placajes. Podrías ayudarme como compensación por lo de antes, ¿no?”. Desperté de mi estado de shock y me acerqué a él. Los nervios hacían que mis manos sufriesen terremotos. “¡Por Dios, qué guapo es!”; repetía mentalmente una y otra vez. No con menos dificultad, conseguí sacar la moneda, y le pedí de nuevo disculpas por el golpe.

El reloj de la estación marcaba las diez y diez; apenas me quedaban veinte minutos para llegar a la universidad. Me despedí con media sonrisa y eché a andar hacia las escaleras mecánicas para salir de la estación. Mis ojos se volvieron hacia él: “¿Cómo se llamaría?, ¿qué haría allí? Claro, seguro que estaba de vacaciones, como tantos otros en pleno julio”. Me quedé embobada mirándole mientras me perdía en mis pensamientos. Él se dio cuenta, levantó la mano y me saludó. Desvié la mirada avergonzada y, maldiciendo por lo idiota que había parecido y el retraso que ya llevaba, me dirigí hacia la parada del autobús que iba al centro.

En esas estaba cuando alguien me tocó por la espalda y di un salto sorprendida. Era él. “Perdona, no pretendía asustarte. No quiero abusar pero ¿sabes si este es el au-

tobús que va al centro? Quiero ir a la Gran Vía y no estoy seguro”, me dijo. La emoción me inundó. Le respondí alegremente que estaba en el sitio adecuado, le di unas indicaciones y nos intercambiamos los números de teléfono por si tenía alguna duda más. Llegó el autobús y subimos a él. Me senté; él estaba de pie, frente a mí. Fingía mirar por la ventana; yo mirar el móvil. Le miraba a hurtadillas; él también. Me reía por dentro. Era un juego. Cuando nuestros ojos se encontraban, rápidos, miraban hacia otro punto, y sonreíamos por el encuentro fugaz. La realidad era que nuestras miradas buscaban ansiosas los ojos del otro.

Llegué a mi parada y tuve que bajarme. El reloj de la farmacia me advertía de que podría retrasarme. Me volví hacia el autobús y ví que se perdía por otra calle. “Y si... Y si...”, pensé. Negué con la cabeza y apreté el paso en dirección a la facultad. Todos estaban ya dentro de la sala pero esta vez no sentí vergüenza por llegar tarde. Algo diferente me asaltó, una fuerte desilusión se abrió paso y fue envenenándome poco a poco. No podía dejar de pensar en ese chico y unas tras otras se iban sucediendo las dudas: “Qué casualidad, ¿no? ¿A dónde iría? ¿De dónde vendría? ¿Por qué no dije nada más? ¿Por qué?”. No oí mi nombre cuando me llamaron para recoger el diploma. La gente comenzó a levantarse y a abandonar la sala. Otros se despedían de compañeros y profesores. Me acerqué al director del curso y le pedí disculpas por no haber salido. Me entregó amablemente mi certificado y me marché.

Las campanas del Real Monasterio de San Jerónimo repicaban en señal de hora en punto, los coches se arremolinaban en las calles ansiosos por volver a sus casas, y el olor a comida recién hecha inundaba cada rincón haciendo saltar de alegría a los hambrientos estómagos. Sin embargo, el mío estaba lleno de emociones y falto de apetito.

Quería aprovechar ese último día y decidí observar la ciudad iluminada en su punto álgido. Para olvidarme de mi tormenta de dudas no cogí ningún transporte y me obli-

gué a caminar, perdiéndome por empinadas calles blancas y empedradas que relumbraban al sol. El calor resultaba cada vez más asfixiante. El aire me quemaba la garganta y una jarra de agua ardiendo bañaba mi piel. A pesar de ir con un vestido corto de tirantes y un gran sombrero, y de las estrechas calles que aportaban algo de sombra, nada conseguía refrescar un ápice a las almas que vagabundeábamos a esas horas por la ciudad.

Cada calle era un lienzo en blanco salpicado de bellas puertas talladas y forjadas según la antigua tradición árabe. El agua murmuraba oculta tras los muros. Flores frescas, naranjos, otros árboles frutales, palmeras, y azulejos de brillantes colores las adornaban sugiriendo jardines secretos de ensueño que invitaban a protegerse de cualquier mal. Un canto a la belleza de Andalucía que, en ese momento, despertaba mi envidia y resultaba una tortura. Al fin divisé un cartel y alcancé la cima. A punto de desmayarme me incliné sobre la fuente de la plaza y empecé a beber con ansia y a mojarme la cabeza. El agua recorría fría mi cuello empapando mi vestido. Gotas frescas se deslizaban bajo él refrescando el infierno que tenía por cuerpo. Volví a meter la cara bajo el grifo antes de caer desplomada sobre un banco a la escueta sombra de un muro. Abrí los ojos y observé aquel cuadro sublime. Apenas éramos cuatro o cinco personas en todo el mirador por lo que no era necesario acercarse al borde para observar tal espectáculo. El cálido viento traía consigo unas suaves notas de guitarra que me aletargaban. No era la primera vez que subía allí y, aun así, siempre me sorprendía y emocionaba como el primer día que la ví. Ella, la Alhambra, alta y orgullosa, dominaba con deslumbrante soberbia la ciudad y atenuaba la belleza de cualquier otra maravilla de este mundo. Porque ella misma era y es un paraíso celestial para tan insignificantes seres que nos atrevemos a cruzar al pasado a través de sus más íntimos secretos: sus jardines, sus muros, sus leones... Su magia carmesí.

Oculté mis ojos bajo las gafas de sol y los cerré, disfrutando de la imagen, reteniendo cada detalle. Respiré profundamente y noté cómo me iba relajando y adormeciendo. Alguien se sentó en el mismo banco y rompió esa paz. “Joder, anda que no hay sitio en la plaza. Ya me ha roto el Karma”, pensé malhumorada. Además, aprovechando mi desvelo, una orquesta se instaló en mis tripas y el cabreo aumentó al pensar en tener que buscar un sitio para comer. Para colmo, el no invitado se rio abiertamente de mí, calentando un volcán a punto de estallar: “¡Menudo concierto tienes ahí montado! Creo que alguien tiene mucha hambre y no soy yo precisamente”. No sé si me sorprendí más por la confianza con la que me habló o por lo familiar que me resultaba su voz. Abrí los ojos y le miré de reojo bajo las gafas. De nuevo él. Por extraño que parezca, el enfado se esfumó. No le conocía de nada, pero me hacía sentir bien. Volvió a estallar la emoción, y cuando me ofreció comida no dudé en aceptarla. Se llamaba Julio -qué ironía- y estaba de paso. Había cogido el autobús de la compañía Alsa, trayecto Cádiz-Granada, de madrugada, y había decidido pasar el día aquí, antes de continuar por la noche su viaje hacia Murcia. Todo lo que me había preguntado acerca de él se desveló, y más aún. Hablamos durante horas, reíamos, nos mirábamos... Y cómo nos mirábamos. El tiempo murió en nuestros labios. Los sentidos danzaban a flor de piel, se deleitaban con nuestros movimientos y se excitaban ante el más mínimo roce. Mi corazón corría su primera maratón sin saberlo, a punto de estallar en un espectáculo de fuegos artificiales eternos. No existía nadie más; solo nosotros. No existía nada más; solo ese rayo, esa sensación.

Mi móvil empezó a vibrar y lo saqué del bolso. La alarma me advertía de mi hora del pase para entrar a ver La Alhambra. Le entró un ataque de risa y con lágrimas en los ojos exclamó: “Te juro que no te estoy acosando pero ¡yo también tengo entrada para esa hora!”. Le miré sorprendi-

da -¿casualidad o destino?- y no pude evitar llorar también de la risa.

El camino era largo y el tiempo para llegar escaso. Se levantó de un salto, recogió el picnic improvisado y salimos disparados. Llegamos sin aliento. El guía, desconfiado, revisó las entradas y reprobó nuestro retraso. Eso sirvió para unirnos más en nuestra extraña relación. Seguimos mirándonos de reojo y hablando en susurros mientras el guía explicaba cada zona del palacio. De vez en cuando pedía silencio al grupo pero nos fulminaba directamente a nosotros con la mirada.

La visita estaba llegando a su término y eso solo significaba la separación de Julio. Algo me oprimió el pecho y un amargo escalofrío me atravesó de los pies a la cabeza. En breve se iniciaba un concierto de guitarra clásica y baile flamenco por lo que éramos el último grupo de visitantes. Llegamos al final del recorrido y el guía nos acompañó a la puerta de salida.

Aprovechando que estaba ocupado con otro visitante, Julio me agarró del brazo y echó a correr sin mirar atrás. El guía nos chilló escandalizado y llamó a voces a los vigilantes de seguridad que estaban cerca para que nos detuvieran. Seguimos precipitándonos por más pasillos y salas sin descanso. Los guardias nos perseguían, nos gritaban y nos amenazaban con la policía. El concierto arrancaba. Los oíamos dar voces con un cabreo de mil demonios. Las guitarras vibraban a un ritmo cada vez más rápido, se oía un taconeo al mismo compás. Casi no podía respirar.

Julio se paró en seco y me empujó contra un rincón semioculto. Se colocó detrás de mí y apoyó su dedo índice sobre mis labios. Un guardia estaba pasando junto a nosotros; avanzaba lentamente en nuestra busca. Notaba su cuerpo pegado al mío; su respiración agitada; el aliento sobre mi cuello. Me ericé. Mi pecho palpitaba desbocado y me temblaba hasta el alma. Me dio la vuelta y me miró a los ojos. Apartó el pelo que me caía sobre la cara con

suavidad y se acercó aún mas susurrándome al oído. No llegué a escucharle. Tenía los sentidos borrachos de tanta excitación.

De improviso tomó mi mano y me sacó del escondrijo. Subimos aprisa unas escaleras. El concierto fluía mientras nos íbamos adentrando en los secretos del pasado. Nos asomamos a un patio y vimos a los vigilantes ansiosos. Uno de ellos levantó la cabeza y, al vernos, gruñó señalando nuestra posición. Nuestros pies volaron de nuevo. Las salas y pasillos se sucedían como estrellas fugaces. Los pulmones me ardían, las piernas me flaqueaban y, entonces, una gran sala surgió como un oasis suspendido entre el caos. Nos quedamos sin palabras. Los rayos del atardecer se filtraban por un gran ventanal e inundaban la sala confiriéndole un áureo resplandor casi divino. Estaba completamente vacía, sin embargo, la decoración de las paredes y del techo era tan exquisita y de tal maestría, que, bañada por el sol, parecía pura magia sobrehumana. Tal perfección nos sobrecogió y nos mantuvo en la entrada como estatuas. Un espectáculo digno de dioses.

La música nos sacó de nuestra burbuja y nos acercamos al ventanal. Toda la ciudad se veía extendida a nuestros pies, como una madre rodeando con sus brazos a sus hijos. Los jardines del palacio, encuadrados a la perfección, rebosaban verdes árboles y fuentes maravillosas cuya agua alegremente fluía por los estanques humedeciendo el ambiente. El escenario estaba situado entre dos jardines y su música inundaba cada recoveco. Sobre él, cuatro bailarinas vestidas con trajes negros de flamenca danzaban en círculo en torno a una quinta vestida de rojo. Portaban mantones granates en sus manos rodeando sus espaldas, y los hacían girar con ellas mientras se movían alrededor de la bailarina central, que taconeaba al son de la música. Las guitarras cada vez tocaban más rápido, las bailarinas giraban y giraban a mayor velocidad y la bailaora taconeaba con una intensidad febril. La adrenalina aumentaba; era

un movimiento impetuoso, pasional e hipnótico. Fuego, un fuego ardiente. Llamas danzando a un ritmo frenético. Eso veía yo. Por sorpresa paró todo. Durante unos segundos la música, el baile y el taconeo quedaron suspendidos en el aire. Se respiraba una tensión llena de irresistible fofosidad. Julio, en un impulso, me atrajo hacia él y me besó ardientemente. Todo volvió a sonar en un violento estallido. Mis manos, sus manos; recorrieron nuestros cuerpos anhelantes de un deseo candente, salvaje. La pasión de los besos se desbordó al compás del concierto y perdimos la noción del tiempo.

Esta vez fue el móvil de Julio el que sonó. Me sacó del trance en el que me encontraba. Su autobús salía en una hora y tenía que irse sin demora. Salimos de aquel edén cogidos de la mano y, deteniéndome en la puerta, miré una última vez para capturar cada minúsculo detalle. Ya sentía nostalgia de ese implacable y maravilloso encuentro.

Evadimos de nuevo a los vigilantes y alcanzamos la parada de taxis. Todo el trayecto fuimos en silencio. Una extraña tristeza me invadía. Sumida en mis pensamientos cruzamos la ciudad, llegamos a la estación de autobuses y, cuando quise reaccionar, ya estábamos en el andén frente al autobús de Alsa con destino a Murcia. Los altavoces anunciaron su salida. Algo se rompió en mi interior. No podía mirarle a la cara; mis ojos se humedecieron con la última llamada. Él me levantó la cabeza con dulzura y me abrazó. Al separarse se le iluminó la cara. “Sé que es una locura Carmen, pero ven a Murcia. No vuelvas a Madrid. Hay algo, no sé explicarlo, y tú lo sabes. Lo has sentido tan vivo como yo. Por favor... Podría ser maravilloso. Y si...”, terminó susurrando esperanzado. Negué con la cabeza.

Decepcionado se fue y subió al autobús. El conductor encendió el motor y salió despacio del andén; frenó en la puerta de salida de los autobuses y reanudó el avance por la recta para perderse en la distancia. Cuando ya no podía vislumbrar ni las letras de Alsa, volví a entrar en la esta-

ción. A pesar de ser casi media noche, me cubrí con las gafas de sol. El sabor de la sal caló mis labios. El cuerpo me pesaba, estaba extenuada y una tremenda debilidad se apoderó de mí. Cogí un taxi para volver al hotel y recoger las maletas. El recepcionista, al ver lo tarde que era, me ofreció cambiar la reserva y ampliarla una noche más, pero lo rechacé y monté en otro taxi rumbo de nuevo a la estación. Una idea se fue abriendo paso en mi mente. Busqué el móvil y marqué el teléfono de Alsa. Durante unos minutos estuve hablando con una mujer y, por fin, conseguí cambiarlo; mi destino, Murcia.

María Ángeles Carnacea Cruz

La respiración



Las tardes en las que el silencio y la paz de la lectura llenaban la casa, en mi habitación entraba una luz que daba directamente en las páginas del libro que tenía en las manos. Cuando quise ser arqueóloga y mamá me estaba coleccionando, en secreto, la enciclopedia completa de Arqueología, Olimpia me prestó el libro de Mika Waltari, Sinuhé el Egipcio. No podía soltarlo, no me separaba de él. Iba por la casa con el libro en la mano. Aquel fue mi primer viaje lejos del pueblo, sin pisar la geografía de un Egipto que durante un par de años fue un destino al que soñé ir. Y muy cerca en el tiempo y en la biblioteca de casa, la poesía de Machado, Miguel Hernández, Rosalía de Castro, Pessoa, Marly de Oliveira, Rosario Castellanos, las novelas de Clarice Lispector, El arrancacorazones de Borin Vian, etc., llenaron horas de lectura y silencio.

Los libros me han acompañado a todas partes, desde que, con apenas dos años, mi abuela me sentaba junto a ella a leer los cuentos que me regalaban abuelo José y ella. Los primeros libros de la biblioteca que cuido en casa de mis padres, y que mi madre me pidió que no me llevara porque así me sentiría más cerca, fueron aquellos cuentos que vendían Blanca y Celedonio en su librería. En el estudio donde está la biblioteca que tengo en la casa donde vivo tengo una mecedora parecida a aquella en la que leía mi abuela y a aquella, también, que me compró para sentarme junto a ella a leer en las tardes del sur.

Y de la lectura a la escritura. Algún premio en concursos literarios de la escuela que incluía un lote de libros entre los que descubrí a Rodari; algunos intentos de diario en la adolescencia y muchos poemas escritos en cuadernos o en papeles de caramelos, en hojas sueltas, en las tapas de los cuadernos del instituto y de la universidad. La poesía como una de mis maneras de hablar del mundo, de los mundos que he ido encontrando, de los que conozco y de los que imagino; una manera de decirme y de contar el lugar (no físico ni geográfico) desde donde escribo. Y un lenguaje para calmar el dolor, para aceptar, para ser capaz de nombrar las pérdidas. También para celebrar y hablar de lo bello, del amor, de la fortuna de vivir rodeada de personas buenas a las que quiero tanto.

Carmen Martín Gaité decía que de todos los trances amargos que había pasado en la vida, siempre le había salvado la palabra, la palabra escrita o dicha, y decía, además, que la literatura nos salva la vida. Yo creo, también, en la palabra que no se dice, ni se escribe, que permanece en el silencio, tan necesaria.

Nací cerca de la frontera entre dos países. Me atraen los lugares fronterizos, esos que quedan en los márgenes de los mapas, en esquinas, en filos, espacios en donde creo que la vida late con más fuerza: Ayamonte, el río Guadiana, Portugal y toda una herencia de historias que han ido nutriendo mi vida, los días, y hoy son parte de la persona que escribe todo esto.

La respiración

*Estos fragmentos que hablan de tantas cosas, se los dedico
a mi madre, que celebraba cada libro*

LOS LIBROS

—Juani, ¿dónde está la niña?

—¿Dónde va a estar, Manuel? En la sección de libros, no se cansa de mirarlos y tocarlos.

El primer hipermercado de Huelva abrió en los años ochenta y tenía una sección de libros y papelería, a la que me escapaba mientras mamá y papá hacían la compra semanal. Ir a aquella gran superficie era para mí uno de los momentos más emocionantes de la semana. Estaba muy acostumbrada a ir a la librería de Blanca y Celedonio, donde mi abuelo José me compró los primeros cuentos que fueron llenando mi biblioteca.

Mi abuela Antonia, antes de morir prematuramente, me enseñó a amar los libros, a apreciar su olor, su tacto y a sentir el placer de la lectura. En la mecedora donde inauguraba las tardes de la Calle San Sebastián, leía los libros que le llegaban de Círculo de lectores. Fue una de las primeras socias de Círculo de lectores del pueblo. Yo, como ella, también quería una mecedora para sentarme a leer mis cuentos, y la tuve. Las dos sacábamos las mecedoras a la acera de la calle y allí nuestro vínculo se fue haciendo cada vez más fuerte, mientras crecía mi admiración por ella, una mujer callada y pequeña, que se deleitaba al abrir

un libro. Desde aquella mecedora mi abuela viajó a muchos lugares, hizo muchos viajes, sin salir de Ayamonte.

TRES HERMANAS

Cuando tita se suicidó, yo caminaba con un ramo de claveles rojos en las manos. Era carnaval y Zora bailaba esa tarde con su grupo de flamenco. De aquel día recuerdo el grito y los claveles rojos agitándose en el aire antes de caer al suelo.

Mamá hizo un viaje de setecientos kilómetros sin conocer la verdad. –Tu hermana se ha puesto malita y está grave, ven-, le dijo alguien de la familia por teléfono. Creo que fue su hermana menor la que hizo aquella llamada. Nunca supe quién la avisó, rara vez hablábamos de aquel episodio. Perdió dos veces a su madre y eso nos atravesó: varios heridos graves y su relación con las pastillas.

LA PLAYA

Para ser feliz sólo tengo que volver a aquella playa, decía en uno de sus poemas Eugenio de Andrade. Y volver a los veranos en los que mamá y tita se convertían en centinelas desde la orilla. Mi hermano, mis primos y yo no podíamos bañarnos más allá de donde el mar nos llegaba a la cintura. Si pasábamos ese límite, el grito de tita hacía temblar las sombrillas. No sabía nadar, mamá tampoco. Sus baños se limitaban a pisar la orilla con el agua hasta los tobillos y salpicarse agua por todo el cuerpo.

A las dos se las llevó el miedo. Ahora, cuando voy a la playa, me gusta imaginarlas de la mano, valientes, desafiando las olas para alcanzar la arena y volver a la orilla de los veranos de nuestra infancia.

ABUELO JOSÉ

En una mano llevaba mi cartera roja, la misma que lleva mamá en esa foto en la que está tan guapa, una tarde en que me recogía del colegio; y con la otra cogía mi mano. De camino al colegio abuelo hablaba poco, y cantaba muy bajito, entonando con delicadeza. Sus cantes, casi susurrados, supe más tarde que se llamaban flamenco. Hasta aquel tiempo tengo que remontarme si quiero hablar del origen de mi amor por el flamenco.

EL TOCADISCOS

Años después quise tener un tocadiscos y abuelo una tarde se presentó en la casa en la que vivía con nosotros, con un equipo de música que fue la delicia de mis tardes y noches cuando volvía del instituto. Invitaba a mis amigos y amigas a oír los discos que me iba comprando con los ahorros o los que me regalaban mamá o abuelo José, The Smiths, El último de la fila, Radio futura, La Unión, Joaquín Sabina, Lole y Manuel, Camarón de la Isla, Manolo Caracol, Carmen Linares, Enrique Morente, etc. No faltó el último disco de Eros Ramazotti, que las chicas oíamos una y otra vez, fascinadas con aquel italiano de boca sensual y voz rota. Gastamos la portada de aquel disco de tanto mirarla.

Extraño el brazo de aquel tocadiscos que mamá tocaba y movía con tanto cuidado. La aguja es muy sensible, hija, decía. Por las mañanas en casa sonaban coplas, fandangos y sevillanas. Le gustaba cantar y bailar sevillanas. Si ponía un disco de los suyos me pedía que bailáramos juntas. Movíamos un poco los sillones y nos preparábamos con las manos en la cintura para llenar la pista de baile en que se convertía nuestro salón. Hoy veo la urna con tus cenizas en ese mismo salón y cuando suenan tus músicas, el azul de la urna, parece que brilla más. Creo que me estás mirando.

LA NAVIDAD ERA MADRID

A las seis de la mañana ya andábamos de una casa a otra con los juguetes y libros que nos habían traído los Reyes Magos, mis primos, mi hermano y yo. De aquellas navidades hay fotos de mis primos y mi hermano vestidos con la equipación de la selección española de fútbol en pleno enero a un grado bajo cero, mi prima y yo con nuestros microscopios, con los prismáticos que tanta ilusión nos hicieron, con el Quimicefa, con ese muñeco humanizado que se llamaba Minene, las Nancys, la muñeca negra...

Pero de ese tiempo en el que nos encontrábamos las tres familias y abuelo José en un Móstoles que empezaba a llamarse ciudad dormitorio, papá y mamá se reían al recordar la anécdota de aquel viaje que hicimos en nuestro Renault 8 azul un diciembre en que en la parte de atrás del coche, abuelo, mi hermano y yo, íbamos sepultados por los regalos que mamá llevaba para esas fechas señaladas, entre ellos un triciclo para el primo más pequeño. Casi ocho horas de viaje, durante toda la noche, y llegábamos al amanecer. Encontramos un lugar donde aparcar, delante del Parque Zarautz y lo primero que hizo abuelo fue abrir la puerta y lanzar el triciclo con tal gracia que todavía me parece oír nuestras risas, despertando al vecindario aquella mañana tan fría de invierno. No se podía tener más gracia. Incluso cuando ya estaba en sus últimos días, no perdió el humor ni las ganas de reírse. Mi hermano conserva la gorra con la que siempre se vestía, y que aquel día también lanzó con el triciclo.

EL ALMENDRO

Se mojaron todas las fotos que tenía mamá de aquella tarde, en la que, con apenas un año, yo caminaba llorando bajo el almendro de la finca de los abuelos, Los tres cruces, ante la

atenta mirada de dos niños que nunca supe quiénes eran. Mi cara en la foto se ha llenado de manchas del agua que un día mojó varios de los álbumes que guardaba mamá y que le dieron un disgusto tremendo, pero se distingue bien mi llanto. En la imagen, siempre me llamaba la atención el almendro, que todavía hoy, superviviente de las catástrofes familiares, sigue dando cuenta del paso de las estaciones.

Cuando papá y sus hermanos quisieron vender la finca, lo primero que le pregunté fue qué iba a pasar con el almendro. Era nuestro, uno más de la familia, testigo de tantas tardes y noches de verano. La finca no se vendió y el almendro sigue ahí. Sus ramas son, ahora, brazos cansados.

LA HIGUERA

El patio se llenó de hierba. Abuela había muerto meses atrás y todos huyeron de la casa. Fuimos varias veces antes de que aquella mujer portuguesa se quedara a vivir allí. Mamá rescató las estanterías de libros de abuela, varios libros y un espejo, in extremis. Yo hubiera querido rescatar, además, la higuera. Se vio acorralada de hierba en muy poco tiempo, en aquel patio donde tantas veces abuela me leyó cuentos, sentadas las dos en la escalera pintada de azul. Una de sus ramas casi entraba a la casa.

CIUDADES

Diecisiete años y la curiosidad. El día que me marché a Madrid a estudiar a la universidad, te recuerdo muy guapa y llorando. Noviembre. Mi hermano también lloró. Papá te tranquilizaba diciendo que pronto iríais a verme y pasaríamos la navidad juntos en Madrid. Te hiciste fan de ese anuncio de turrónes y me cantabas la canción cada navidad cuando volvía a casa. Todos aquellos años.

No te resultó fácil aceptar la distancia geográfica que nos ha separado desde que me marché la primera vez, con diecisiete años. Primero Madrid, después Ciudad de México, de nuevo Madrid...

Cuando volví de México, para instalarme de nuevo en Madrid, me pediste que no me llevara todos los libros de la biblioteca de casa, que con ellos me sentías cerca. Hasta hoy mantengo vivas y cuido las dos, la de Ayamonte y la de mi casa actual. Cada vez que vuelvo a Ayamonte los acaricio, les quito el polvo, los recoloco, vuelvo a abrirlos y disfruto con la relectura de alguno de ellos.

Cuando publiqué mi primer libro, fuiste la primera en tenerlo. Lo abriste y leíste en alto la dedicatoria. Después lo abrazaste y me diste uno de tus besos sonoros. Los besos si no suenan, nos son besos, decías.

LA FAMILIA PORTUGUESA

La tía Regina vino a visitarnos con el primo Hugo, cuando yo no llegaba a los ocho o nueve años. Aunque era pequeña, puedo recordar el tacto de sus manos acariciando mi cara, como si supiera que muchos años después iba a querer volver a encontrarla y la buscaría en Lisboa, sin demasiada suerte. El primo Hugo, callado, miraba a su madre. Papá habló algo en portugués con ella y mamá lo hizo en su "portuñol". Su voz y la elegancia con la que nos miraba, con aquellos ojos azules y el cabello color plata. Quedó tan grabada en mí aquella visita inesperada, que cuando empecé a hablar portugués, siempre deseé poder conversar alguna vez con la tía Regina.

Vivíamos aún en la casa frente al parque, en aquel bloque de pisos en el que la vida de cada casa daba para escribir el guión de una película. La casa de Pepi y Pepe, la de Antonia y Diego, la de la Tata Manolita, la de la arisca Angustias, la de Oti y Guillermo, la de Encarna y Enri-

que, la del Chueca y su madre. Las escaleras eran un bullir constante de risas de niños y conversaciones de vecinas. A la tía Regina le llamó la atención la vida tan intensa del edificio y cuando se marchó, mamá quiso presentarle a Pepi, Antonia y a la tata Manolita, que tantas veces la recordarían en conversaciones con mamá.

No la volvimos a ver, no supimos más de ella. No supimos más de nuestra familia portuguesa. Intuí mucho más tarde que aquello había sido una despedida, y no lo sabíamos. Durante algún tiempo mamá hablaba de la posibilidad de ir a visitar alguna vez a la tía Regina a Lisboa y corresponder a su amabilidad. Nunca viajamos juntos a Lisboa, pero yo, desde mi adolescencia empecé a hacerme preguntas y a intentar conocer más de esa parte de la familia que era un misterio para mí. Hoy, sigo con la misma curiosidad, satisfecha con algunos datos que he ido encontrando en estos años y viajando cada año a Lisboa, donde me recreo imaginando, cada vez que paseo por La Baixa en qué lugar estaría la tienda de electrodomésticos que regentó la tía Regina.

8858 KILÓMETROS Y UN SUEÑO

Te anticipas a la tormenta, y llueves. Esta frase me la dijo alguien dentro del sueño en el que abuelo Ramón aparecía sentado en una silla, en la orilla de la bajamar del río. Hacía una semana que había muerto y no lo sabía. Yo vivía en México y papá y mamá no quisieron decírmelo. Fui la primera nieta y siempre me trató con un cariño especial. Era arisco y tosco en el trato.

En agosto de aquel año volví a casa a pasar un mes de vacaciones y en junio, también había muerto abuela Trini. Abuelo Ramón y abuela Trini se casaron siendo casi unos niños. A ella también la vi en un sueño caerse de una silla con las piernas muy hinchadas.

Nunca he tenido sueños que anuncien o anticipen nada. En el mismo año y con una distancia de cuatro meses, se iban los dos abuelos que me quedaban.

Pasé miedo al despertarme del sueño en el que abuelo estaba sentado en aquella silla, y aquella tarde viendo la diferencia horaria entre México y España, llamé a casa y le conté a papá el sueño. Se quedó en silencio y me pidió perdón por no haberme dicho que abuelo había muerto hacía una semana, querían evitar que cogiera un avión precipitadamente y fue su manera de protegerme. Durante varias semanas estuve enojada porque no me hubieran dado la noticia, pero les entendí. En agosto visité el cementerio y la casa de Los tres cruces donde vivieron sus últimos años, cuando dejaron la casa de La Villa y pude hacer mi ritual de llanto y recuerdos. Y regresé a México.

No he vuelto a tener sueños como aquellos.

LAS CINTAS QUE GRABÉ

El abrazo de amigos y amigas que ya no están y que fueron tan importantes en los años en México. Las cintas que grabé y que mandé a mi familia, amigos y amigas. La grabadora me acompañaba a todas partes. En ella fui guardando los sonidos de la calle, las voces de amigos y amigas mexicanas que dedicaban palabras, poemas y canciones a la familia y amigos de España, lo que pasaba por mi cabeza en aquel momento. Cada grabación era un chispazo de vida en directo, como cada uno de los días que pasé en la Ciudad de México. Ciudad magnética.

Durante un año, el que viví en la ciudad, antes de los años en Yucatán, cada momento del día se convirtió en un testimonio para ser contado, grabado y compartido. Grabar cintas era un ejercicio de posteridad, de no olvido, de “para siempre”. Hace sólo unas semanas, vaciaba y ordenaba de nuevo mi habitación de adolescente en la casa

del pueblo, y me reencontré con varias de las cintas que recibí en respuesta a las que yo enviaba. Las carátulas eran geniales. No pude oírlas y me alegré.

TE GUSTABA COMER PIPAS

Ya es un lugar sagrado. Una ventana con alféizar en la esquina de la aldea y si caminas cincuenta metros puedes mojar tus pies en el río que hace la frontera entre los dos países.

No era nada fácil convencerte para salir a caminar, no te gustaba. Las tardes de verano que no íbamos a la playa salíamos caminando desde casa, en dirección a la aldea, a sentarnos en ese alféizar desde el que veíamos el Guadiana y Portugal. Comprábamos las pipas y nos colocábamos la una junto a la otra, en silencio. Sólo se oía el crujir de las pipas y el sonido del agua, como si nos acunaran en ese lugar secreto que las dos conocíamos y no compartíamos con nadie más.

Pasé días después de tu muerte y vi que el cristal de la ventana estaba roto y el alféizar se había llenado de polvo. Quizás fuimos las últimas en sentarnos allí, antes del abandono.

María Angustias Pérez Baca

El pacto

Desde niña tuve que luchar para conseguir que mis sueños se cumplieran, eran tiempos difíciles para una familia numerosa donde solo trabajaba el padre. Fueron muchos los sueños que se quedaron en el camino (quería ser azafata de vuelo pero no crecí lo suficiente); otros se cumplieron, aunque quizá algo tarde. Me inicié en la lectura con los cuentos de princesas y con los comics de Roberto Alcázar y Pedrin, eran tiempos donde la compra de libros no era un artículo de primera necesidad. Comencé a trabajar muy joven siendo mi primer sueldo quinientas pesetas. De lo que me dio mi madre me compré mi primer libro: La Sagrada Biblia.

De joven me impactaron obras como Siddhartha de Hermann Hesse y La Araña Negra de Vicente Blasco Ibáñez. Son muchas las obras leídas hasta mi madurez, donde los estilos literarios han pasado paralelos a los cambios de mi vida. Sin embargo, considero que siempre serán muy pocas para enriquecerme como persona.

Tengo conciencia de que la escritura me atrajo desde la escuela, donde realizaba buenas redacciones, pero en mi juventud esta tendencia derivó principalmente hacia la poesía. Ahora con una edad madura, experimento un gran interés por escribir cuentos, y sería muy feliz solo con saber que estos sirven de entretenimiento a las personas que los lean.



El pacto

Desde su asiento situado en la segunda fila del teatro, Juan la miraba fijamente. Sus ojos seguían cada uno de los movimientos de la bailarina sin perder detalle. Ella levantó sus brazos y comenzó una danza lenta y sensual. De forma muy delicada, iba deslizándose por el escenario. Estos movimientos le hacían sentir algo nuevo, algo desconocido, a pesar de su edad. Sentía una gran desazón cuando ella mostraba a través de su vestido oriental algunas partes de su cuerpo, vislumbradas entre gasas multicolores que contrastaban con la blancura de su piel.

Juan era uno de los terratenientes más ricos de la comarca, hijo único y de carácter indeciso. Aconsejado por su padre, se dejó llevar por su retraimiento y no supo oponerse con carácter y firmeza a un matrimonio de conveniencia. Se casó con Ana, hija de una familia adinerada de la comarca y amiga de los padres de Juan. Ambas familias mantenían una estrecha amistad y sus hijos, Ana y Juan, habían crecido en ese ambiente. La chica no era fea pero tampoco de las que atraen a primera vista. En realidad, él solo sentía cierta simpatía amistosa hacia ella. Más allá de eso, no había nada. Por eso, ante la propuesta de su padre, Juan le dijo a éste que no estaba enamorado de Ana y que pensaba esperar algunos años hasta encontrar a la mujer de su vida.

Manuel, que así se llamaba el padre, era un hombre bueno pero calculador. Los avatares de la guerra le habían obligado a pasar muchas penurias, a consecuencia de las cuales le quedaron grabados en su ánimo unos miedos internos de los que se ponía a salvo ahondando en una obsesión casi enfermiza por el dinero y por el poder. Quería mucho a su hijo, pero también era conocedor de lo que podía proporcionar una gran fortuna.

—Mira, hijo, aunque no estés enamorado sé que el amor vendrá después con el tiempo y, sobre todo, cuando lleguen los hijos; te lo digo por propia experiencia. Unir las dos familias os convertirá en el matrimonio más rico e importante de la comarca.

Poco tiempo después se celebró la boda. La pareja llevaba una vida tranquila: Juan, centrado en la hacienda y ella, dedicada a las obras sociales que su salud le permitían. Era una flor frágil y delicada y no pudo superar un parto doloroso. Al morir, dejó a Juan viudo, con veintiséis años y convertido en el hombre más rico de la comarca.

En el entierro estaba el único familiar que le quedaba: Enriqueta, hermana de su padre. Vivía en tierras manchegas y estaba soltera. Juan era su único heredero. Se sabe que, obligada por sus padres, estuvo a punto de tomar los hábitos. Era lo más conveniente, según sus padres, para que olvidara una relación amorosa con un joven aparcerero. Después del entierro, tía y sobrino se quedaron a solas. Él estaba triste y hundido y parecía tan desamparado que provocaba en su tía una gran pena.

“No sé cómo decirle lo que pienso”, pensaba la mujer. “Me conoce y sabe que no me gusta andar por las ramas, tengo que ser directa pero delicada en esta situación”. Entonces le miró de frente y le dijo:

—Juan, siento la muerte de tu mujer, pero en la boda ya le dije a tu padre que ella no te convenía, que era débil y que entre vosotros, en mi opinión, no había deseo ni amor. Tu padre me obligó a mantener la boca cerrada y me explicó los beneficios de esa unión. Para él eso era lo más importante.

—Bueno, yo creo que he sido feliz, tía, le dijo Juan.

—¡Feliz! Tú no sabes lo que es eso hijo. Yo sí podría haberte de felicidad y de amor. Fue durante un corto tiempo, pero ha servido para llenar toda mi vida.

—No me digas eso, tía. Ana era mi amiga y mi mujer y, a mi modo, yo la quería.

—Querer, amor... eso fue lo que sentí yo, hijo. El mío era un amor cómplice, furtivo, un amor sin futuro, porque él era pobre y yo la hija de su amo. Cortaron mi relación sin compasión alguna, sin sentimiento, algo de lo que a nosotros nos sobraba. Era muy joven y mis padres decidieron que lo mejor para mí era que entrara en un convento y así le olvidaría.

—Si no puedo casarme con el hombre que amo —repliqué furiosa—, tampoco me casaré con vuestro Dios. Y aquí sigo con mis recuerdos, y sabiendo que nunca le volveré a ver.

—¿Nunca volviste a verle? —Preguntó Juan.

—No, todo esto ocurrió por los años cincuenta y supe que se marchó a “hacer las Américas”. Pienso que Ana, tu mujer, sí que hubiera sido feliz en un convento, y no lo digo por ti, sobrino, que sé que eres una buena persona y te has portado bien con ella, sino porque necesitaba otra cosa. Solo espero que el tiempo de luto no sea largo y puedas comenzar pronto una nueva vida, porque juventud y fortuna no te faltarán.

Juan había salido varias veces con su cuñado Luis, quien le hablaba con insistencia de que tenía que divertirse, buscar una mujer de su clase y formar una familia. La muerte de su hermana era ya el pasado. Habían salido varias veces a ver espectáculos de pequeñas compañías itinerantes, de esas que actuaban en los pueblos de la comarca. Luis le había insistido en ver una pequeña obra en el pueblo de al lado donde representaban una comedia.

Allí la vio por primera vez. Era la artista principal y destacaba entre las demás por su belleza y desparpajo. Juan la miraba con gran interés y al terminar el espectáculo, se acercó a la sala que hacía de camerino para darle un ramo de flores. Al llegar vio un grupo de hombres y se sintió desanimado. Eran señoritos de los cortijos de la comarca, a los que el padre de la chica fue despachando muy discretamente. Juan se acercó al buen hombre y le dijo:

—Buenas noches señor, sólo quiero que le entregue de mi parte estas flores a su hija. Mi nombre es Juan Hernández de Mendoza —le dio las gracias y se marchó.

Fue en el pueblo de al lado y como cierre de temporada, donde actuaba una pequeña compañía que representaba un musical con canciones habaneras. Luis propuso a Juan ir a ver el espectáculo.

—Oye, Juan, esta compañía ya la hemos visto algunas veces. Y si no me equivoco, te he visto muy interesado en la primera bailarina.

—Bueno, no hay duda de que es preciosa y no me dirás que cuando canta no parece que te acaricia —le dijo Juan—, pero es solo eso, la artista principal de una pequeña compañía de provincias.

Juan no decía toda la verdad, pues, en el fondo, desde que vio a la chica por primera vez, no había dejado de pensar en ella. Siempre estaba al acecho de saber en qué pueblo actuaba.

Aquella mañana Juan había salido a vender ganado en la feria de Accita, y se fijó en uno de los carteles donde anunciaban un espectáculo musical. Era sobre los cuentos de Las mil y una noches. El corazón se le aceleró, quería comprobar de qué compañía se trataba y, en efecto, allí estaba ella, Soledad, la artista principal del espectáculo.

Pensó que se quedaría en el pueblo. Estaba decidido a verla. Por eso, nervioso e ilusionado, no paraba buscar una estratagema para declararle sus sentimientos, a pesar de que ella ni siquiera sabía de su existencia. “¿Y si no cree que voy con buenas intenciones?”, se preguntaba Juan. Al llegar la noche, lo tenía claro: hablaría con sus padres primero para mostrarle sus intenciones y, al terminar la actuación, hablaría con ella.

Soledad tenía veintiún años, era de carácter alegre. Sus ojos verdes mostraban una nobleza indisimulada y su piel blanca era suave como el terciopelo. Era hija única y había nacido cuando su madre se puso de parto durante una ac-

tuación. La mujer, que era la costurera de la compañía, estaba sola en esos momentos, por eso no tuvo dudas sobre el nombre que pondría a la niña. Su padre era el tramoyista, amén de desempeñar otras funciones. Tras enseñarles las primeras letras, le proporcionaron una educación basada en la honestidad y en la discreción.

Todo salió como había previsto. Juan habló con el padre de Soledad y este entendió sus razonamientos y sus sentimientos. Intuyó una evidente formalidad en aquel y vio con buenos ojos esa relación, siempre que su hija lo aceptara.

Cuando terminó su actuación, Soledad se dirigió a su camerino y, al entrar, se quedó sorprendida. Se preguntaba cómo había entrado aquel señor, pues sabía que su padre era muy estricto en ese aspecto. Estaba en esos pensamientos, cuando Juan se dirigió a ella, no quería que hubiera ningún malentendido y tenía que medir bien sus palabras, y, aunque había aprendido durante su matrimonio cómo hablar de sentimientos a una mujer, la verdad es que estaba muy nervioso. Hizo acopio de valor.

—Buenas noches Soledad... porque ese es tu nombre, ¿no?

—Sí señor, así me llamo.

—Mi nombre es...

—Sé quién es usted. Siempre se pone en la segunda fila del teatro. Es demasiado alto como para pasar desapercibido, y también sé que después de mi actuación siempre envía flores a mi camerino.

—Así es. Quiero decirte que esta noche he tenido una conversación con tu padre, él te explicará después. Es verdad que te he visto muchas veces actuar, pero mi interés no se dirige a ti como artista. He ido poco a poco informándome de tu vida, de tus gustos y de tus aspiraciones. No te enfades ni veas mala intención en mí. Estoy enamorado de ti y voy con las mejores intenciones. Si no me rechazas, te contaré todo lo que quieras saber de mí.

—Sé que se llama Juan Hernández de Mendoza, que se quedó viudo hace años y que es uno de los terratenientes más ricos del lugar.

—No son muchos los datos que de mí tienes. Te diré también que soy serio y respetuoso, hogareño y poco dado a la vida social. Aunque esto último puede cambiar, si quieres.

Sin duda ella se encontraba muy a gusto con él. Se daba cuenta de que era fácil mantener una conversación sin sentirse inferior, algo que no había sentido con otros pretendientes. Pasaba el tiempo y en un momento dado, Juan le propuso un pacto:

—Esperaré a que termines de actuar esta temporada, pero iré a verte a cada pueblo en que actúes. Durante ese tiempo te demostraré mi amor. Si al finalizar la temporada sientes algo por mí, nos casaremos... si tú aceptas, claro.

—Veo que lo tiene todo pensado. No pierdo nada si mis sentimientos no cambian y en cualquier caso seguiría con mi vida en el espectáculo.

Pasaban las semanas y, al finalizar cada actuación, Juan se reunía con ella en su camerino. Él siempre le hablaba de amor, nunca de dinero, nunca de familia. Apenas salían del camerino; incluso cenaban en él. Tenía muy poco tiempo para conquistarla y no deseaba intromisiones de otras personas.

Estaba finalizando la primavera, y, aquella noche, como siempre, Juan estaba en el camerino esperando.

—Buenas noches, Juan —le dijo ella.

—Hola, Soledad, te noto seria.

—Bueno, estoy más bien triste.

—¿Por qué?

—Llevo tiempo escuchando habladurías sobre nosotros.

—¿Y qué dicen?

—Lo de siempre. Que si voy con el rico; que qué se puede esperar de una bailarina..., en fin, no quiero seguir hablando.

—Escucha, Soledad, no debes prestar atención a esas habladurías. Tú y yo sabemos que nuestra relación es limpia, nuestros besos, nuestros abrazos, nada ha sido forzado en ningún momento, y queda muy poco tiempo para que termine lo que acordamos. Yo te quiero con toda mi alma y seguro que has notado que cada vez me cuesta más irme de tu lado. Para mí es un sufrimiento estar solo en aquella casa tan grande y las noches se me hacen insoportables pensando en ti. Ardo en deseos de tenerte entre mis brazos y solo pienso en ese momento. Sé que tú sientes algo por mí y que, a pesar de ser mayor que tú, esto no supone impedimento alguno. Estoy convencido de que lo nuestro será un escándalo y que muchas de mis amistades se distanciarán poco a poco de mí, pero no me importa. Habrás de tener paciencia hasta el momento de tomar una decisión.

La temporada acabó antes de lo previsto debido a un temporal que dañó algunos edificios del pueblo, entre ellos el teatro. Debía finalizar sus actuaciones la compañía, que se había alojado en una pensión en el pueblo de Áccita. Allí se vieron aquella noche los dos enamorados. Cuando se miraron, se disiparon las dudas. Ella se abrazó a él con tanto amor, que no hizo falta palabra alguna.

—Seré tu esposa y me iré contigo donde tú estés. No me importa nada más.

—Quizás echés de menos este mundillo y te sientas sola o infeliz en aquel caserón —dijo él.

—Sola no, Juan; tú estarás conmigo y tendremos una gran familia. En el fondo ahora sé que esto es lo que siempre he deseado. Ahora te pregunto por algo de lo que nunca hemos hablado: ¿qué será de mis padres? Ellos son mayores y han seguido en el teatro por mí.

—Haremos lo que tú decidas, Soledad, pero será después de regresar del viaje de novios. Te llevaré a Madrid, París y a los lugares a los que quieras ir. Viviré contigo la vida que no he vivido. Y todos los días de mi vida te llenaré de felicidad.

El anuncio del matrimonio se hizo de forma tradicional, sin escatimar ningún paso; no había nada que ocultar, se casarían en la capilla de su hacienda, y las amonestaciones estarían expuestas en la parroquia de él.

Como ellos sospechaban, el anuncio de su matrimonio resultó un escándalo social. Era inconcebible que un hombre tan principal se casara con una sencilla bailarina. A Juan le importaba poco que muchos de esos que se decían “amigos” y conocidos hicieran aspavientos y emitieran comentarios de censura. Al final todo volvería a su cauce.

La boda se celebró y a ella asistieron Luis, tía Enriqueta y algunos amigos y empleados de la finca; por parte de Soledad, sus padres y el resto de la compañía. De vuelta del viaje de bodas, Soledad se sentía la mujer más feliz del mundo. Estaba deseando ver a sus padres y contarles la dicha que sentía. Cuando el coche los dejó en la entrada de la casa sintió un gran desasosiego al ver que sus padres no estaban allí para recibirlos. Se dirigió a Carmela, la mujer que había sido el ama de cría de Juan y, desde su primer matrimonio, el ama de llaves. Ella tenía que saber lo que había ocurrido durante el tiempo que habían estado fuera.

—Carmela, ¿por qué no están mis padres en la casa?

—No sé, señorita. Yo los vi salir un día muy temprano con la maleta y sin decir nada a nadie.

Juan intentó localizarlos en los pueblos vecinos, dio con algunos miembros de la compañía, pero estos le indicaron que no los habían vuelto a ver desde la celebración de la boda. Pasaban los días y en el aire de la casa se respiraba la tristeza.

Ocurrió que un día, estando en la mesa y sirviendo la comida, Carmela se dirigió a Juan diciéndole estas palabras:

—Señorito, se me había olvidado decirle que, cuando estaba fuera, pasó por aquí su tía.

—Cuando estábamos fuera, querrás decir.

—Sí, eso quise decir, señor.

—¿Y no te dijo a qué había venido? Ella sabía que no estábamos.

—No señor, yo la vi hablando con los padres de la señorita y al día siguiente se marchó.

Juan tenía un presentimiento. Conocía a su tía y sabía que durante la visita algo había ocurrido, aunque no alcanzaba a saber qué. Pensaba averiguarlo lo antes posible, pero el trabajo atrasado y la distancia hacían que pasaran los días sin resolver nada. Se decía a sí mismo: “tengo que hacerlo solo, no puedo arriesgarme a que Soledad y mi tía tengan una mala relación. Son mi única familia y debo hacer las cosas con mucho tacto; además no sé qué pensar, noto a Soledad extraña conmigo, no es la misma, sobre todo en la intimidad”.

Juan recordaba las noches de amor vividas durante el viaje. El amor y el deseo se mezclaban en un contrapunto de sensualidad y emoción. Y ella, sin la más mínima resistencia, en la intimidad de la habitación, iniciaba el baile que poco a poco los unía en un solo cuerpo. Pero eso no ocurría desde hacía meses. Cuando la tomaba por cintura, mostraba cierto rechazo. No podía sospechar que Carmela fuera la responsable de aquel aparente rechazo. Una mañana, viendo Carmela cómo sufría Soledad, le dijo:

—Señorita, yo soy muy devota de la Virgen como mi difunta señora, y supongo que usted, por su trabajo, no le habrá dedicado el tiempo suficiente a... supongo que serán escasas las visitas al templo, pero si uno quiere algo, sólo hay que ofrecer algún sacrificio para que se le conceda.

Entonces le habló de lo que era un *cilicio*, el mismo que había llevado ella cuando de joven enfermó su hijo. A partir de ese momento, cada mañana, al quedarse sola, Soledad se colocaba el artilugio. Eran horas de dolor, pero no le importaba nada si con ello volvía a ver a sus padres.

La Navidad estaba muy cerca y seguían sin saber el paradero del matrimonio. Como era costumbre por esas fechas, Juan invitó a su tía a pasar la Nochebuena con ellos

en su casa. La mujer se adelantó unos días, pues deseaba saber cómo le iba a la pareja de casados. Fue durante la cena cuando Enriqueta hizo un comentario sin saber lo que iba a desencadenar, y con suavidad dijo:

—Son fiestas navideñas y no os veo muy alegres. A mí siempre me han gustado estas fechas, pero aquí noto algo en el ambiente.

—No sé qué quieres decir, tía. Nosotros somos muy felices, quiero mucho a Soledad y ya no imagino mi vida sin ella, pero siempre hay una nube negra alrededor —le respondió Juan.

—¿Tenéis algún problema de salud?, ¿quizá de dinero?

—No, no se trata de eso tía.

—Pues me tenéis en ascuas, porque no alcanzo a saber qué pueda pasar.

Juan, dirigiéndose a ella, le dijo que Carmela (el ama de llaves), le puso en conocimiento de que durante su ausencia, un día, cuando se presentó en la casa, estuvo hablando con los padres de Soledad, y querían saber de qué habían hablado, porque a su regreso ellos ya no estaban allí y desde entonces no los habían vuelto a ver.

—Yo les expliqué —titubeó la tía— que era bueno para vosotros que estuvierais solos al comienzo de vuestra vida en común. Que teníais derecho a vivir vuestro amor sin ser observados, y que sería más oportuno dejar un tiempo antes de compartir la casa todos juntos.

—Observados, ¿por qué? Somos un matrimonio normal, no tenemos nada que esconder, tía. No tenemos a nadie en contra, ni a nadie que nos vigile.

—Lo siento hijo. Creo que os he hecho un daño irreparable. Y tú, Soledad, perdóname. Supongo que los estarás echando de menos y que estarás sufriendo constantemente. Pero tengo que decirte que ellos me entendieron o eso creí yo. Me dijeron que volverían a trabajar con la compañía, que al fin y al cabo era lo que sabían hacer. Fue como un pacto entre ellos y yo por el bien de vuestra felicidad.

Durante la comida estaban los tres muy serios, la tristeza se respiraba en el ambiente y no era agradable. El ama de llaves estaba en la sala, pendiente de cualquier petición de sus señores, cuando escuchó las siguientes palabras dichas por Soledad:

—Me pregunto continuamente que dónde estarán. Es invierno y son fechas muy señaladas. El sufrimiento empaña otras alegrías y no seré feliz del todo hasta que mis padres estén aquí conmigo.

Carmela estuvo atando cabos. Encontrándose a solas con Juan, le dijo que creía que sabía dónde estaba el matrimonio. Le contó que cada tarde llegaba del pueblo cercano un hombre de cierta edad, que les dejaba unas verduras y frutas frescas. Conversaba con las cocineras y siempre hacía inocentes preguntas intentando pasar desapercibido. Carmela había reconocido al padre de su señora, quien tiempo atrás hizo promesa de no volver a la casa. Sin embargo, había encontrado la manera de saber de su hija.

Era Nochebuena y el ajeteo se notaba en toda la casa. La mesa estaba preparada para cinco comensales. Soledad se sorprendió de que hubiera invitados. “¡Qué extraño! —pensó, “Juan sabe que me gusta conocer quién se va a sentar a la mesa con nosotros. No estoy con el mejor de los ánimos y me es difícil aparentar”.

—¿No ha llegado Juan? —preguntó Soledad a la tía de este.

—No —contestó ella.

—Estoy preocupada, van a servir la cena y estamos las dos solas -le dijo a Enriqueta.

En ese momento entró su marido.

—Solas, no -dijo Juan mirando a su mujer-. Traigo a los dos comensales que faltan.

El hombre se hizo a un lado dejando ver tras de sí a los padres de Soledad.

Cómo había cambiado el ambiente. Se respiraba alegría en cada rincón de la sala, no era momento de explicacio-

nes, éstas vendrían después, eran momentos de disfrutar de la noche. Soledad no dejaba de mirar a sus padres. Pensó: “gracias, Dios mío, también ellos están aquí para recibir la nueva noticia. Sé que todos serán muy felices cuando sepan que habrá un nuevo miembro en la familia”.

Abundaron los brindis y las felicitaciones. Desde un rincón, Juan se decía que tenía una gran familia y que la cuidaría con esmero.

Estando en su habitación, el matrimonio conversaba acerca del giro que habían tomado los acontecimientos y se sentían muy dichosos, pero Juan quiso abordar el tema del rechazo físico, y preguntó a su esposa:

—¿Es que ya no sientes lo mismo por mí?

—No digas eso amor mío, no tengo palabras para expresar la felicidad que siento a tu lado -contestó ella. Pero ahora y aunque siento vergüenza, te diré el motivo de mi frialdad.

Soledad le habló de la conversación con el ama de llaves y que no podía ir a la iglesia por la lejanía, de su sacrificio y del dolor que sentía cuando él le tocaba, y sin preguntar, Juan delicadamente le quitó la ropa, y al ver las heridas del cilicio no pudo evitar el horror en su cara. Pasaron unos segundos, aunque a ella le parecieron horas. Él mirándola fijamente le dijo:

—Nunca, nunca vuelvas a hacer esto por nadie, ni por mí mientras yo esté vivo. Este cuerpo es una bendición que Dios te ha dado, y es un sacrilegio que le ocasiones daño alguno por seguir viejas tradiciones. Daré gracias cada día porque para mí tú siempre, siempre serás mi templo.

María Ysabel Álvarez Orcajada

Hace mil años

*Mira el sol rojo de la tarde
 como si se hubiera vestido de escarlata.
 Despoja de color el norte y el sur
 y reviste de púrpura el occidente.*
 Salomón Ibn Gabirol, Málaga, 1021.

*Oh, tú, que buscas el camino
 que conduce al secreto,
 retorna sobre tus pasos,
 porque es en ti mismo
 donde éste se halla.*
 Abu Ibn Arabí, Murcia, 1155.

<i>Vayse meu corachón de mib.</i>	<i>Mi corazón se va de mí</i>
<i>Ya rab, ¿Si me tornarád?</i>	<i>Oh, Dios, ¿se me</i>
	<i>tornará?</i>
<i>¡Tan mal meu doler li-l-habib!</i>	<i>¡Tan fuerte es mi dolor</i>
	<i>por el amado!</i>

Jarcha en lengua romance. Jehuda Halevi, Tudela, 1.070.



Hace mil años

El sol empezaba a surgir apenas en el horizonte, anunciado en toda su majestad por un aura rosada que lo precedía, era el comienzo de otro maravilloso día de finales de junio sobre la laguna salada, quieta a esa temprana hora como el agua de los estanques del cuidado jardín. Dos pequeñas barcas de pesca, mientras se acercaban indolentemente hacia la orilla, rompían con delicadeza la hermosa superficie líquida rosa y azul del amanecer.

Sara presintió y olió el paisaje que se percibía desde su ventana, aún antes de abrir los ojos muy despacio. Y así, sin prisa, fue haciéndose consciente del nuevo día que comenzaba a entrever por las finísimas cortinas que la brisa del cercano mar movía ligeramente.

Poco a poco empezó a oír ruidos suaves, voces varias, rumores de pasos apresurados. La actividad comenzaba pronto en el palacio de verano junto al mar; casi todos estaban recién llegados desde Madinat Mursiya, sede del reino taifal: la esposa del emir, sus tres hijos pequeños y un numeroso séquito, que incluía la guardia de seguridad de la familia real, para reforzar la existente en el alcázar... y ella.

¿Qué hacía ella, Sara, una joven judía, en el entorno más cercano de la primera familia del floreciente reino árabe de Mursiya? Mientras se acercaba lentamente a la ventana de la preciosa estancia que le habían asignado, para contemplar una vez más ese pequeño mar al que pertenecía y que le pertenecía desde siempre, descubrió que se sentía bien consigo misma al haber tomado finalmente la decisión de venir, aceptando la invitación de la princesa.

Con sus ojos posados en la laguna, cuya superficie presentaba ahora una leve ondulación que la luminosidad le-

vantina coloreaba en multitud de azules y verdes, su mirada se hizo interior mientras las sensaciones se aliaron con su memoria y la transportaron hacia el pasado...

Y recordó una mañana igual de luminosa, hace unos veinte años, y las risas de ella y de sus hermanos y amigos mientras corrían por la empinada calle hacia arriba, retándose a ver quién llegaba el primero a la pequeña explanada en la que finalizaba. Los colores, el olor a mar, eran los mismos, y la meta estaba ante ellos: era la magnífica vista del puerto de su ciudad natal, Quartayanna al Halfa, la llamada Carthago Nova por los romanos. Los niños lo sabían muy bien, porque los educadores de su pequeña comunidad hebrea les habían relatado los orígenes y los momentos de máximo esplendor de la pequeña villa.

Pero había algo más que les confirmaban estas historias, y era que, mientras jugaban en aquel lugar que se había convertido en su favorito, habían encontrado en ocasiones algunos bloques de mármol blanco en los que se veían talladas letras, hojas formando dibujos, diferentes partes de esculturas humanas vestidas con hermosas túnicas, trozos de columnas que la tierra mostraba apenas la removían. Sara, sobre todo, con la innata curiosidad de sus diez años, había interrogado a su padre, Moshe, sobre el significado de aquellas piedras tan hermosas. Él le explicó que toda la villa debía estar llena de piedras como aquellas porque hace mucho tiempo, más de mil años, había sido una de las ciudades costeras más importantes del Imperio Romano.

—¿Y nosotros estábamos también entonces?—, preguntó Sara.

—Nuestros antepasados estaban aquí mucho antes que los romanos —respondió su padre—, aunque eran muchos menos.

—¿Y por qué vinieron desde tan lejos?

—Los primeros hebreos vinieron desde Israel, acompañando a los fenicios, para comerciar sobre todo con los

metales, plata y plomo, que se sacaban en abundancia de las minas que has visto cerca de aquí. Algunos se instalaron de forma permanente en esta zona y en otros lugares cercanos. Ya ves que nuestra familia se sigue dedicando al comercio de la plata, tus hermanos y yo somos orfebres en la actualidad, como los abuelos. Pero deja que te lea algo.

Moshe se levantó y, cogiendo de un estante próximo la Torah, se acercó de nuevo a la niña, mientras hablaba:

–Escucha lo que dice el Libro de los Reyes, porque –aunque no es seguro– pudiera ser que se estuviera refiriendo a esta tierra de Sefarad que ha visto nacer a toda nuestra familia y a nuestros antepasados.

Y abriendo el Antiguo Testamento leyó: –"El monarca [Salomón] tenía en el mar la flota de Tarsis...; una vez cada tres años llegaba la flota de Tarsis cargada de oro, plata, marfil y pavos reales". Luego citó a Abdías: –"Los desterrados de Jerusalén que están en Sefarad ocuparán las ciudades del sur".

Los recuerdos de las conversaciones con su padre se diluían en la memoria de Sara, pero permanecían presentes en la formación y los conocimientos sobre disciplinas varias que había llegado a atesorar a sus veintinueve años, gracias a la actitud de sus progenitores, que fomentaron sus cualidades innatas y su gusto por el estudio, sin diferenciarla de sus hermanos. Además, conocía perfectamente su lengua materna, pero también la lengua romance que hablaban los cristianos de su entorno, y que se parecía algo a lo que había encontrado escrito en las piedras de la Carthago Nova de su infancia. Y al trasladarse después a Mursiya tuvo un contacto más continuo con un importante núcleo de población árabe, lo que le llevó a perfeccionar dicha lengua, que también entendía y hablaba.

Durante los primeros años de su vida había visitado, con sus padres y hermanos, playas, bosquecillos y cuevas con dibujos muy antiguos, parajes maravillosos a lo largo de la costa, sobre todo por aquellos caminos que recorrían

con su carreta y a caballo en verano, haciendo noche junto a alguna cabaña aislada de pescadores de la zona. Dichos caminos terminaban en uno de sus lugares preferidos, un saliente sobre el mar, rocoso y elevado, desde donde veía el Mare Nostrum y una inmensa lengua de arena que lo separaba del pequeño mar que, según sus profesores, los romanos habían llamado Belich.

Era todavía una niña, la única y más pequeña tras cuatro hermanos varones, cuando murió su madre, Nahama, a la que seguía recordando, sobre todo, por el amor que irradiaba en su familia, pero también porque se había dado cuenta muy pronto que era alguien especial, diferente de otras madres que ella conocía. Con frecuencia la veía con un libro entre las manos o escribiendo con su preciosa letra hebrea, y cuando Sara le preguntaba respondía que le gustaban las poesías, la filosofía, las historias antiguas; entonces le hacía leer en hebreo y en romance y luego le recitaba con su cálida voz textos que ella no entendía del todo, pero que resonaban y permanecían en su corazón.

Al poco tiempo de la desaparición de su madre, su padre decidió trasladarse a la cada vez más importante medina del interior, a la orilla del río Thader, donde tenía familiares junto a los que pensaban seguir ejerciendo, sus hijos y él, sus oficios de plateros y comerciantes. Sara encontró, por su parte, el apoyo y la compañía de la pequeña y próspera comunidad hebrea de Mursiya, agrupada en un barrio al este de la medina, y donde las mujeres participaban con frecuencia en los negocios familiares, como el comercio de manuscritos o la preparación y expedición de medicamentos.

El reino taifal atravesaba unos años relativamente pacíficos, lo que permitía el trabajo continuado de cualquier actividad y, por tanto, su desarrollo, como ocurría con la agricultura. Esa tranquilidad propició los viajes comerciales de sus hermanos por otros reinos andalusíes y cristianos, lo que supuso que la joven acompañase con frecuen-

cia a su padre al taller para ayudarle en algunas tareas y, sobre todo, con los clientes, que pronto fueron numerosos al conocerse la calidad de sus trabajos, que destacaban de otros plateros que tenían sus establecimientos en la misma calle, una de las más importantes, cerca de la mezquita mayor y de la alcazaba.

Aunque Moshe había recibido varias peticiones para desposarla, había tenido en cuenta el parecer de su hija; en consecuencia, Sara había rechazado varias proposiciones y se sentía feliz con sus numerosas actividades, que incluían llevar la casa paterna. Hasta que, un día, visitando la tienda de medicamentos con una de sus tías, que era comadrona, los dueños le presentaron a su hijo Isaaq, que acababa de completar sus estudios de medicina y filosofía en Granada y Toledo y volvía para establecerse en Mursiya. La sintonía fue inmediata, y unos meses después estaban casados e instalados en una hermosa casa cerca de la plaza de la sinagoga.

Su marido adoraba su profesión y estaba continuamente investigando, lo que le llevaba a viajar con frecuencia, incluso hasta más allá de la gran cordillera del norte, al Languedoc, Aquitania y los reinos provenzales, donde había importantes comunidades judías. Cuando se ausentaba, ella volvía al taller de su padre, donde también demostraba su pericia en las tareas de orfebrería, y porque sabía que a éste le gustaba su compañía.

Eso le hizo recordar cómo había conocido a la esposa del emir, el invierno anterior: una tarde, mientras colocaba en un estante las últimas filigranas salidas de las manos de sus hermanos y de su padre, entraron dos guardias precediendo a cuatro damas que rodeaban y acompañaban a la princesa Fátima. Ésta había oído hablar de la calidad de sus trabajos, y quería encargar algunos objetos para la mansión de verano junto al mar que estaba a punto de ser terminada.

Sara se encargó, junto con su padre, de atender a la

princesa, que la invitó a sus aposentos en la alcazaba cuando el pedido estuviera listo. Fue el comienzo de una relación de amistad surgida de un entendimiento y simpatía mutuos desde el primer momento en que se conocieron.

La princesa era una hermosa mujer en la plenitud de la edad. Con ocasión de otras visitas a la platería se interesó por la familia de Sara y por su vida, mientras prolongaba a veces su salida de la alcazaba invitándola a pasear con ella y sus damas por las calles de la medina o por los terrenos cultivados que llegaban hasta las murallas, acercándose hasta el malecón que bordeaba el río, construido para contenerlo cuando se desbordaba.

A su vez, Fátima le habló de sus cuatro hijos: el mayor, de catorce años, ya estaba completando su educación con instrucción militar, junto a su padre; le seguían dos niñas de doce y diez años y el pequeño, de siete.

La comunicación entre ellas era cada vez más fluida, por lo que, un día, Sara se atrevió a preguntar a la princesa por el origen de su aspecto: tez muy blanca, el pelo rubio y los ojos azules, a lo que respondió de inmediato:

—Me parezco a mi madre, que se llamaba Leonor, era cristiana y fue hecha prisionera junto con otros convecinos en una incursión militar en su pequeño poblado, más allá de la frontera andalusí con el reino de Castilla. Mi padre se encargaba de la magnífica biblioteca que se había formado durante el califato en Córdoba, y era muy estimado y respetado en la corte. Nada más ver a mi madre, pidió su liberación y, poco después, se casó con ella. Desde ese momento pasó a llamarse Zaida... Pero mis ojos azules son como los de él— añadió, con una sonrisa a la vez dulce y nostálgica, al recordar a sus padres y a sus hermanos y su espléndida Córdoba natal.

Una vez más, la primavera había llenado de múltiples colores y olor a rosas, claveles y azahar los jardines de la medina y las huertas que la circundaban tras la muralla, pero con ella llegó también el calor, que fue aumentando

conforme se acercaba el verano. Un día, la princesa Fátima habló con Sara:

—Me habéis contado que vuestro esposo va a iniciar en breve un viaje. Como vos os quedáis, os propongo lo siguiente: el nuevo alcázar a la orilla de la albufera ya está terminado, y pronto partiré con mis tres hijos pequeños para pasar allí el verano, hasta que mi esposo venga a recogerlos. Me sentiría muy honrada si aceptáis acompañarnos. Al placer de vuestra compañía y vuestra conversación se une el conocimiento que tenéis de la zona, por lo que me encantaría que nos la mostraseis. --

Y aquí estaba ella, en efecto, habitando la hermosa mansión recién estrenada. Mientras se la mostraba, la princesa le había dicho que su esposo y sus asesores estaban pensando construir un nuevo alcázar mucho mayor y con materiales más sólidos, que pudiera albergar a más personas de la corte durante el verano; así mismo, le contó que habían proyectos de otros palacios de recreo al norte de Madinat Mursiya, en parajes todavía por determinar. Sara dedujo que dichos proyectos eran más bien a largo plazo y estaban condicionados a la política del momento, de precaria estabilidad, según le habían contado su esposo y sus hermanos.

La tranquila y apacible playa recordó a Sara su infancia en multitud de ocasiones, porque fue escenario de juegos con los príncipes y otros niños, que la demandaban sin cesar para que pescase con ellos pequeños crustáceos, como ella les había enseñado: arrastrando simplemente un trozo de lino, entre dos, por la orilla; o también recogiendo diversas conchas para hacer collares y pulseras con las princesas, o jugando al mancala con las damas árabes. Y, sobre todo, los interminables y deliciosos baños en aquel agua tan salada, limpia y cristalina como recordaba, en la que enseñó a los niños a nadar y a “hacer el muerto”, lo que lograron con suma facilidad.

En algún momento de los largos atardeceres de verano

se acercaba sola a la playa y paseaba por la orilla, mientras las olas, perezosas y diminutas, acariciaban sus pies. Entonces rememoraba la sensación de la mano de su madre estrechando la suya, años atrás, mientras desde un lugar similar miraban hacia poniente y contemplaban la espectacular belleza rojiza de la puesta de sol, más allá de los campos ocres y verdes y las montañas que cerraban el horizonte. Luego se sumergía en el agua, increíblemente cálida a esas horas y, tumbada sobre la superficie del mar, mientras miraba relajadamente las primeras estrellas que iban apareciendo, sentía que todo, en el cielo y en la tierra, estaba en su sitio.

Sara llevó a sus anfitriones a conocer todos los lugares del entorno del nuevo alcázar, empezando por unas ruinas romanas cercanas y la pequeña aldea que rodeaba el puerto de pescadores. Fueron unos días maravillosos, divertidos, ajetreados, llenos de nuevas experiencias y sensaciones, haciendo y deshaciendo con frecuencia el campamento que utilizaban en sus cortos desplazamientos, con las tiendas más hermosas y confortables que ella había visto nunca.

Las veladas nocturnas en el precioso jardín del palacio, tras la cena, amenizadas por los hermosos sonidos de un rabab tocado con maestría por una de las damas, dieron ocasión a que Sara descubriera los conocimientos que la princesa tenía sobre la literatura de su tiempo, tanto árabe como judía, comenzados a adquirir, sin duda, en la biblioteca califal a través de su padre. En aquellas noches apacibles y cálidas, ambas compartieron sus autores favoritos, como el judío Ibn Gabirol, que Fátima había leído en árabe, por lo que le pidió a Sara que le recitase alguno de sus poemas en hebreo y, si sabía, en la hermosa lengua romance de los cristianos. La joven escogió uno de sus preferidos:

*Yo soy la poesía y la poesía es mi esclava.
Para poetas y músicos soy un arpa.*

*Mis poemas son como coronas de reyes,
tiaras en las cabezas de los magnates.
Aquí me veis, tengo dieciséis años,
Más mi mente comprende como un octogenario.*

La princesa sorprendió a Sara hablándole de mujeres escritoras andalusíes, que ella no conocía, y le recitó un hermoso poema de amor de Wallada la Omeya, de la que luego le contaría su historia, que era –según le dijo– el favorito de su esposo, el emir:

*Siento un amor por ti,
que si tuvieran los astros que moverse
con la misma fuerza,
no brillaría el sol, ni saldría la luna,
ni las estrellas aparecerían en medio de la noche.*

Aun faltaban unos días para que terminase agosto y el emir todavía no había venido al alcázar, como estaba previsto. En cambio, una tarde llegó un pequeño destacamento de soldados procedentes de Mursiya, con un mensaje del príncipe para su esposa, rogándole que volviesen todos rápidamente a la medina, porque habían surgido algunos problemas fronterizos. La princesa Fátima demostró su templanza ante la situación, fruto sin duda de otras experiencias similares ya vividas, mientras tranquilizaba a sus damas y a Sara, contándoles que, aunque no había un peligro inminente, el emir había decidido trasladarse hasta Al-hamma y Aledo, acompañado por vez primera por su hijo primogénito, para hacerse con un informe más detallado de la situación y reforzar con su presencia aquella zona estratégica.

Esa misma tarde empezaron los preparativos para la vuelta, que se inició a la mañana siguiente, muy temprano. La caravana, formada por numerosos y pesados carros, avanzaba lentamente por la llanura, rodeada de una

numerosa escolta a caballo, y algún otro jinete ocasional, como Sara, que había aprendido a montar en su infancia. Hicieron noche en la falda de una colina que dominaba solitaria el paisaje llano, como en el viaje de ida.

Al venir el día ya estaban de nuevo en marcha. Sara solicitó utilizar de nuevo un caballo, en lugar del carro, para atravesar el angosto paso entre las montañas. Así pudo seguir durante un buen tramo los restos visibles y en buen estado de la calzada romana que continuaba utilizándose y que transcurría por el fondo del desfiladero, acompañada por el rumor del agua de los riachuelos que iban desembocando en numerosas pozas, abrevaderos naturales para los animales que también utilizaban con frecuencia aquel paso.

La travesía no carecía de peligro, pero terminó sin apenas contratiempos, y, tras el último recodo, apareció de pronto en todo su esplendor el amplio valle por el que discurría el río que Sara conocía ahora por varios nombres: Thader, como lo llamaba su padre cuando vivían en Quartayanna; más tarde, oyó en Mursiya llamarle Todmir y también Xakura, a causa del color rojo de sus aguas.

La medina se destacaba en el horizonte, rodeada por su imponente muralla. Parecía encajada entre dos meandros del río, que brillaban allí abajo como cintas de plata. Moshe le había contado que también por aquella zona habían existido asentamientos romanos unos mil años atrás. Mientras lo imaginaba, paró un momento para recrearse en el hermoso panorama, y luego se preguntó: - ¿Cómo se verá Mursiya desde aquí dentro de otros mil años?

La joven se sentía feliz ante el reencuentro con su esposo, tenía muchas cosas que contarle: había descubierto nuevas facetas para explorar dentro de sí misma y en su relación con los demás, ahora se sentía además totalmente consciente e inmersa en la época histórica tan compleja y difícil que le había tocado vivir, en unos mismos territorios habitados por judíos, árabes y cristianos... La ex-

perencia de aquel verano suponía inesperadamente una nueva y más amplia visión del mundo, desde su origen sefardita. Fátima y ella, sobre todo, aun tan distintas aparentemente, sabían que sus vivencias familiares y sus conocimientos hacían de ellas unas mujeres privilegiadas. Sara era consciente de ese privilegio, por lo que, libre y sabedora del papel que podía y quería jugar en su comunidad, llegaba dispuesta a trabajar y a buscar la ayuda necesaria para conseguirlo.

La caravana aceleró su ritmo para poder llegar a la medina antes de que cayera la noche, envueltos los viajeros en una sinfonía de olores a tomillo y romero con que la generosa tierra los recibía, y acompañados por el ruido cada vez más intenso de las chicharras.

Llegaban por fin a Mursiya, estaban de nuevo en casa.

Miguel García Sánchez

Notas desde el autobús

¿POR QUÉ ESCRIBO?

Nací para la vida
Vivo para relacionarme
Sudo el pan y el vino de cada día.
Me emociona una mirada
Me hiere la sinrazón insostenible
Pero sigo de pie imitando al junco
Aunque sé que me matará la incompreensión.



Notas desde el autobús

El autobús de las seis y diez es mi autobús. Bueno, no es mío, pero es el que suelo coger siempre, desde hace casi cinco años, los martes y los jueves. Me ocurre con este viaje habitual y periódico como lo que me pasa con la tertulia en la que tomo café con mis amigos: aunque no me apetezca tomar café, voy allí los viernes por la tarde, a las cuatro, sin saber bien por qué. Ni quiero café ni siquiera me apetece hablar con ellos muchos viernes, pero allí voy. Lo dicho: que lo mismo me pasa con el autobús que pasa por la plaza Mayor (la más cercana a mi casa) a las seis y diez.

Comencé a subir al autobús, como digo, hace unos años porque los martes y jueves tenía que trabajar desde las seis y media hasta las diez en mi puesto en la oficina de correos del centro. Allí se preparaban los repartos del día siguiente y algunos nos presentamos voluntarios para hacer unas horas y traer a casa unos duritos (así los llamábamos entonces). Ese autobús era como mi segundo salón. Siempre viajábamos en él los mismos pasajeros: Antón, el abuelo que venía a visitar a sus nietos, María la empleada de hogar que hacía turno continuado, unos chicos que venían a jugar al polideportivo y, bien los martes o tal vez los jueves, subía una señora que no cruzaba ni una palabra con nadie. Era más bien alta, cuidada, muy cuidada diría yo, y elegante a más no poder, especialmente en invierno.

Si tuviera que decir cuál era su edad (suelo equivocarme mucho al calcular la edad de las mujeres) afirmarí­a que pasaría un poco de los sesenta años. Diría también que debió ser muy guapa en su juventud y que incluso, hacía tiempo que no había sonreído. Esta conclusión la saqué porque a veces los chicos del polideportivo hablaban en-

tre ellos cosas que nos parecían graciosas a los demás y la señora elegante ni siquiera sonreía. Ni una sola vez. Antón contaba las gracietas de sus nietos: tres dice que tiene; María hablaba con frecuencia de la casa en que servía, la de un político de esos que esperan que los nombren directores generales de algo y que, sin embargo, se quedan en secretarios de alguien durante toda la vida. La señora elegante jamás decía nada.

Subía en la parada siguiente a la mía, se sentaba al final, que es donde el bus iba más desocupado siempre y se bajaba solo dos paradas después. Debía de tener un bono de esos de varios viajes, porque no recuerdo verla picando su billete.

Siempre quise entablar conversación con ella, pero por más que lo intentaba con comentarios al uso, jamás entró en la plática ni me dedicó siquiera media sonrisa. Confieso que hubo un tiempo en que me sentí muy atraído por ella y trataba de inventar cómo sería su vida y el porqué de su aislamiento. Suelo pensar para mí mismo que a ciertas edades lo que menos necesita uno es aislarse, que aunque sea a riesgo de sentirse ridículo, hay que intentar conversar. A mí eso me gusta mucho, tanto, que cuando hace dos años me quitaron del servicio extraordinario de la tarde, yo seguía subiendo los martes y jueves a la misma hora a ese autobús, creo que para conversar con Antón y María. Solo que ya no me bajaba en el mercado central, frente a la oficina de correos. Dejaba que transcurriera la ruta completa y, a la vuelta, me bajaba en la parada que tomaba para salir.

Ahora estoy muy apenado, porque, hace tiempo, como unos tres meses, la señora elegante ya no sube al autobús. Yo no comprendo a qué se debe su ausencia, pues, a decir verdad, solamente dejaba de tomar nuestro autobús los días de Navidad. Antón dice que últimamente le veía mala cara. Que incluso observó cómo tomaba un día unas pastillas con un pequeño sorbo de agua, tras sacar con di-

simulo una botella de su bolso. Entendía Antón que eran como unas que le recetaron a él cuando le operaron de la pierna:

—No podía soportar aquellos dolores.

María asentía y repetía que la había escuchado toser en más de una ocasión y que su tos no tenía buena pinta, que era como un catarro de esos que nunca se van del todo.

Mi preocupación va en aumento porque desde hace un mes Antón no sube tampoco al autobús. A María y a mí nos da miedo preguntar por ninguno de los dos. Solo nos saludamos al llegar y prestamos atención a lo que dicen los chicos. Y todo transcurre como si tal. Si acaso, emitimos algún comentario al uso, de esos que se eligen cuando no hay otra cosa de qué hablar. Después, ella se baja en su parada y yo en la mía, y hasta el día siguiente.

Así es que me estoy planteando dejar de subir a ese autobús. No podría soportar la idea que me bulle en la cabeza: la vida pasa para todos y a todos nos tiene que llegar la hora de la bajada del telón, enunciado socorrido y tópico que suelo escuchar con más frecuencia de la deseada.

En realidad, me da miedo dejar de tomar ese autobús de las seis y diez. No en vano es una forma de renunciar a lo que era, en parte, mi vida, pues mi vida consistía en eso, precisamente: en la oficina y en el autobús.

En la oficina, esa estancia en la que realmente uno pasa la vida por encima del tiempo que dedicamos a nuestra casa y a nuestra familia, uno llega a convertirse en testigo del verdadero discurrir del calendario.

A través de nuestras historias y de las de los demás, pasamos de la alegría a la tristeza, del nacimiento a la muerte. Conocemos las vidas de los demás (los demás también conocen la nuestra) a veces mucho mejor que los propios interesados. De ahí que, en ocasiones, sean los demás los que nos adviertan de tal o cuál onomástica, de tal o cuál suceso o de tal o cuál asunto que, aunque memorables, pudieran estar a punto de ser olvidados.

La segunda estancia, el autobús, deja en realidad de ser un autobús, el de las seis y diez, y se convierte en el testimonio implícito del transcurrir de mi vida. Por eso siento escalofríos cuando pienso en el final de trayecto. No quiero, no quiero hacer valoraciones de lo que viene a significar el simbolismo dramático de un sencillito asiento vacío. Se agrupa tanta nostalgia en mi ánimo de viajero abandonado...

No lo puedo remediar, pero prefiero pensar que María y Antón se han vuelto unos impuntuales que, desde hace un tiempo, suelen perder el autobús. Que cada día lo pierden.

Natalia Yurena
Rodríguez Díaz

Lo que dura un café con leche

Natalia Yurena Rodríguez Díaz.

Murcia, 1984.

Maestra, dramaturga y adicta al teatro en todas sus formas.



Lo que dura un café con leche

Son las nueve del doce de agosto del verano más caluroso de los últimos cincuenta años, acaban de anunciar en la radio del hostel “Esperanza” en el que me alojo. Me doy cuenta de golpe de que han pasado ya treinta y tres días desde tu portazo. Treinta y tres. Eternos, inabarcables, infinitos.

Atravieso la recepción y salgo en busca de un refugio contra el acoso del calor y entro en una cafetería de la Vía *Zaietana*. Suplico al camarero, que por cierto, es clavado a ti, un café con leche y un croissant de almendras. Añado el croissant por la ansiedad que padezco, ya que desde hace treinta y tres días te has convertido en un pensamiento obsesivo recurrente fruto de una neurosis derivada de tu pérdida. Aunque no te hayas muerto, sino que más bien estás viviendo la vida más que nunca. Lo acepto con resignación porque mi nuevo terapeuta gestáltico dice que es normal, que debo seguir con mi vida, aceptando lo que hay y que debo amar mi presente, para colmo.

La verdad es que no sé si amo mi presente o más bien los astros catalanes se han alineado también en mi contra, pero en la radio está sonando el hit de Camela “Escúchame, compréndelo, es imposible nuestro amor”. Pero como me sigue latiendo el corazón, aquí sigo, haciendo frente al duelo, desayunando en esta ciudad nueva en la que nunca estuvimos y sacando fuerzas con esta sonrisa falsa que dice que estoy perfectamente.

Para sorpresa mía, en el quinto sorbo de café, descubro la fugacidad de la vida, porque estoy a punto de morir. Sí, te explico, justo cuando le doy el primer mordisco al croissant, que aunque engorda mil quinientas calorías, ahora me merezco todo y me da igual el michelín, la papada y

el brazo colgandero, pues justo cuando le doy el primer mordisco, se me acerca un chico colorcito café con leche.

—¿Me guardas la mochila? —me pregunta con acento de paradero desconocido.

—No, sí, bueno —respondo sin aclarar nada.

—Voy al baño —especifica.

—Ah, ok, no tardes que tengo prisa —miento.

Miento porque acabo de llegar y desde que te fuiste tengo todo el tiempo del mundo, aunque tú eso nunca lo sabrás porque yo no escribo esta carta para que tú la leas, sino para que yo pueda cerrar lo que un día fue, aunque sea por escrito. Luego la romperé en mil trozos y la tiraré en el Mar Menor.

Vuelvo al tema. El chico me deja la mochila al lado. Un mochilón negro que tiene una etiqueta grandecita con letras extrañas de una compañía aérea rara. De pronto, instintivamente, me pasmo entera. Razono. Es solo una compañía aérea. ¡Es solo una compañía aérea! ¡Vanesa, estás rodeada de gente en un lugar público y seguro que hay cámaras! Razono como puedo, pero se me pone a cien el intestino grueso. Y mirando la mochila con pánico veo que, para colmo, ¡hay un pequeño libro con grafías raras en el bolsillo de fuera! Yo pienso a una velocidad de vértigo que debe ser el Corán. ¡Tiene que ser el Corán! Aunque no tengo ni idea porque en mi colegio leíamos la Biblia y no el Corán.

Me bebo el café como si fuera un chupito y me sienta como un tiro en la nuca y engullo el croissant de almen-dras de mil quinientas calorías en dos bocados. Ocho ho-ras de zumba en dos bocados y encima con sabor a muerte. Ahora solo puedo pensar en correr porque en los libros de supervivencia dice que nunca te quedes con la mochila de nadie y menos si es negra y lleva una etiqueta con letras doradas raritas. Y aún menos si lleva un ejemplar del Corán dentro. Pero aquí estoy yo, paralizada, que no sé todavía decir que no, jugándome la vida con la mochila

de las narices, pero pensando en ti y mirando la foto nueva que acabas de publicar en un hotelazo de la República Dominicana.

Para más inri, sustituyen la voz de Camela por el canal veinticuatro horas que tanto te gustaba. Un inciso, ¿la pelirroja esa de la foto te deja que lo pongas a cualquier hora? Vuelvo. ¡Dios, te creerás que exagero, pero justo ahora en la pantalla aparece la nueva foto de un nuevo líder terrorista que andan buscando, una foto de *Instagram* en la que se hace un *selfie* con morritos! Y aunque no se parece, al del baño, para mí son clavados. ¡El de la tele y el del baño, idénticos! La camarera interrumpe mi pánico.

—¿Es tuya la mochila? —pregunta con ansia y cierta desconfianza.

—¿La mochila? No, es de un chico. Está en el baño — respondo con sentimiento de culpa.

—Tienes que dejarme la silla libre —implora.

Libero la silla y pongo la mochila a mis pies aunque no entiendo nada porque la cafetería está vacía. El miedo aumenta y me despido mentalmente de mis padres. A una velocidad de vértigo, pienso en mi funeral, que hará demasiado calor y no vendrá mucha gente. Tú vendrás con ella de la mano, pero llorarás por mí. Espero que esa noche al menos no hagáis el amor, por respeto a mí, que seré una nueva víctima del mundo.

El sonido del anuncio de *Línea Directa* me devuelve a mi realidad, a mi futuro de víctima del terrorismo, un doce de agosto, en Barcelona. Yo que he venido hasta aquí con toda mi buena intención para olvidarte. ¿Te puedes creer que ahora acaba de pasar un norteamericano blando de leche de soja al baño también?

—¿Sorry, *el* catedral del Mar? —pregunta con olor a guiri quemado por el sol.

—Uf, no sé. Ni idea. No soy de aquí —digo.

Entonces me ve junto a la mochila negra gigante. Observa la etiqueta. Yo ya no sé si mira con desprecio o soy yo

que a veces soy paranoica. Y rapidito se va al baño. Ahora mismo están los dos ahí dentro, la leche de soja y el café con leche. Cojo la mochila porque la camarera sigue esperando a que libere la silla.

—La silla —proclama imperativamente.

La cojo, la abrazo y la pongo sobre mis piernas. Me digo muy seriamente: “Nunca nadie sabrá si yo me inmolé o era una simple víctima más”. Dirán quizás que parecía una buena chica y sacarán las fotos que tenemos en *facebook* que aún no he borrado porque me hundo cual Titanic cada vez que las veo.

Segundos después, sale el norteamericano de Texas/leche de soja del baño abrochándose la bragueta con una prisa loca y me ve abrazando la mochila. Mira aterrado. Creo que él también imagina lo que va a suceder, pero se va porque los americanos saben mucho de guerra y cómo huir. Se quita del mapa y seguro que contará en Texas que estuvo cercano a la muerte.

De repente lo que me faltaba para un desayuno diez en mi trigésimo tercer día de olvido. Una turista-madre con un bebé rollizo, que acaba de entrar acelerada de la calle, interviene en la escena.

—¿Puedes vigilar a mi hijo, que tengo que ir al baño?

¿En serio? ¿Al aseo? ¿Qué les pasa a todos hoy? ¿Hay un virus estomacal en el Barrio Gótico? Punto número uno: recordaré siempre no sentarme cerca del aseo. Punto número dos: recordaré hacer cursos de asertividad para aprender a decir que no. ¡Qué insensata! ¡Dejar a su bebé conmigo, la futura terrorista involuntaria!

—Sí, no se preocupe —accedo inevitablemente.

¿Cómo es posible que yo siempre responda lo contrario de lo que pienso? Me lo suelta de golpe y huye al baño junto al muchacho morenito que aún no ha salido. Debe estar planeándolo todo en el wáter porque lleva una hora ahí dentro. Hago un recuento mental, estamos el bebé, la mochila y yo. En el brazo izquierdo la mochila y en el dere-

cho el bebé. Una mañana de agosto. Calor no, lo siguiente. Y por si no hubiera sido poco, el bebé turista que suda a mares, me dice:

—Oye, ¿quieres ser mi madre antes de morir?

No respondo porque se supone que los bebés de meses no hablan, pero empieza a llorar y a babear como si lo estuvieran martirizando. Para que se calme le respondo flojito que sí, que seré su madre si quiere y que yo también estoy asustada como él. La mochila crece por momentos y si antes el nene lloraba, ahora berrea.

Increíblemente, antes de la explosión final y de que nuestros cuerpos vuelen por los aires y con la presión sanguínea por las nubes, vuelve el chico café con leche después de haber pasado la eternidad y ocho vidas más en el aseo. Me mira con la mochila abrazada y mira al bebé, al bebé que habla, pero que él no sabe que habla. Nos sonrío y le aprieta el moflete al niño. Debe pensar que me ha dado tiempo a tener un hijo mientras él estaba en el aseo.

—La cuenta de la chica —le dice al camarero doble tuyo.

Paga mi cuenta en la barra, regresa a mi mesa y se acerca a cámara lenta a por su mochila. Entonces toda mi vida me pasa por la mente en un minuto. Lo miro aterrada y me doy cuenta de que es bastante guapo, más bien guapísimo y tiene unos brazos impresionantes, pero la mochila me sigue aterrando. No lo puedo evitar. Mi nivel de paranoia está en todo lo alto. El terror y el deseo fusionados en una imagen.

Los camareros nos miran. No sé si ellos tienen miedo o lo disimulan muy bien. El chico me mira a los ojos, fijo, intenso, pero también dulce y sexy. Inspiro como no lo había hecho en mi vida. Va a sacar algo de la mochila. Mis pulsaciones a mil. Agarro al bebé con todas mis fuerzas y rezo un padre nuestro. El bebé aprovecha para buscarme la teta porque tiene hambre. Gracias al cielo sale la turista-madre.

—¡Ay, Dios mío! Gracias. Iba a reventar. ¿Has echado de menos a mamuchi? —dice con la vejiga ya aliviada.

El bebé que antes hablaba, obviamente, ahora ya no responde y ambos salen de escena dejando el espacio en silencio.

Nos hemos quedado solos. Él con una mano en la mochila, el tiempo detenido y yo a punto de gritar. Un fuego interno nuevo se apodera de mí. Él, llamémosle Youssef por ejemplo, abre la mochila, lentamente saca una camiseta blanca bien doblada. Se quita la que lleva puesta delante de mí. Sí, se quita la camiseta en medio del bar, delante de mí. Ahora mi sistema circulatorio también empieza a llamar la atención. Descubro unos pectorales sin pelo y con pezón oscuro que incitan a todo. Percibo que el cambio lo hace lento. Youssef sabe que le estoy mirando, me consta. Sin embargo, a mí no me queda ni café ni croissant para disimular, pero igualmente me llevo la taza a la boca para cubrir la baba que se me va a caer.

Cuando termina el ritual “quita-camiseta-pon-camiseta” se cuelga la mochila de nuevo, lento, marcando bíceps. Aterrizo en la parte baja de su cuerpo y aumenta cinco grados mi temperatura corporal. Intuyo que con su lentitud me está dando tiempo para que yo dé señales de vida y le diga algo, pero no puedo porque tengo el habla en huelga. ¡Por dios, si yo creía hace un momento que iba a explotar por los aires!

Pero, desgraciadamente ante mi parálisis extrema, Youssef se va. Sale contando las baldosas, esperando algo de mi parte, pero se marcha, abandona, ciao. Atraviesa la puerta, luego la calle y se pierde en esta avenida que lleva al mar.

Sigo en shock porque he pasado del pánico al deseo más ardiente en un minuto. Así soy yo, extrema, intensa.

Con el corazón aún encendido me he quedado de nuevo sola, sin mochila negra, sin bebé y sin ese cuerpo café con leche tan bien hecho. Y es ahora cuando vuelvo a pensar en ti. Y en la pelirroja. Y en el vestido blanco que está colgado en mi armario, que ni siquiera me viene ya. Y en el

hijo que podríamos haber tenido. Y en lo buena madre que hubiera sido. Yo que he estado cercana a la muerte. Yo que iba a volar por los aires y no ibais ni a poder enterrarme.

De golpe siento una amargura enorme. Me desborda la emoción, mi volcán interior estalla y las lágrimas afloran a borbotones. Lloro agónicamente por el bebé sudado que hablaba. ¡Que quería ser mi hijo! Hubiéramos ido los domingos a pasear con un carricoche gigante y a comprar a *Carrefour*, con él en la silla del carrito donde ahora protejo los huevos.

Y lloro por ti y por todas las fantasías increíbles que imaginé y que ya no vamos a vivir. Y lloro en voz alta en mi sillón de escay con los muslos pegados por el sudor e intentando despegarme para terminar con el numerito porque hasta la camarera de las sillas ha estacionado la bandeja y me está mirando. Empiezo a recoger parairme, ya está bien por hoy.

Como no tengo ni idea de adónde ir, fantaseo con seguir a Youssef. Pero entonces, un nuevo actor secundario, el camarero de la barra, tu doble, entra en acción. Pone dos cañas y las trae. Debo tener el campo de atracción a mil. Brindamos sin saber muy bien porqué. Siento una necesidad enorme de abrazarle y desaparecer en su delantal blanco. No digo nada y me bebo la cerveza de un trago. Solo sonrío y lloro con el camarero a mi lado imaginando que eres tú.

Para ir terminando con este cierre y poder decirte adiós de una vez, es entonces cuando el tiempo se congela en mi sillón de escay y una idea luminosa se apodera de mí. Pienso, con vergüenza, con el rímel chorreando por mis ojeras (ahora que, claro, no tengo la mochila negra gigante entre los brazos, sino al camarero doble tuyo al lado, pero que no eres tú). Pienso que sé que no me voy a morir en este momento aunque sienta que me falta el aire.

Pienso, como una loca suicida, si no hubiera sido mejor, digo yo, esta mañana de agosto del verano más calu-

roso de la historia y el más triste de mi vida, si no hubiera sido mejor para todos los aquí presentes y especialmente para mí, que la mochila negra hubiera explotado por los aires y así este vacío insoportable se hubiera borrado para siempre.

Paco F. Fernández Franco

Fragmentos de un dietario confuso
o el sueño de una estrella

Nunca supe amar. Amor, esa mágica luz, escondida en algún lugar. Y el lugar no es de este mundo. Soy la experiencia por hacer, el sonido por llegar, la fuente por nacer. Soy una palabra. Un aroma. Un sueño. Soy inexplicable.

~~08~~

Viernes



Fragmentos de un dietario confuso o el sueño de una estrella

La estrella es mi madre.

Hablar de mi madre, describirla... ese era y es mi objetivo. ¿Se puede describir completamente a alguien? No. Es más, ¿se puede describir a alguien con quien los vínculos sobrepasen la frontera de lo entrañable? Menos aún. Sólo puedo trasladar a mi interior algo que en su día me estremeció y marcó con estigma acústico toda una vida: “Yo nunca me he permitido soñar, Paco”. Esto refleja y define este diario, tan oscuro e intrigante como un sueño irrepetible. La estrella, que es ella, mi madre, brilla a todas horas. Y que así ocurra siempre, para que hasta en el infinito siga siendo eso: una estrella. Para soñar se tienen que cerrar los ojos, y su sueño todavía no ha empezado.

La vida, ahora que voy a cumplir cuarenta años, no ha sido la secuencia temporal de los cuarenta, no. Para mí la vida se redujo en su momento a ocho minutos. En la hermosa canción de Víctor Jara, “...la vida es eterna en cinco minutos”. En la mía son ocho minutos, porque todo pudo cambiar en tan insignificante período de tiempo. Así es la cosa: todo puede cambiar si, para bien o para mal, te encuentras en ese lugar que te asignó el destino, en ese espacio que favoreció el azar. Y cuando hablo de espacio favorecido por la suerte, hablo de un hogar, de un destierro, de un universo inalcanzable, de un vaya usted a saber.

Sé que se me van a ir mezclando los razonamientos de manera confusa y desconcertante, pero es que mis pensamientos mandan en mi diario y en casi todo. Pero la apor-

tación de mis lectores proporcionará cierta congruencia a este batiburrillo de ideas.

Empecé a soñar muy temprano. Y el sueño se convirtió en recurrente. Duró ocho años. Consistía en que llegaba a Nueva York, pero nunca podía visitar la ciudad de los rascacielos. Estoy buscando el significado de dicho sueño, pero me temo que jamás lo descubriré, a pesar de que algo intuyo. Pido de nuevo disculpas, porque también el título de este dietario confuso es en parte un título engañoso: no hay sueño, no hay estrella, no hay nada de lo que se anuncia. Sólo hay un homenaje. Parte del título justifica la confluencia de muchas circunstancias en una persona: mi madre, que, después de cuarenta años, se ha convertido en la protagonista inspiradora de mi vida. A la hora de hacer un relato cabal de lo que significa mi madre, me enredo por entre el ramaje de las palabras y no puedo pronunciar más que una: santa. Sí, reconozco que con ese adjetivo me asomo a mi diario como una forma de testimoniar algo que también a mí me marca: mi religiosidad sin límites ni florituras. Por eso hablo de santidad y cosas por el estilo. Y por eso hablo de homenaje.

Mi madre no nació para ser una estrella, ni para no serlo. Simplemente nació, que ya es una suerte para el mundo. Formó parte de una familia de la que dejaré escapar algunos guiños de gratitud y complicidad con mi propia conciencia. El padre de mi madre, el abuelo Leandro, era, en el buen sentido de la palabra machadiana, un hombre bueno. La abuela Eulalia, su mujer, tenía algo que suelen tener las mujeres de todas las épocas y lugares: era fuerte, sabía sufrir. Mis abuelos no eran personas complejas ni inextricables, no, eran personas sencillas, trabajadoras y honestas. De ellos aprendimos sus nietos que nada en la vida es tan importante como la humildad, ayudar a los demás y no darse por vencido ante los malos augurios ni ante el dolor inevitable. Una de sus máximas era soportar lo malo como si fuera un bien. Esas y otras y otras convic-

ciones se me quedaron grabadas como marcas indelebles. Y lo que me quedó esculpido en el alma fue ese leitmotiv obsesivo que, día y noche, me recordaba que tenía que ser honrado conmigo mismo. Vaya, cosas del abuelo Leandro.

He hablado anteriormente de mi religiosidad. La verdad es que no sé si la vivo de manera desfasada o coherente. Pero la vivo. Y creo en Dios. Creo que es alguien que está en ese camino que todos recorreremos. Me sobrecoge afirmar esto, porque experimenté algo que ya he insinuado anteriormente: al final de un penoso tramo del camino que recorrimos todos los miembros de mi familia, allí estaba Él. Fue un tramo doloroso del vivir. El azar nos hizo daño. Creo que en las parcelas del daño no está Dios; quizás estemos nosotros con nuestra soledad a cuestas. Muchas personas dicen que Dios es el responsable de las adversidades, que es culpable de no estar al tanto del mal que nos asalta por doquier. A veces he estado tentado a admitir la ineficacia de Dios, pero cuando me repongo de mis dudas, no tengo más remedio que admitir que hasta en los momentos y en los sucesos nocivos está Él, agazapado tras la oscuridad, mirando de reojo y dispuesto a intervenir. A nadie pido que esté de acuerdo con mis pensamientos, pero mentiría si no me dejara llevar por lo que siento. Es más, en ocasiones me pregunto si mis cavilaciones no serán heréticas, ingenuas, confusas, vacilantes. No sé, no sé. Me consuela pensar que más que todo poderoso, Dios es todo misericordioso, un ser que convierte en bueno todo lo que toca. Me consuela, me estimula, lo necesito y me deja dormir por las noches.

Aquí es donde viene 'la madre del cordero': ¿qué es lo bueno? Muy sencillo: lo que nos dicta la conciencia. Y la conciencia, como Dios, es o debe ser patrimonio de la bondad. Por eso, tanto la conciencia colectiva, como Dios –que vienen a ser la misma cosa– están en todo y en la nada, en el corazón del humilde, en el bromista o en el vértigo del que siente la duda como un aire irrespirable. El gran misterio

de la existencia consiste en aceptar que Dios es el camino, a pesar de que el camino lo hacemos los hombres andando. Así, la Verdad es aquello que aprendemos incluso al equivocarnos. Casi me duele la cabeza. No llego a encontrar las palabras que se aproximen a lo inefable. Así es que dejemos este balbuceo y volvamos a nuestros recuerdos y sensaciones.

San Leandro se celebra el veintisiete de Febrero, pero se empeñaron en cambiarlo de fecha, y lo cambiaron no sé si dando explicaciones o de forma arbitraria. El caso es que el día al que me refiero se conmemoró el ocho de febrero, fecha de la que, por otro lado, no quiero acordarme. La celebración consistió en un ir y venir agobiante del hospital a la farmacia de mi padre y de la farmacia al hospital. Resulta que ese día, un muchacho lleno de vida, soñador y obsesionado con cambiar el mundo, fue protagonista de algo que marcó mi existencia y mi forma de entender el mundo. Se trata de mi hermano. Aquella mañana hubo una tormenta de sueños, y mi hermano se fue entre ventiscas y mucha agua de lluvia, hacia otro universo que, durante mucho tiempo, cambiaría el rumbo de la historia familiar. Iba en coche. A la una, más o menos, un soplo de viento lo sacó de la calzada. Salvó la vida gracias a su pericia, y, sobre todo, a la profesionalidad de unos servidores públicos que llegaron en helicóptero. A partir de ese momento, todo fue un largo recorrido por un túnel de padecimientos.

Dejo aquí el asunto para decir que mi hermano se llama Leandro, precisamente. Ese fue el nombre que eligieron mis padres para él, porque mi madre quería que su segundo hijo se llamara como su padre, como mi abuelo. No sé si el nombre arrastra rasgos de ejemplaridad adquirida, pero, sea como fuere, ese fue el nombre que le pusieron. Ya me queda muy lejos todo lo que voy desgranando en este mar confuso de recuerdos y nieblas, pero, por encima de muchas cosas, me queda la imagen del padre de mi madre,

que era, como se dice ahora, un señor de los de antes. Puede resultar chocante, pero hasta en su casa usaba corbata. Ah, las corbatas del abuelo. Decía que había que ir bien vestido y, la verdad es que no sé por qué iba siempre impecable. Sí sé que, al margen de lo que dijera, siempre quería aparecer como un ser agradable hasta en los mínimos detalles. Perfeccionista obsesivo, era un artista cortando finas rodajas de tomate o haciendo bocadillos. El abuelo. Es caprichoso el mundo de la memoria, pero estos retazos desordenados van y vienen con el caprichoso discurrir de la noche en que escribo todo esto. Pero dejemos las digresiones y digamos que mi hermano —ya lo he dicho— se llama Leandro porque su abuelo se llamaba Leandro. Eso es todo.

Todos tenemos razones u ocasiones poderosas durante el transcurso de nuestra vida para cambiar el rumbo de la historia y nuestro posible destino. Aquel ocho de febrero cambiaron muchas cosas. Nuestro cuerpo es una amalgama de circunstancias poderosas, desde lo heredado, hasta lo creado, y es eternamente difícil llegar a un conocimiento exhaustivo de nuestra existencia. Por ello existe el tiempo, y la gravedad, para que ambas cosas sean como un cronómetro que posa nuestra alma a la tierra.

Separar alma y cuerpo sería fácil si no fuéramos humanos, por ello hablar de importancia o de jerarquía es innecesario. Salvar el alma es como cuidar una flor delicada, y salvar el cuerpo es cuidar a nuestro amigo máspreciado. Y aquí nos surge una pregunta: ¿qué es la vida? Aquí entra en escena mi hermana.

Ella recibió la llamada desde el infierno, el coche estaba completamente destrozado y Leandro desangrándose. Al día siguiente, muy nerviosa, me contó los detalles y sentí un frío indescriptible. Leandro era su alma, y ella es un alma muy sensitiva. Empezaba el cambio. La gravedad había salvado una vida. El tiempo empezaba a correr.

La vida, la vida, la vida mi abuelo Leandro me dijo una

vez: “Paco, hijo, la vida hay que vivirla y aceptarla como viene...” Cuando uno es joven no puede entender esas palabras, no llega a asumir por qué hay que conformarse así, sin más. Mi padre me ayudó a interpretar el porqué o la sinrazón de las cosas.

No sirve de nada ser vanidoso, ni envidioso, ni ansioso, ni tantas cosas. Mi padre también me mostró el valor terapéutico del trabajo y del servicio a los demás. Servir es una forma de amar, aunque servicio y amor no son términos idénticos. Amar, según me cuenta mi amigo Lucien, es algo diferente del radicalismo emocional. Es algo más complicado, es servir primero, decir, actuar, escuchar, salvar del peligro a quienes peligran.

Amar se ama siempre. Aunque mis padres se conocieron cuando tenían 15 años, el acontecimiento del ocho de Febrero supuso un volver a empezar a amarse y a amarnos de nuevo. La vida trastoca la existencia, pero puede darle sentido a la indeseable rutina. Las cosas vuelven a adquirir valor cuando una nube negra amenaza con llevarse por delante la ‘aurea mediocritas’. Lo diré más claro: cuando un hijo vuelve a nacer, nace de nuevo toda la familia, el mundo se convierte en el escenario de una gigantesca celebración. Los cinco primeros años fueron un suplicio para todos, pues vivíamos haciendo equilibrios insoportables por encima de esa línea roja que tantas veces estuvo a punto de traspasar mi hermano. Fue entonces cuando empezamos a confiar en la medicina y en la oración. Pero rezar a veces no es suficiente: la vida es un mosaico de preguntas y yo no paro de componer mi vivir haciéndome sin parar miles de interpelaciones y respondiendo con miles de vacilaciones.

Parece que las desgracias sólo les suceden a los demás. Por desgracia, no es verdad: con frecuencia, la mala suerte está acechando a la espera de atizar un zarpazo salvaje. A nosotros no nos había tocado el ala fúnebre del pájaro sombrío, pero lo he leído en no pocos lugares: el hecho

de que ocurra una desgracia a tu lado alimenta el sentimiento de culpa. Por eso llegué a sentirme culpable de no haber estado cerca de mi hermano para decirle: “frena, ten cuidado”. Estuve un mes y medio sin poder hablar con él, y por mi cabeza pasaban muchas dudas, temores, probabilidades cargadas de malos augurios. Pero tenía que estar callado. Era una pesadilla. Por otra parte, mis padres casi no salían del hospital, dándonos esperanzas, ánimo y tranquilidad. Tranquilidad, sí. Porque la sensación era de turbación nerviosa casi infinita. Yo adopté una actitud de aparente sosiego, de lentitud, de reflexión pausada.

A partir de entonces, dejé de soñar mi sueño recurrente. No recuerdo cuando volví a ver mi hermano tras la tragedia de ese día ocho. Sí sé que vi a mi padre inquieto luchando contra sí mismo y su voluntad. Recuerdo a mis hermanos rotos de dolor. Recuerdo a mucha gente querida, a nuestro lado, durante esos momentos tan yermos.

Debe ser cosa de la educación recibida o de la morfología del alma, pero me rondan por la cabeza palabras como fortaleza, carácter, grandeza de ánimo, resignación o genio. Por medio del genio podemos llegar a ser irreverentes con la vida, no escuchando los buenos consejos de la experiencia o de la sabiduría. Y ahora me refiero al genio como sinónimo de ira, esa especie de cerilla presta a incendiar aquello que alcanza, aquello que roza. Me invaden las ideas como si se desprendiesen de un berbiquí lacerante y obsesivo. Por eso me acuerdo de los psiquiatras, esos profesionales a los que desconozco. Todo lo que tenga que ver con el espíritu –incluyo la psicología– es un arte peligroso, como peligroso es también el sentimiento del amor. Las palabras son gestos, y a veces los gestos son palabras. Tanto unas como otros no tienen dueño. En estos momentos, cuanto escribo ya no es de nadie, pertenece a la vida interior de quien la adquiera y posea. Pero el misterio de cuanto escribo es que todo queda al vaivén de la imaginación. Decimos verdades, es cierto, pero las verdades no

pertenecen a la gramática, sino a la armonía del corazón. El universo es tan complejo, que a veces pienso que no debería escribir este relato, no sé muy bien por qué.

Vayamos hilvanando más torbellinos de ideas y sentimientos. Tú, lector, irás rellenando los espacios inhabitados de mis palabras. En cierta ocasión leí una idea que me pareció genial. Cuando un famoso escritor americano rechazó estéticamente un texto literario ajeno, dijo que no encontraba nada entre las palabras. Fijaos: no decía ‘en las palabras’, sino ‘entre las palabras’, es decir, en los espacios en blanco. Me quito el sombrero ante tal genialidad. Pues bien, lector, eso es lo que tú debes hacer con este esbozo de ‘yo’ articulado: rellenar los espacios vacíos que separan las palabras.

En todo milagro de la vida, existe alguien que puede acercarse y entender el discurrir de los hechos inexplicables, darles forma, escucharlos atentamente para ver qué quieren decir. El ángel que nos tocó el corazón y el alma para siempre es muy especial. El ángel fue esencial en la curación de mi hermano y de nuestra integridad espiritual. Yo cuando la veía llegar, sabía que traía cosas buenas, aparte de gasas, yodo y un sinfín de materiales de cura y mucho perdón. A mi especialmente me trajo tranquilidad unos años después, ayudándome a quitar el yugo más pesado que he tenido en mi vida, un horrible sentimiento de culpabilidad real. Fue el principio del fin de un sufrimiento, que comenzó mucho antes. Gracias, ángel de nuestra familia.

Lucien me dijo que Dios es el misterio de un misterio. Pienso ahora que estar solo es una forma de vivir, pero no es un misterio. No sé por qué recuerdo que para mi abuelo la soledad era “existir en la existencia”; ¿a qué vendría ese pensamiento? Me faltan las referencias para entender bien la reflexión de mi abuelo.

Ese fatídico día mi hermano tenía posibilidades de perder la pierna. No lo hizo aunque sí tenía muchas probabilidades de no recuperar la habitual movilidad en el futuro.

La medicina es un campo amplio y complicado: salvar lo insalvable es su propósito. No me gustaría dar detalles de cada una de las cosas que pasaron en esos ocho años, describiendo con puntos y comas todo el proceso de cambio inesperado, porque no sé ni lo que me depara el mundo hoy: me da pánico pensar que pueda cambiar de nuevo el ritmo del tiempo, la memoria y mi vida.

Dice Azorín que las cosas bellas deberían ser eternas. Y digo yo que las cosas, los acontecimientos o las historias deberían tener siempre un final feliz. Me aterra la idea de que eso no sea así. Me quito las gafas para escribir. Y lo hago porque cuanto más profundizas en tu memoria menos necesitas ver con los ojos. El corazón no es el centro de tu persona, lo sabes, pero sí la bomba de tu memoria. En realidad es un reloj, un metrónomo que va marcando las notas cadentes de tu vivir. Cuando naces, su ritmo es retozón y vivo. Cuando creces, se convierte en una brújula que te ordena con ritmo binario que no te pases de la raya.

Los límites. En mi juventud pensé que no existían. Pero pronto me percaté de que los límites no los pone uno, los determina la misma existencia. Nuestras limitaciones hacen que seamos lo que somos, seres humanos que vivimos con los demás. Pero hay que distinguir entre los límites y las limitaciones. Si yo pensaba que no existían límites, ¿cómo pude llegar a tener tantas limitaciones? Conforme crecía, veía que mis limitaciones no parecían de este mundo, que iban apareciendo sin movimiento alguno de mi voluntad. Hasta que me convencí de que las limitaciones son, sencillamente, humanas. Y seguían apareciendo... Una piedra es una piedra. El mar es el mar. Su esencia y su finalidad son tan desconocidas como mis limitaciones y las tuyas. Somos ciencia en movimiento, es decir, no tenemos ni puñetera idea de qué somos, con quiénes compartimos nuestra vida, no conocemos ni nuestra propia miseria cuando nos sentimos y nos sentamos en el pedestal del éxito o del bienestar.

Siempre lo defendí interiormente y me lo dije con frecuencia: cuando quieras saber algo, no pienses. Las limitaciones son lo que no pudimos aprender ni aprehender en momentos puntuales de nuestra existencia. Nunca corre el tiempo al revés. Por fin tenemos un fin, y, sin embargo, pensamos que podemos perpetuarnos. Eso no ocurre: todo tiene su final.

Fin. El perdón

Cuando era un niño, me vi obligado a pedir perdón. Lo hice entonces por primera vez y aprendí su significado. Estoy convencido de que es un movimiento interno que tendría que ser universal, no algo exclusivamente cristiano. El perdón conlleva el reconocimiento íntimo de que has cometido un error. Y tú cometiste un error, claro. No deja de consolarme el hecho de que los errores pueden ayudarnos a sentirnos más humanos. Avanzamos en el error. Pero el error deja huellas; huellas leves y casi invisibles cuando te reconcilas con la petición de perdón. Así me lo dijeron hace un tiempo. Pero, ¿qué pasa cuando uno no se siente perdonado? A esperar tocan. Hasta que el perdón y el perdonado organicen y ordenen el mundo. Después del perdón comienza el infinito.

He dejado escrito en estas páginas toda una espesura de emociones que provocan el fragor de un viaje de ida y vuelta. He ido de lo vivido a lo pensado, he perdido el rumbo un montón de veces y me he desorientado por entre una hirviente maraña de dudas, confusiones y esperanzas. Sólo me queda el consuelo de saber que si alguien me lee, entienda que cuanto aquí se dice no es más que una retahíla de jirones de un dietario confuso que tiene como referencia última mi madre, que nunca se permitió soñar.

Paco Gálvez

La leyenda de Perico Pericales

Mi nombre es Francisco Pérez Gálvez. Pero como autor, firmo Paco Gálvez, no porque piense que es más pomposo ni, tan siquiera, más goloso; es que me estoy *desperezando*. Me *desperez*o del tedio de haber llevado una vida celosa y responsable, entregado a una carrera profesional de más de cuarenta años, en una sola empresa que me dejaba tan poco tiempo libre que solo podía escribir poesía entre reunión y reunión. Algo es algo. Pero las meigas envidiosas de mis cantos o dolidas, como las diosas griegas que se quedaron sin manzana, porque no les canté a ellas, quemaron mi ordenador y MIS POESÍAS se perdieron. Sueño con que gustan en el mundo del cyberolvido.

Al fin, el tiempo me ha redimido. La jubilación me ha liberado de mis roles, de mis obligaciones, y me permite reinventarme. La jubilación me ha devuelto todo mi tiempo, aunque en horizontal, pero lo tengo por delante; la vida es corta pero ancha. Ahora quiero reinventarme en escritor de relatos y novelas, como el gusano que se convierte en mariposa para escribir frases de seda.

Con la escritura quiero liberar mis culpas, mezclando lo verídico con lo verosímil. Con la escritura quiero sujetar mis fantasmas, metiéndolos dentro de personajes indómitos que se me rebelan en cada párrafo. Con la literatura quiero protegerme del tiempo, ir adelante y hacia atrás a mi antojo, descargando mi memoria e inventando futuros y finales como un hacedor. Con la escritura quiero

protegerme de mis semejantes escondiéndome detrás de un narrador, mi mensajero. Con la escritura quiero pasar a palabras mis imágenes internas, encontrar las frases que enlacen con mi espiritualidad. Con la escritura quiero que mi eterno retorno sea que el lector repita al leerme la misma sensación que yo tenía al escribirle.

Paco Gálvez.

La leyenda de Perico Pericales

Soy Encarna. Han pasado muchos años, pero, aunque pasaran cien más, jamás olvidaría aquella mañana abrileña de 1921. Hay cosas que no se borran, aunque el paso del tiempo logra cambiar el color del recuerdo. Los gallos cantaban al día que comenzaba, pero yo, perezosa, retozaba un poco más. Me levanté feliz, feliz, feliz. Hacía un día primaveral y todo me parecía maravilloso. Tenía ganas de reír, de cantar, de brincar, hasta tenía hambre. Me senté en la puerta a mordisquear unas moragas, mientras esperaba a mi hermana que venía todos los días a ayudarme en las cansadas tareas que tiene la mujer en la huerta. La encontré guapísima con una falda y una blusa que había heredado de mí. Mientras desayunábamos unas sabrosas torradas con pringue me doblaba de risa con ella, el café de malta me sabía buenísimo. Nos demoramos con cotilleos y risas, y al grito de “¡Que se nos escapan los caracoles!”, nos lanzamos a hacer cada una nuestras labores del día.

Estaba fregando los platos cuando de pronto sentí un estremecimiento en el pecho que me encogió el alma, una sensación funesta se apoderó de mí. Se me rompió un plato y me corté en un dedo. Una gota de sangre cayó sobre la taza del desayuno de mi marido, entonces recordé que la noche anterior me había dicho que tenía turno para regar de madrugada, pero que no me levantara porque él se prepararía el desayuno. Antes de acostarme le preparé una pitanza para él y los dos jornaleros que se llevaba para ayudarlo. Recordé que después de levantarse volvió a la cama y me lo hizo. Recordarlo me aceleró el corazón y mi malestar aumentó. La sensación de que no fue mi marido se apoderó de mí como las sombras lo hacen con los bancales



en el ocaso. Un apretón de tripas dio conmigo en el retrete. Cuando me vio salir, mi hermana, me dijo:

—¿Nena, qué te pasa que parece que hayas visto al demonio?

—¡Calla! Siempre estás con lo mismo. Tú y tus historias de brujería y de demonios.

Me aparté de ella para poder pensar tranquila. La duda me carcomía por dentro y me generaba bilis negra. Como no lograba aclararme, pensé que lo más sencillo sería preguntarle a Mariano cuando volviera, pero si no fue él se extrañaría y me pediría explicaciones. Se lo tendría que preguntar de una manera astuta. Con ese aplazamiento conseguí calmar mi desazón, me dediqué a otras cosas e intenté no pensar. Cuando regresó Mariano, esperé a que se fuera mi hermana para preguntarle. No sabía cómo hacerlo para que no se amoscara. Incluso hoy veo difícil de hacer la pregunta.

—Mariano, anoche cuando te fuiste, ¿cambiaste de idea y volviste a por algo que te tuvo todo el día contento? -dije improvisando, tras ensayar de muchas maneras.

Él me miró y me sonrió estirando sus labios finos hasta hacerlos desaparecer. Negó con la cabeza, pero con el ojo hizo un gesto que quería ser un guiño, como las vacas cuando se quitan una mosca del ojo. ¿Se estaría riendo otra vez de mí? Me cabreaba que en las cosas de la cama me tratara como a una niña, solo porque tenía algunos años más que yo, aunque su experiencia era la misma que la mía. No me atreví a seguir preguntando.

Cuando nos acostamos advertí que estábamos en el mismo sitio donde había ocurrido todo y quise reproducir la escena o cubrirme ante posibles adversidades, tal vez, esto lo pensé después. Me coloqué en la misma posición y moví mi culo hacia atrás buscando el cuerpo de él. Al poco noté que algo se endurecía; mi corazón palpitaba de esperanza. Me bajó las bragas con la misma facilidad que anoche, pero cuando me penetró no fue igual, tan

solo unos cuantos zurriagazos, silenciosos jadeos y nada más.

Aunque quería seguir dudando, mi cuerpo me decía que no había sido él. ¿Entonces, quién pudo haber sido? Los turnos de regadío se exponían en la taberna. Me estremecí al pensar que tuvo que ser algún conocido, un extraño no podía ser, alguien que conocía la casa y por eso entró sin hacer ruido ni tropezar con los muebles. Me puse a pensar en vecinos y conocidos, enseguida me vino la cara del Pericales. Mi corazón dio tal vuelco que temí despertar a Mariano. Mi sexo se removió, entonces noté cómo se salía el semen de mi marido.

¡El Pericales! Quizás este sea el momento de explicar quién era ese genares. Pertenecía a la familia de los Peretes, que eran vecinos de mi familia, los Migalos, y estaban peleados desde que los abuelos se abrieron la cabeza a bastonazos por un problema de lindes. Se llamaba Perico, pero todos le decían Cuco. Nadie se atrevía a llamarle Pericales. “Perico, Pericales, que se caga en los bancales y les echa las culpas a los zagales”; quien buscara pelea solo tenía que decirle este sonsonete y ya se había liado una muy gorda. Los hombres decían de él que era un mozo con mucha sombra, pero con mal carácter, un mal encarado. Siempre estaba gastando bromas, algunas muy pesadas, pero no aguantaba que se las gastaran a él. Era un fulero, amigo del vino, vicioso del juego y el rey de las juergas y las peleas. Era muy divertido e invitaba siempre a un trago de vino. Artero y cuco en artimañas, los hombres le consultaban los problemas más enrevesados. Era un bravucón con muy mal perder y a menudo sufría ataques de cólera y se liaba a palos con cualquiera, cuentan que un día en una pelea en el Cabezo pudo con tres a la vez. Ningún hombre lo quería como yerno. En cambio, las mujeres estaban pirradas por él. Era alto, hermoso, moreno, guapo, con los ojos más bonitos de toda la huerta. Pico de oro, divertido, adulador. El galán incurable que todas las mozas de la huerta querían

convertir en el esposo ideal: guapo y hermoso para hacer hijos bonicos, y fuerte y valiente para defenderlos.

No pude dormir en toda la noche. Se me había parado el tiempo, oía el rocío caer sobre las plantas. Para colmo mi hermana me contó que mi abuela decía que iba a ser un mal año porque había visto a un pollo picarle al gallo. Busqué consuelo en las tareas cotidianas, pero no podía dejar de pensar, estaba obsesionada. Empecé a buscar culpables para aliviar mis penas. Culpaba a Mariano por haberse dejado la puerta con la tranca en vez de cerrarla. Me culpaba a mí misma por no haberme dado cuenta y, sobre todo, por no haber querido tener un perro; cuando me lo ofreció Mariano le dije que bastante teníamos con un burro que mordía. Pero sobre todo culpaba al Pericales. De familias enemigas y amigo de mi marido desde el colegio, eran de la misma edad. ¿Cómo pudo hacernos eso? A veces, me desmoronaba y pensaba que no podía culpar al Pericales sin tener pruebas. ¡Y si no había sido él!

Cosiendo unas rodilleras en unos pantalones de Mariano pensé contarle lo ocurrido. Tenía que desahogarme con alguien. Pero me puse nerviosa y me pinché un dedo con la aguja al imaginarme a mi marido gritando y maldiciendo, atravesando los bancales, pisando los cultivos con la corvilla en la mano, en busca del Pericales, que podría recibirlo escopeta en mano o, peor aún, a navajazos. Sería la pelea del siglo. Eran los dos hombres más grandes de la huerta, uno rubio y el otro moreno. Y yo, ganara quien ganara, perdería.

A la policía no podía acudir, sin el consentimiento de mi marido sería mayor vergüenza todavía, además en la huerta nadie cree en nada que venga de la ciudad. Solo nos ha traído impuestos y guerras para mandar huertanos a la muerte.

Tampoco podía contárselo a mi padre. Sería como mandarlo a una muerte segura. Así que decidí que al día siguiente se lo contaría a mi madre. Una madre siempre es

una madre. Me sentí mejor. Porque al fin y al cabo yo era una niña, sólo tenía dieciocho años, sin cultura ni experiencia sólo podía aferrarme a mi carácter. Mi boda fue un arreglo entre Teodoro y mi padre que eran amigos desde niños. Mi madre cuando los veía juntos decía que eran el hombre rico y el hombre pobre; no le caía bien. Teodoro, al que llamo papá Teodoro porque así me lo pidió después de la boda, era soltero y tenía tierras heredadas de su familia. Los llamaban los Frailes porque habían comprado las tierras de un convento en la desamortización hacía más de medio siglo. Como no pensaba casarse había elegido a un sobrino, el más noble, trabajador responsable y fiel como un perro, para que hiciera de hijo y había negociado con mi padre que me casara con él, así quedaban varios futuros resueltos. Papá Teodoro estudió derecho para escaparse de la huerta, decía que no quería tener el pescuezo ennegrecido de tanto estar doblado sobre la tierra. Vivía en Murcia, trabajaba de abogado y gestionaba sus tierras de manera diferente al resto de huertanos, plantaba otros cultivos, pero pensaba volver a la huerta, con nosotros, cuando se retirase. Era nuestro benefactor. Yo lo adoraba, me enseñó a leer y a escribir, me contaba las obras de teatro que veía en el Romea y me traía revistas para desasarme. Era un liberal convencido que se pasaba la vida en el Casino discutiendo de política, le gustaba bromear diciendo que allí sentados tras una cristalera que daba a la calle Trapería parecían besugos fumando puros en un acuario. Regularmente venía a visitarnos, comía con nosotros y controlaba la gestión de las tierras.

Esa noche, al volver de la taberna, Mariano me dijo que el Pericales estaba insoportable, que parecía que le había tocado la rifa. Volví a pensar en él como culpable y empecé a temer lo que pudiera hacer o decir en la taberna. En aquel entonces la taberna era un lugar vedado para las mujeres. Yo no había entrado en mi vida. Se decía que era un lugar pernicioso donde se juntaban los hombres. Allí

bebían, hacían los negocios, se contaban el día a día, lo pasaban bien y reían, se emborrachaban, se peleaban, blasfemaban, se desafiaban, hasta se contaba, entre las mujeres, que se la medían para ver quien la tenía más grande. ¿Qué no podría hacer o contar el Pericales borracho? Me sentí en peligro.

En la cama, sin poder dormir, reproducía mentalmente una y otra vez lo que pasó. Intentaba encontrar indicios, algún recuerdo nuevo que me aclarara lo ocurrido. Fue todo tan rápido y yo estaba dormida. Me reprochaba no haberme dado cuenta, algún detalle que me hubiera hecho sospechar, pero nada. Ahora me alegro de no haberme dado cuenta porque ¿qué podría haber hecho, salir desnuda gritando por la huerta, hacerle cara? Además temo que si le hubiera visto la cara podría hasta haberme matado, pero entonces era una niña y no me daba cuenta de eso.

A la mañana siguiente me levanté más animada porque la idea de contárselo a mi madre me aliviaba; ella sabría lo que había que hacer. Las madres lo saben todo. Después de comer, cogí dinero para pagar a la modista y le dije a Adela que iba a probarme. Me encaminé a casa de mis padres. La idea de encontrarme al Pericales me sobrecogió, di un rodeo para evitar sus tierras. Cuando llegué mi madre estaba tan atareada que ni me miró. Me dio pena y me sentí culpable: ella tenía que cuidar una casa con cuatro hombres y encima yo le quitaba a mi hermana para que me ayudara a mí; bueno, eso era un arreglo entre mi padre y papá Teodoro. Las mujeres no teníamos nada que opinar de lo que acordaban los hombres. La ayudé a fregar los platos, arreglé la casa, barrí y rocié la puerta. Le di un abrazo, le metí el dinero que llevaba para la modista en el seno y me marché conteniendo las lágrimas.

Otra vez, sola y desesperada. Una idea en forma de cruz me devolvió la esperanza. Iría a la Iglesia a contárselo al cura. Por el camino me di cuenta de que el cura era nuevo y joven, y me dio vergüenza. Se lo diría en confesión. Me

seguía dando vergüenza. Cuando llegué a la Iglesia seguía dudando de si contárselo o no. Entré y como no lo vi me puse a rezar delante de la imagen de la Virgen de la Inmaculada Concepción, me pareció que me daba menos vergüenza que con el Cristo. De rodillas, recé y lloré, me desahugué. Me alivié y hasta me dormí. Le prometí a la Virgen que iría a rezarle todas las tardes. Pero cuando me volví, el cura me miraba, me di cuenta de que tenía los ojos azules porque le brillaban en la penumbra de la puerta. Le dije Ave María Purísima y salí corriendo. Comprendí que no podía ir todas las tardes a rezarle a la Virgen, el cura preguntaría. Me consolé pensando que le rezaría a la imagen que tenía en casa, pero era otra virgen, la del Carmen. La duda quedó en mi corazón.

Era como si mi vida se hubiera colado en un pozo. Lo veía todo negro, me sentía sola y se apoderaba de mí un sentimiento de vergüenza que llenaba mi cuerpo de agua. Me ponía colorada cuando me miraban, tenía mucho calor y sudaba a mares, siempre tenía las lágrimas en los párpados. Todo era oscuro y lleno de agua, como en un pozo.

Habían pasado cinco días y me sabía sola. Reírme de mí misma me consolaba algo, pero después me deprimía más; así que dejé de hacerlo. Las labores de la casa ya no me importaban. Me pasaba el día de mal humor, discutía por todo con mi hermana, mientras que mi marido callaba prudente.

Una noche soñé con él. Me quedó un recuerdo gustoso. Yo nunca había soñado con el Pericales, pero recuerdo que cuando papá Teodoro nos contó la obra de Romeo y Julieta yo pensé en él, pero solo porque nuestras familias eran enemigas. Además, papá Teodoro dijo que era real porque eso pasaba en todos lados, y contó varias leyendas árabes del Salto de la Novia. Amores imposibles y furtivos entre moras y cristianos que acababan trágicamente. También me veía con él huyendo a caballo, perseguidos por los nuestros y saltando por un barranco; antes la muerte que

vivir separados. Pero nunca lo había amado. Nunca había pensado hacer nada con él.

Me pasaba los días azorada, atormentada por mis recuerdos y por el desasosiego de mis conjeturas. Una voz interior me provocaba y me insultaba: era mi conciencia. Me sometía a interrogatorios, sosteníamos crueles discusiones; todo sin piedad. Parecía una guerra civil, la que vivimos en el treinta y seis me recordó esas peleas que tenía conmigo misma, en las que ganara quién ganara era yo la que perdía. Os enseño una muestra de la brega:

»¡Mira la que ha liado la niña buena y obediente!

»No he hecho nada. Yo estaba profundamente dormida cuando ocurrió.

»Sí, pero te despertaste y le dejaste hacer.

»Como esposa obediente que soy, siempre estoy dispuesta cuando quiere mi marido.

»¡Pero no viste que no era tu marido!

»¿Cómo voy a verlo si era de noche y además estaba dormida?

»¿Y no notaste extraño su cuerpo? ¿No te resultaron ajenas sus manos?

»Sus manos me desvistieron como si supieran lo que llevaba puesto. Y ellos son dos hombres parecidos, grandes y fuertes.

»Sí, pero uno es rubio y el otro moreno.

»Eres muy cruel. En la oscuridad no se ve el color del pelo ni de la piel.

»¿Y su voz, qué pasa con su voz?

»No habló. Como Mariano, que nunca habla, siempre lo hace en silencio.

»¿Y el olor, también huelen igual?

»Sólo puedo decir que iba limpio.

»Perdiste tu honra. Ahora él lo contará o crees que va a permanecer callado. ¿Qué pensará tu marido cuando se entere?

»Creeré lo que yo le diga.

»No hay quien se trague que no te diste cuenta.

»Entró sin hacer ruido. Yo dormía de espaldas, me la metió a la primera, sin equivocarse. Tenía que haber sido una luciérnaga para haberme dado cuenta.

»¡Tonta! Todas lo tenemos en el mismo sitio. ¿Qué fue de tus precauciones de mujer, de tu desconfianza natural hacia esas cosas?

»Tengo tantas ganas de ser madre que solo pienso en eso.

»Pero el Pericales creará que te diste cuenta y que te dejaste porque te gustó. Porque disfrutar, disfrutaste.

»Fue como un sueño, sentía que estaba soñando. No había sentido eso en mi vida ni, tan siquiera, sabía que existía.

»¡Oh, la moza sorprendida! Te hiciste la tonta.

»No. Él fue muy astuto.

»Dicen que en los animales el tamaño del rabo es señal de astucia.

»Él fue muy listo. Me ha engañado una sola vez, si lo hubiera hecho más veces podría entonces ser yo sospechosa.

»Otra vez, haciéndote la tonta. Te estoy preguntando que cómo tenía el rabo, ¿grande o pequeño?

»No me atormentes más. Yo pensaba que era mi marido.

»Ja, ja. ¡A mí me vas a engañar! Soy tu conciencia.

»¡Vete a la mierda!

Con el tiempo he aprendido que las conciencias son crueles. La mía además era muy pesada y sabía que no me la podría quitar de encima, así que intenté no hacerle caso.

Un día, durante la comida, mi hermana contó que la Amparo estaba muy malica. Nos recordó que era aquella vecina de la que la abuela contaba que, cuando le estaba dando de mamar a sus hijos, por la noche se acostaba con el pecho al aire para que el niño mamara y no la despertara. Pero el niño no hacía peso y siempre tenía hambre, hasta que se dieron cuenta de que una culebra se había metido en la habitación y se bebía la leche del pecho y lo

vaciaba. Yo dije que eso era imposible, que se habría dado cuenta. Así me disculpaba ante mí misma, me demostraba que yo no había tenido la culpa. Mi hermana insistía en que era verdad y mi marido confirmaba que en la huerta eso les había pasado a muchas mujeres.

Una tarde que mi hermana se fue antes porque tenía que acompañar a mi madre a un mandado, se me pasó por la cabeza tomarme una copa de anís. El licor me reconfortó y me dio ánimos para enfrentarme a la figura del Pericales. Lo miré a los ojos y le dije que era un sinvergüenza y un gandul, que por lo menos se podría haber sudado el polvo. Nunca se me había insinuado, eso me habría advertido. Otro traguito de anís. Me reí recordando que la del Soto contaba que un día quedó con él en una verbena, pero él le dio plantón. A los pocos días cuando lo encontró le dijo “Hola amigo, te guardé un higo, pero como no te vi, me lo comí”. Una risa tonta me invadió. Entonces me dio pena de él y me acordé de que cuando era yo muy chica me caí a la acequia y él me sacó y me limpió. Otro traguito de anís. Yo no estaba más enamorada de él que las demás. Pero reconocí que me sentía orgullosa de que me hubiera elegido para el engaño. Además me gustó, sin querer saberlo pero sé que me lo pasé bien. Me puse a llorar. Me encontraba mareada y me acosté. Cuando vino Mariano de la taberna le dije que me dolía la barriga y que me había tomado una manzanilla con anís.

Al domingo siguiente mi marido tiraba de mí por el carril que llevaba a la Iglesia. No tenía ganas de llegar al bautizo del hijo de una vecina. Se había quedado preñada en un año y yo llevaba ya dos de casada y solo había tenido falsas alarmas. Pensaba que todas las mujeres me mirarían preguntándose ¿y esta?, y ya me moría de vergüenza. Cuando llegamos a la Iglesia me refugié en mi familia que me estaba guardando sitio. Enfrente, el Pericales destacaba por encima de todos los hombres y me miraba fijamente. Me buscaba la mirada y sonreía con guasa. Sentí

una vergüenza mareante que me llenó de agua, me puse roja, estaba sudando, con ganas de llorar, cuando noté mis partes húmedas. Sentí que el cuerpo me traicionaba y me sentí puta. Los hombres se fueron saliendo y el Pericales con ellos. Entonces me di cuenta de que él sabía que yo no se lo había contado a mi marido. Y eso lo podría interpretar como una invitación a volver a intentarlo. Me sentí insegura e indefensa.

Cuando estaba abismada y convencida de que ya no podía resistir más, me llegó otra calamidad, al menos, así lo viví yo: no me vino la regla. No, no era posible. Había acumulado más de treinta fracasos, porque cada mes era un disgusto y aumentaba la sospecha de que yo no valía para tener hijos. Achaqué la falta a los nervios por el horripilante suceso que había vivido; había oído que los problemas y las enfermedades alteraban la regla. Pero la modista me dijo que se me había hinchado el pecho, como se lo negué me contestó que se habría equivocado al tomar las medidas. Después las angustias mañaneras, esas madejas de saliva, me lo confirmaron. Lo oculté, pero Adela se dio cuenta y le pedí silencio hasta estar totalmente segura, le dije que Mariano no podría soportar más falsas alarmas. “No se lo digas ni a mamá”, le advertí. Necesitaba tiempo, pero no sabía para qué. Me cambió el cuerpo, se retiró el agua y donde sentía blandura pasé a sentir mal humor y dureza. Mi corazón pasó de ser una esponja a ser una roca. La vergüenza dio paso al odio.

Quería dudar de quién era el padre de mi hijo y buscaba razones para hacerlo, pero solo sentía certeza. Porque, aunque era cierto que también lo había hecho con mi marido, llevaba dos años haciéndolo con él sin resultado. Ya todo daba igual, solo sabía que tenía que callarlo todo el tiempo posible porque si el Pericales se enteraba podría dárselas de macho en la taberna y fanfarronear con que el hijo era suyo, que él era muy macho y acertaba a la primera. Comprendí por qué le llamaban el Cuco, no era por

su ingenio, que lo tenía, sino porque colocaba sus huevos en los nidos de otros pájaros para que se los cuidaran sin tener que trabajar. Junto al engaño, vi otro ejemplo de lo vago que era. Lo odié más aún. Ya no me sentía orgullosa de que me hubiera escogido a mí para el engaño, ya no me sentía perdida ni abandonada por mi voluntad. Ahora tenía una misión: proteger a mi hijo.

El jueves de la Ascensión trajo las comuniones. La Iglesia estaba repleta, pero ya no me importaba que me miraran porque dentro de poco todas verían que estaba embarazada; yo también lo había logrado. El Pericales, desde su atalaya, me miraba fijamente, pero sus ojos ya no me intimidaban. Yo no era la misma que hace unas semanas.

A los pocos días fui a visitar a mi madre, caminaba por una senda larga y estrecha cuando me vi venir, hacia mí, al Pericales en dirección contraria. Llevaba un legón al hombro como si fuera una guitarra. Me conmocioné, pensé golpearme con la mano la cabeza, como si se me hubiese olvidado algo y dar la vuelta, pero me pareció una señal de debilidad que no podía mostrar. Me mordí los carrillos, agaché la cabeza y tiré adelante como los toros. Al llegar a mi altura, se paró y cuando pasé, casi rozándonos, me dijo:

—Hola Encarniiii. Qué guapa estás, hay que ver lo bien que te sientan los calores.

Yo seguí adelante llamándole aborrecido para mis adentros. Cuando llegué al final de la senda bajo unas moreras había varias colillas. Había estado esperándome. Quería más y que se lo diera despierta. Otro tipo de miedo empezó a anidar en mi interior. Aquello estaba cogiendo mal camino.

Cada noche esperaba ansiosa que viniera Mariano de la taberna, con miedo a que me preguntara si era verdad lo que decía el Pericales. Cuando veía la inocencia en sus ojos, pensaba que había ganado un día más, aunque no supiera para lo que me iba a servir. Ya se me notaba la barriga. Mi hermana me presionaba para contarlo, hasta hicimos la

prueba de la alpargata y salió que sería varón, haría todo lo que fuera preciso para que Adela no lo contara.

Una calurosa mañana, casi en el hueco del día, estaba quitando las matas secas y las malas hierbas que crecían junto a las hortalizas. El sol de junio era abrasador y la tierra necesitaba agua urgente, yo me obcecaba con la tarea de librar a la tierra de esas matas indeseables que consumían la poca agua que tenía. Cada mata que arrancaba era como un triunfo del bien sobre el mal y, arrodillada, lo hacía con obsesión, una, otra, otra, otra. De pronto me eché a llorar y me senté en un caballón. Las lágrimas caían en la tierra seca y desaparecían. Me quité el pañuelo de la cabeza y lo arrojé lejos como si eso fuera el problema, golpeé la tierra hasta arañarme lo puños y maldije mi suerte. No sé cuánto tiempo estuve sentada, perdí la chaveta. Movida por la desesperación, me levanté y empecé a caminar sin rumbo, solo quería dejar atrás mi dolor. Entre las lágrimas y las ramas de unos membrilleros vi al Pericales mondan-do en el fondo de una acequia, di un rodeo para evitarlo. La costumbre me había llevado hacia la casa de mis padres. Entonces vi una hita medio desenterrada, un mojón, una piedra jaspeada de lunares negros que servía para fijar las lindes. Parecía que me estaba esperando, la tomé, y llegué a la espalda de donde mondaba el Pericales. La llevaba apoyada en el vientre, como si mi hijo me ayudara, era un peso que debíamos llevar entre los dos. El Pericales, agotado y sudoroso, descargaba azadones sobre el barro seco. Con fuerza le arrojé desde arriba la hita sobre la cabeza. Solo se oyó el sonido de una sandía que cae al suelo, ningún grito, ningún gemido, ninguna maldición, nada. Muchas veces he pensado que era la primera piedra del que no tiene pecado, que era el mojón que señalaba que yo y mi hijo pertenecíamos a otro hombre. Seguí andando sin mirar ni abajo ni hacia atrás. No sentía nada, solo el sol sobre mi cabeza que diluía mis pensamientos como azucarillos. Yo era como un espantapájaros; mi corazón seco

y duro como una piedra se había quedado atrás, sobre la cabeza del Pericales.

Arrastrando los pies entré en mi casa, solo acerté a decir: “Ya no quedan malas hierbas”.

Ni aún ahora sé lo que me ocurrió. Algunos años después acepté que fue por las matas. Matas y matas. Una palabra te lleva a la otra. “Matas por las matas, matas por las malas matas” fue un trabalenguas para mí. Lo repetía varias veces y todo perdía el sentido. ¡Caprichos del lenguaje!

La noticia de que habían matado al Pericales cuando estaba mondando, porque lo había amonestado la Junta por no haberlo hecho a su tiempo, corrió por toda la huerta, de barraca en barraca. Nadie se lo podía creer. La pregunta era: quién habría sido. Las mujeres lloraban con sentimiento. Guardias civiles con mosquetones recorrieron las sendas y carriles para dar seguridad. Mariano lloró a su amigo. Iniciado por mi madre los Peretes y los Migalos olvidaron largos años de rencor y se unieron ante la desgracia. Al entierro acudió toda la huerta y sus alrededores.

Mariano volvió bebido del entierro, habían echado el alboroque. Venía todo lleno de barro porque se había caído a un brazal. Como todos los chispados decía que sólo había bebido una chispa. Maldecía y gritaba que quería matar al hijo puta que había asesinado a su amigo. Mientras lo lavaba pensé que me había casado con un tonto y que nunca podría contarle nada ni confiarme a él. Lloré desconsolada.

Me extrañaba no sentirme culpable. Fui a la Iglesia para ver si Dios tenía algo que decirme. Pedí perdón por lo que había hecho, aunque no estaba arrepentida porque no tenía otra salida, pero sí dolida. Esta vez me arrodillé delante del Cristo. Le dije que si me perdonaba me lo demostrara dándome más hijos. Lloré y oré, oré y lloré. Cuando salía, de nuevo el cura me cortaba el paso. Se ofreció a ayudarme y me preguntó que qué me pasaba. Le contesté que eran cosas mías con Dios. Cuando me contestó que los

mensajes de Dios necesitaban a los sacerdotes para interpretarlos, me di cuenta de que llevaba tiempo esperando al asesino o a algún cómplice. Le expliqué que hacía poco tiempo había venido a pedir quedarme embarazada y Dios me lo había concedido, ahora venía a darle las gracias y a rezar, pero que por favor no dijera nada a nadie pues aún no lo sabía ni mi marido. Me bendijo a mí y a mi vientre.

Seguía sin sentirme culpable, eso significaba que había hecho lo correcto o, al menos, eso pensaba yo. Además, me sentía bien, podía pensar en el futuro de mi hijo sin sobresaltos ni miedos. Años después, comprendí que la culpa de todo fue del agua. Sí, del agua. Es cierto el refrán huertano de que el agua caliente más que la sangre. Me engañó por un riego y murió por mondar. Siempre el agua: o sequía o riada. Pero yo sé que lo maté por mi hijo, porque se la habría ido la lengua, más aún al pensar que me había preñado, demasiado mérito para callárselo. Además de artero, certero. Ya, aunque me detengan, aquella noche no habrá existido nunca; mi hijo será fraile para siempre. No fue una muerte planeada, fue algo que me salió de dentro. Como un hijo, esto lo acabo de pensar.

Por fin conté mi embarazo. Hice feliz a mi familia. Mi marido lloró de alegría. Papá Teodoro se erigió en el abuelo. Acallé todas las bocas. Para celebrarlo papá Teodoro trajo kilos y kilos de boquerones, mi comida favorita. Todos los gatos de la huerta se agolparon alrededor de mi casa. ¡Qué orgullosa me acosté esa noche!

Durante un tiempo, la policía secreta interrogó a todos los vecinos, pero no descubrieron nada. Los rumores se multiplicaron: que fue por deudas de juego, por un tema de cuernos, por una venganza, hasta se habló de un loco que se había escapado del manicomio. A finales de junio, por san Juan, llegaron los rentos y se apagaron las habladurías. Varias familias no pudieron pagar y tuvieron que dejar sus casas y marcharse a buscarse la vida a la ciudad. Después volvieron con fuerza los rumores sobre el crimen

del Pericales. Pero un nuevo desastre los acalló. Los moros habían hecho una matanza por Melilla, lo que dio en conocerse como el desastre de Annual, y la huerta tuvo que enterrar a los hijos que le habían entrado en ese cupo.

Entretanto mi abuela agonizaba. Cuando fui a verla, me cogió de la mano y me dijo que no me preocupara porque los muertos siempre perdonan a los vivos. Mi tía, acariciándome la barriga, me dijo que no le hiciera caso, que había perdido la cabeza y me confundía con una hermana suya que cuando murió estaban enfadadas y no se hablaban. Pero yo sabía a lo que se refería. Mi hermana tenía razón: la abuela era bruja.

Un día muy frío de enero parí un niño de cuatro kilos. Era moreno con los ojos negros y muy vivos, los más bonitos de la huerta. Papá Teodoro dijo que se le parecía a mi padre porque tenía la boca muy grande, todos estuvimos de acuerdo. Lo celebramos con una sonada chocolatada, hicimos varias chocolateras de aquellas de bronce. Convencí a Mariano de ponerle Pedro en honor a su amigo muerto y por la reciente paz entre las familias. Papá Teodoro dio el visto bueno.

En el aniversario de la muerte de mi abuela, fui al cementerio con mi hermana; esta, que parecía haber heredado sus poderes, me llevó sin pedírselo a ver la tumba del Pericales. Allí embarazada de nuevo, señal de que Dios me había perdonado, hablé con mi Romeo. Creo que nos entendimos y sentí que nos perdonamos recíprocamente. Lo juro.

El tiempo pasó. La avidez de la huerta se lo traga todo. Se traga la salud del que la trabaja, toda el agua que le echas, las esperanzas y las ilusiones de los huertanos. También se tragó el nombre del que mató al Pericales y asumió la muerte a su modo, se creó una leyenda y se inventaron refranes.

Me he acordado de todo porque esta mañana, durante la matanza. Mi hijo Pedro, el médico, cuando ha visto que

a su hermano Teodoro se le había olvidado echarles piñones a las morcillas, le ha dicho riendo:

—¡Anda, que tienes más delito que el que mató al Pericales!

Raquel Vargas Antón

Las cuatro estaciones

Escribir y leer son hijos del mismo empeño: soñar. Los dos participan del mismo proceso de aprendizaje y deleite sobre la vida. Aún recuerdo cuando, con apenas unos ocho años, descubrí mi primer libro. Fue en el cole, nunca había entrado a ninguna biblioteca, y una mañana decidí visitarla. Escogí un libro sin saber muy bien por qué, y entonces sentí la magia que esconden en su interior. ¿Sabéis esa sensación de ver por primera vez el mar? Una inmensidad azul, profunda, que provoca una excitación difícil de describir. Eso fue para mí entrar en ese libro, hacer una inmersión en la profundidad de la aventura que conlleva leer. Ese fue el primero de muchos a los que con el tiempo puse rostro y nombre: García Márquez, Faulkner, Hemingway, Rulfo, Jane Austen, Edith Wharton, Katherine Mansfield, Emily Dickinson, Lorca, Cernuda, Cervantes, Isak Dinesen, Sandor Marai, Stefan Zweig, Alice Munro...

Casi a la vez, empecé a escribir. Por esa misma época, mi madre me buscó un profesor particular, Julián, para superar mis problemas de ortografía. Con él aprendí a escribir sin faltas y con ansias, porque me regaló un diario y me invitó a que no me limitara a contar los sucesos cotidianos, sino que investigara qué había dentro de mí, cuáles eran mis pensamientos, que ordenase mi mundo con la palabra. Pablo Neruda decía que todo está en la palabra *“son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las per-*

sigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras..."

Las palabras son mis amantes, y yo, celosa, las busco para guardarlas en un texto, protegerlas del caos que las habita, domesticarlas, hacerlas mías....

Todavía hoy me siento como aquella niña que lloraba, reía, se estremecía con las emociones que despiertan en nosotros las palabras. Sin ellas no sería yo, sin ellas no entendería el mundo, sin ellas no soportaría la crudeza de vivir.

Me llamo Raquel, trabajo como profesora de Lengua y soy un libro que se inventa cada día.

Las cuatro estaciones

PRIMER MOVIMIENTO: ADAGIO

En el principio todo fue oscuro.

La oscuridad era reconfortante y algo viscosa. Ella estaba flotando en aquel mar sin fin, entre aquella calidez sin barreras. No había pensamientos, ni ideas, todo era sensitivo y jugoso. Jugueteaba con los dedos de las manos y los pies provocando una oleada de placer estival que le divertía sin pausa, sin momentos. No había dimensiones: ni espacio, ni tiempo. Todo era un continuo de vida; de vida por vivir, de vida vivida, de vida viviendo.

Notó una sensación desagradable, las paredes de su mundo sufrían un sin remedio de estertores que la apretaban. Frunció el entrecejo y notó cómo se aceleraban las pulsaciones.

Nada. Un rato y la calma.

En la no dimensión temporal no había registros ni marcas en las que apoyarse. Otra vez la misma sensación, el desconcierto, algo que desconocía y no sabía que se llamaba miedo. Una angustia que le retorció las tripas, y le hacía galopar el corazón desbocado hacia lo impredecible.

Nada. Un rato y la calma.

Sin embargo, ya no se atreve a jugar con sus manitas y pies. Está tensa, presiente, intuye. Los animales huelen el peligro. Sabe que ella es la presa y no podrá escapar; porque su mundo tiene un tamaño reducido que para ella es un vasto dominio de oscuridad. Otra vez lo mismo, pero esta vez se desplaza sin destino. No conoce el sentido de la orientación, no sabe a dónde va. Solo nota que el barco se



desplaza a la deriva, no controla el timón de su cuerpo. Un viento huracanado la envía hacia un fondo abisal, angosto, gelatinoso. Se contrae a la vez que las estrechas paredes que la rodean, por un momento recuerda lo fugaz que es el placer y se ve a sí misma jugando con los deditos de sus manos y sus pies, sin embargo eso es ya un recuerdo perdido y lejano. Cierra los ojos y nota que sale por un túnel estrecho y pringoso. Es una sensación desagradable, no deseada. Hay violencia y estupor. Está fuera, hay ruido, hay formas, hay luz. Entonces hincha sus pulmones y grita con todas sus fuerzas.

En un instante fugaz recuerda la belleza de la oscuridad.

No hay retorno. Intenta hablar, quiere decirle a su madre que la devuelva a su mundo, pero de sus labios sale un balbuceo ininteligible. La abuela, que lleva un moño blanco y enhiesto le sonríe mientras dice “esta niña ha nacido con el don de la palabra”. Ahora está segura de que no la entienden. Solo le queda sobrevivir y se acerca ávida, ansiosa, a la media luna blanca y lechosa que la reconforta.

SEGUNDO MOVIMIENTO: ALLEGRO VIVACE

La lamparita de la mesilla impregna los visillos del dormitorio de un enjambre de moscas de luz. En la tiniebla del anochecer las sombras proyectan formas caprichosas y extrañas. Eso le provoca cierta ansiedad, porque ella se siente cómoda en la oscuridad, en el silencio, y él ha puesto música para crear un ambiente más íntimo. Pero no lo ha conseguido. Los muebles viejos de la habitación de estudiantes junto con el desorden que hay instalado crean una precariedad fea que le disgusta. Solo sobresalen marrones y grises, los dos colores más tristes. Ella prefiere el naranja, el dorado, el azul eléctrico. Tiene que conformarse y traga saliva mientras escucha el ruido de la vieja cisterna en el baño.

Él se acerca sonriendo, la besa torpemente. Ella nota el regusto al alcohol ya agriado en la saliva de él. Han bebido bastante los dos. Es la rutina de las fiestas de estudiantes, beber, beber, beber, reír, perder la consciencia, olvidar...

Son demasiado jóvenes e inexpertos, cuerpos a medio hacer con un horneado todavía imperfecto. Ambos están nerviosos, saben que para ellos todo va a cambiar, nunca han estado con otro de ese modo, tienen muchas expectativas por cumplir. Él vuelve a besarla y, aprieta tanto sus labios contra los de ella, que se puede oír el ruido de los dientes al chocar. Ella cierra los ojos, se deja llevar, repite rítmicamente los movimientos que él elabora como una coreografía. Nota la cara mojada de tanta saliva, fluidos en convergencia vertical. Nota que su sexo se humedece, le resulta extraño, no está segura de que sea lo normal. El muchacho aprisiona su cintura con las manos y escala por las costillas en busca de un puerto donde anclarlas. Ella se tensa, mientras cierra los ojos con fuerza. La manosea y los pezones despiertan joviales, alegres. Explodian de golpe entre sus breves pechos de adolescente insegura. Cada vez se oyen más fuertes los jadeos, perros en celo que aúllan en la noche. Caen de golpe en la cama de 80 con sábanas de motivos florales. El jardín del Edén. A punto de ser expulsados por el pecado de la carne. Él le arranca apresurado y violento los jeans nuevos que tanto le ha costado conseguir a ella, muchas palabras zalameras ofrecidas a una madre que se deja engañar ingenuamente. El sexo del muchacho quiere encontrar el camino hacia la profunda promesa de gozo pero es demasiado inexperto. Ella se incomoda, está muy excitada, pero tan tensa que siente los músculos a flor de piel, el vello erizado, la piel con escalofríos. Su cuerpo, un georradar a punto de detectar la llegada de un terremoto. Por fin entra el sexo enhiesto en la tierra prometida. Es una mezcla de dolor y de placer, de dolor placentero. Acometidas violentas, enérgicas. El peso del cuerpo encima de ella, casi la asfixia. El sexo

de él un rayo, que deja una herida en tierra, partida en dos. Una oleada de sensación y sensibilidad empieza a subir. De repente, su cuerpo es un receptor de señales perfecto. Esa oleada se hace mayor hasta que la inunda por completo, y siente que ha alcanzado ya la cima. Caída libre desde un sexto piso, la petite mort.

Después nada. En la calle la oscuridad se ha comido a la ciudad.

TERCER MOVIMIENTO: TEMPO MODERATO

Sentados al borde de la cama de matrimonio, uno junto a otro, las espaldas rectas y mirando al frente. Entre ellos una breve distancia, solo cabría un libro de perfil o una cajita de regalo, no hay un puente que una la distancia que separa los cuerpos, el Gran Cañón del Colorado en apenas cinco centímetros.

Él habla titubeante, las palabras salen atropelladas, en cascada, salpican de profunda tristeza y soledad los oídos de la mujer. Son palabras torpes, tristes, apenas tienen color. Un peso plomizo y cansino cae de golpe aplastando los principios básicos de su existencia. Ella deja de escuchar, porque no es necesario, conoce cómo termina todo. Lleva tiempo evitando esa conversación, pero sabe que su vida ha entrado en una calle sin salida. No quiere ver la realidad. Día a día, ajena a las señales, hace tiempo que dejaron de ser indicios. Él, que llega muy tarde, ya no hay besos, ni abrazos, la mirada rehúye para no dejar ver la culpa. A veces ella cree que se asfixia en la burbuja de nada en la que habita últimamente, especialmente cuando, en algún día de asueto, están los tres tan aislados en la misma habitación. Su marido sin quitar los ojos del móvil, el niño jugando con la tablet, ella leyendo. De fondo, la tele evita la incomodidad del silencio buscado. Así, el sonido animado del concurso televisivo cubre la ausencia de sentimientos en el salón.

Un bucle, eso es entrar en un bucle, recuerda todo esto mientras él sigue con su perorata burda y machacona. Yo ya no siento amor por ti, solo un sentimiento que llamaría aprecio, no hablamos, hace ya mucho que nos resignamos a no querernos, la convivencia es una trampa mortal, no me interesa tener sexo contigo, la conocí en la convención anual, ya no puedo seguir con este engaño... y sigue con el sinfín de argumentos sin razón, de razones sin argumentar, porque todo se reduce a que se va, a que los deja, a que se fue a la mierda el proyecto familiar, a que tú por tu lado que yo por el mío, a que los veinticinco años de la otra no son los cuarenta y cinco de ella. Incredulidad, incapacidad de entenderse. Ahora toca un cuarto y mitad de gritos, tres cuartos de llantos, un cuarto de vacío en el cuarto matrimonial.

El niño, encogido en el pasillo, llora hacia dentro, muy bajito, con las manos tapando los oídos, cerrando los ojos y la boca, como los monitos de Gibraltar que vio en la tele. Daño colateral de la guerra familiar.

De pronto la calma en mitad de la tempestad. Una tregua en medio del fragor de la batalla.

El gato pasa por delante de la pareja, indiferente y altivo, fija sus ojos amarillos en algún punto indeterminado. Ellos lo miran a la espera del milagro. Pero el gato lo único que hace es levantar la pata para intentar atrapar a una mosca. Los milagros no existen. El gato abandona sigiloso y apresurado el dormitorio.

Fuera oscurece, y el ruido de la lluvia golpeando los cristales enmudece definitivamente la última posibilidad.

CUARTO MOVIMIENTO: AD LIBITUM

La anciana está sentada en el porche mirando la playa. Apenas queda nadie, es tarde, empezará a oscurecer en breve. Se fija en que la iridiscencia del sol deja tonalida-

des muy hermosas en el agua. Como el agua está en movimiento, parece un caleidoscopio e intenta recordar cómo era el que le regalaron por su octavo cumpleaños. Imposible. Su memoria se ha vuelto caprichosa, perezosa, y en lugar de un caleidoscopio, le trae al recuerdo su caja de los tesoros: una peonza, un cromó, un espejito con forma de gato, una pegatina del Petite Suisse, y... ¿qué era? ¡Ah! ¡Sí! Demasiado tarde, la anciana se ha fijado en una hermosa muchacha que recoge todos los trastos playeros. Ya no volverá a recordar ni el caleidoscopio, ni la cajita, porque su cerebro debe ser como un queso Gruyère, lleno de socavones, como las carreteras comarcales, y cuando un recuerdo cae a uno de los agujeros, desaparece para siempre.

Las ancianas que superan los noventa años serán como ella, aunque no está segura, ya que hace tiempo que su hijo no la saca de casa. Cambia de destino, de la ciudad a la playa; pero ya no ve a sus amigas, a sus vecinas, ¿seguirán vivas? Quién sabe, de su quinta quedan unos pocos extraviados en una vida que ya no entienden. ¿Tiene miedo a morir? No lo sabe, porque además de no recordar tampoco piensa con mucha claridad. A veces ve películas en su cabeza, no obstante, no está segura de que sean suyas o puro divertimento de la imaginación. Hace mucho que dejó de escribir, pero le suena que no lo hacía nada mal, de hecho alguien hace mucho le dijo que tenía el don de la palabra, quisiera acordarse cuándo se lo dijeron, pero eso es tarea imposible.

La muchacha se va y parece que se ve a sí misma alejarse de la playa. Siempre le gustó mucho el mar, lo disfrutaba muy a menudo, como ya no se baña, la sacan al porche todos los días, en cuanto refresca. A ella le gustaría quedarse ahí por siempre, porque le ha ganado la batalla al tiempo. Ya no hay prisas, no hay agobios, no interesan los planes de futuro, siempre se conjugan los verbos en presente, el pasado está tan turbio en su cabeza...

El ocaso vuelve a jugar con el tornasol del mar y deja

nuevas perspectivas del color. Quizá ella ve un nuevo tono que todavía no ha sido nombrado, ¿y si juega a renombrar los colores?

Ha entrado en un sueño profundo. Se ve a sí misma alejarse del porche. No consigue decidirse entre verse joven o vieja, así que se ve sin rostro. Parece que entra en un túnel oscuro, es angosto y algo incómodo, no está asustada, en todo caso siente curiosidad por saber qué habrá al otro lado.

En la hamaca se mece muy lentamente el cuerpo de la anciana. La cabeza se ha quedado inclinada a la izquierda. En un extraño ademán queda colgando en forma de garfio el brazo de la mujer. El gato se acerca meloso, le lame la mano; como no recibe respuesta, se aleja.

El mar se ha vuelto negro, profundo; mientras, la noche abraza lúbrica y sensual al mundo.

Rosa María Regalado Rosillo

Désirée

Escribir: Alcanzarse siquiera desde el pronunciamiento.
Decir
del merodeo; de la estancia en lo dulce, el filo, el recoveco, lo
quizá recompuesto, lo vuelto
del revés.

Con la temeridad del lilo. Abrazada al letargo
en las horas de frío.

Testimoniar que fui. O que estuve tan cerca que podía
creerlo.

Escribir: Abrochar la palabra apenas necesaria. Y temblar,
cuesta arriba.

Rosa María Regalado Rosillo, nacida en Granada y residente en Murcia.

Trabaja de profesora en el Departamento de Orientación de un Instituto de Secundaria. Es coetánea de Luis García Montero y de Lola López Mondéjar, de quien también es discípula y ferviente admiradora. Para buscar premisas acude a los relatos del maestro Cortázar, a la prosa biográfica de Abad de Faciolince o de Virginia Woolf y a la exquisiteces narrativas de John Steinbeck, Sandro Baricco o Dulce Chacón. Para encontrar consuelo o rendir pleitesía, a ciertos poemas indómitos de Javier Egea, de Elvira Daudet y de san Juan de la Cruz.



Désirée

La abuela está desolada ante el cuenco de la cena. Remueve su sopicaldo sin decidirse a meterse una cucharada en la boca. Por lo visto, el Dios clemente continúa ocupadísimo –¡...tantos, los males del mundo!– ; no hay visos de que le escuche las contriciones y súplicas que ella le reza a destajo, desde antes de amanecer.

Azucena, la cuidadora, tan solo prueba un bocado; balancea la cabeza mientras que pliega y repliega la cenefa del mantel. Si en media hora no hay llamada de Pilar o del esposo, aguantará las protestas, pero acostará a la abuela. Ella quedará velando con todos sus regomellos y la imagen de Pilar, que esta tarde, nuevamente, ponía cara de cuajarse y de caerse de la higuera. Y es la séptima vez que la niña se les marcha. Es ya la séptima vez.

*

Al caerse de la higuera, Pilar se quería morir. Esta noche tocaría improvisar la imaginaria. Sin intercambiar palabra, viajar junto a José Luis llevando a mano la foto hacia la ciudad de siempre, que nunca les deparaba ninguna satisfacción; patrullar luego los barrios tremebundos, indecibles, que fueron los indicados por el localizador en las búsquedas primeras, antes de que la muchacha le extirpara esa aplicación al móvil.

Nuevamente tocaría sacar fuerzas de flaqueza: aporrear los interfonos, trasponer la cortinilla de malolientes tugurios; soslayar, no hacerse eco de los sitios, de las chicas, de los tipos; despreocuparse del asco; sobreponerse al susto. Y agarrarse el uno al otro.

Agarrarse como entonces, cuando eran de gelatina de-

lante del orfanato en el minuto anterior a su hora reglamentaria de jugar con la chiquilla, de decirle monerías en chino y en español, de comérsela a besitos y despedirse de ella al acabar la visita; porque de sobra sabían que aún no podían sacarla de la inclusa de Lanzhou. Tendrían que regresar, incorporarse al trabajo, permutar muebles del cuarto, abarrotarlo a peluches, solventar cincuenta trámites con cincuenta intermediarios y aburrirse de ensoñar sin olvidarse de ser y de parecer los mejores aspirantes, no fuera que el demonio...

O como el día de ventisca en que, al fin, la recogieron. Necesitaron ser bloque para decirle al unísono el adiós definitivo al hospicio y sus carámbanos; al saqueo de propinas, dádivas y comisiones; y a la condena de un año, diez meses y seis inenarrables días con la inmensa geografía del mapamundi por medio –¡ay del pobre José Luis, cómo le caía la baba meciendo a su chiquitina en la estrechez del avión!, y ¡ay de la media sonrisa con la que él se adormeció con la pitusa despierta removiéndose en los brazos!–.

Agarrarse el uno al otro. Apretarse bien la mano. Con esa complicidad básica, superviviente, que bucea en las masedumbres de una relación de oleajes aplacados por decenios como siglos. Apretársela con fuerza para poder resistir. Y alentar, estar al quite, ampliar la perspicacia y contribuir a obtener la pizca de información que pudieran sonsacar del plantel de interfectos y de seres de otros mundos a los que, sin más remedio, habría que importunar. De una y de otra manera, tener que hacer la pregunta. Parecer los más amables, dóciles y agradecidos preguntones de la noche. Y tragarse las mentiras que les quisieran contar.

Porque nada les dirían; ni una idea, ni una pista, ni una seña de verdad. Eso ya estaba aprendido. Pero tenían que intentarlo. También con la policía; embeberse las vergüenzas, reconcomerse las culpas, denunciar la nueva fuga. Y

encajar el aguijón del oficial prejuicioso armado con un bolígrafo, que decide lo que importa y lo que no. Y que, según lo rumboso que se permitiera estar en el turno de esta noche, les soltaría un comentario como mínimo urticante, y hasta puede que letal.

Les tocaría imaginaria, se condolía Pilar. Extenuarse con la ronda. Claudicar por la deshora. Y volverse de vacío.

*

Azucena la había visto soltar repentinamente las dos bolsas de la compra en el suelo de la cocina. Y una tímida ojeada al rostro desencajado, le reveló de inmediato la ingravidez de Pilar.

Pilar bajó la cabeza. Una col había rodado. Y, entre el puerro y las cebollas, le pareció verse el alma desparramada a los pies.

Ver cómo la cuidadora se agachaba a recoger le permitió reaccionar, encaminar unos pasos y salirse hasta el rellano para avisar al marido.

Azucena, en la cocina, con pachorra ecuatoriana, recolocaba hortalizas. Un puro alarde anestésico; también ella era una madre, por más lejos que estuviera de sus hijos. Oyó la voz de Pilar:

—José Luis, José Luis, que se ha ido. Ve corriendo a la parada; por si estuviera esperando para el que pasa a las ocho.

Algo preguntaría el hombre al otro lado del móvil, porque la escuchó decir, chillona, desacoplada:

—Ahora mismo, que no sé por qué me ha dado por mirar en la cartera y he visto que me faltaba su tarjeta sanitaria. Habrá sido en un descuido... ¿Se habrá ido en el de las siete? Sí, seguro; se salió a las menos veinte. Me había dicho que esta tarde ensayarían la jotica. Pero corre a la parada, aunque ya... Pero corre, por si acaso. Yo en dos minutos estoy en la escuela de danza.

Sin asomarse siquiera, brincó escaleras abajo. La abuela apretó el rosario en cuanto la oyó gritar:

—¡Mamá, mamá, que me voy!

*

Arrancaba el autobús y aún no era noche cerrada. Resguardada en un asiento de la penúltima fila, se escondía tras la loneta de la bolsa traspillada que solía llevar a danza, en la que había amontonado sus deportivos más nuevos, su pullover preferido, una muda menos sexy que la puesta y un escueto neceser. Por su aspecto inconfundible, su pelo negro aceitado, el tajo de su mirada, ese matiz de vainilla, su altura de metro y medio y una extrema delgadez —no por mucho desagravio alimenticio, al cumplir los diecinueve había dejado de ser un sonajero de huesos— Désirée, la niña china del pueblo, en su fuga clandestina, temía que la descubrieran y le arruinaran el plan.

En contra de su costumbre desinhibida, indiscreta y, desde luego, reprobada, de buscar conversación con cualquier desconocido —sin ceñirse a las personas de los círculos sociales de su familia de bien—, de camino al autobús había evitado el saludo. Porque no estaba dispuesta a enredarse en trampas propias ni a jugarse su intención a cambio de unos minutos de atenciones compasivas.

Al dejar el puente atrás, le fue amainando el tam-tam que le reventaba el pecho. Aún le ardían las mejillas y le escocían los ojos, fijos en el espaldar del asiento de delante. Menos mal que, a excepción de dos marroquíes conectados a sus móviles y de una vieja charlatana que narraba con detalle su aburrimiento de vida al pobre del conductor, el autobús de las siete circulaba de vacío.

A pesar del historial de suspensos y refuerzos, del cúmulo de fracasos, de las desalentadoras tentativas de amistad, de las terapias, los programas y los cambios de estrategia que no la hicieron cambiar, y de cargar sambe-

nitos de necia y de deslenguada, aprendió a sellar los labios. Por eso se relamía, complacida en su secreto.

*

Anoche, cuando la joven se demoraba en el baño, José Luis volvió a encontrarse escudriñándole el móvil. Descubrió una aplicación recientemente instalada, con un único contacto. Al pinchar la mini foto se topó, de sopetón, con alguien que conocía. Ése era el padre de Lidia, una de las compañeras, la del disgusto tan grande durante el curso anterior.

Por un préstamo de ropa, las chavalas, en el patio, habían llegado a las manos. Y él y Pilar tuvieron que acompañar a su hija para una conciliación con la chica y su familia, delante del director. Allí mismo, José Luis había obligado a su Desi a pedir perdón en alto y a prometerle a la otra que, al día siguiente sin falta, le devolvía los vaqueros.

La tal Lidia, a quien su hija, con arañazos y todo, profesaba devoción, le pareció una muchacha excesivamente audaz. Muy poco recomendable. Y los padres, divorciados, no le agradaron un pelo: la madre iba proclamando que ahora tenía otro novio y el padre –vaya unas pintas– no se privó de quejarse de que le hicieran venir desde más de cien kilómetros para aquella tontería. Que si él no vivía con Lidia ni con sus otras dos hijas, que si las veía tan solo en algún fin de semana y unos días por vacaciones...

Y anoche, mientras que Désirée se entretuvo acicalándose, al bueno de su papá se le crujieron las sienas.

*

Se ha pasado el día en el banco, atendiendo, sobre todo, quejas y reclamaciones. Peleando la migraña y espantando conjeturas que horripilan mucho más que el furor de los clientes. Mala suerte, hoy es jueves y trabaja por la tarde.

Aunque hay sólo papeleo, dará de mano a las nueve. Al recibir la llamada, ha salido disparado.

—¿Te has fijado cómo bajaba la voz cuando atendía el teléfono? —pregunta Marga a Conrado, susurrando ella también, a pesar de que no queda nadie más en la oficina.

—Sí.

—Y no es la primera vez —añade, alzando la voz.

—No —le contesta Conrado. Él aprecia a José Luis. Y no acierta a imaginar en qué lío se habrá metido.

*

Con un tembleque de piernas ha llegado a la parada. Ni un alma en la marquesina. Tampoco hay rastro de ella por los portales cercanos. Con el tembleque arreciado ha regresado a su puesto.

—Me he acercado a la farmacia, a ver si me daban algo que me libre de pasar otra vez la noche en blanco —les ha dicho, sin mirarlos. Los otros no han respondido.

*

Al terminar el trabajo ha ido directo al garaje, donde espera, preparada, su mujer. Mientras conduce su Audi le va a estallar la cabeza, pero, al menos, le da una tregua el tembleque y siente suyas las piernas. Llega, aparca medio bien y se planta del tirón, con su esposa y su migraña adentro de comisaría. Abre el despacho del fondo mientras que pide permiso, no espera a que se lo den. Pilar le sigue los pasos.

Por suerte, está el comisario en lugar del oficial. Con este hombre coincidieron en la primera denuncia allá por el mes de enero. Les queda un recuerdo amable aunque las imprecisiones, objeciones y reparos con que ellos dos se expresaban por entonces y el hecho de que la chica fuera una mayor de edad, le hicieran desestimar actuaciones de rigor.

José Luis, apresurado, le ha destapado su hallazgo de-

lante de una Pilar que ha ido de pasmo en pasmo. El policía, de inmediato, se ha puesto con el fichero y no ha tardado en mostrarles algunas fotografías.

—¡Ese, ese!—. Le identifican los dos en una imagen de frente y en otra más, de perfil, donde está el padre de Lidia con unos años de menos.

—¿Dice usted que su hija anda con este sujeto?

La pregunta va directa a José Luis.

—Yo no sé si anda con él. Lo que sé es que habla con él. Tampoco sé de qué hablan, el chat estaba borrado... ¡Es el padre de su amiga!

—Mala cosa —carraspea el comisario—. Ese trapichea con droga. Y tiene un par de atestados por denuncias de maltrato de la que era su mujer, bien es cierto que no las ratificó... Otro más por agresión a una joven nigeriana con la que tenía un lío. Está el parte de lesiones. No puedo decirle más.

José Luis se retira a la ventana. Y ve la noche sin luna.

—Mi chiquilla es tan ingenua, tan manejable, tan frágil... Es una incauta, inspector —balbucea entonces Pilar. Se mengua sobre su silla. Hurga a tientas en el bolso y extrae su paquetito de pañuelos de papel.

Todos callan. El policía sale de la habitación. Al minuto está de vuelta con tres botellines de agua.

—¿Cómo es eso de que la chica regresa pero se escapa?

—Porque mi hija, la ingenua, la que nunca supo hacer ni la o con un canuto, sí ha aprendido, sin embargo, a escaparse de su casa y a desaparecer del mapa. Desde que empezó con esto, se ha fugado media docena de veces; siete, sumando la de hoy. Cuando está fuera de casa, a los tantos días nos llama para decirnos tan solo que ella se encuentra muy bien. Y en cuanto le preguntamos, corta en seco la llamada. Otro día, si le apetece —se desahoga José Luis, con la vista en la negrura del cristal—, vuelve a llamar y nos dice que está echándonos de menos, que desea regresar. Nos pide que nos pasemos por la plaza de

algún pueblo de las provincias cercanas. Cuando vamos de camino, a veces vuelve a llamarnos y nos suelta, tan tranquila, que no acudamos al sitio porque ella no va a estar. Como le cuento, inspector, no da más explicación. Pero otras veces, sí está. Entonces la recogemos y la llevamos a casa.

—En casa, luego, ¿qué cuenta?

—De donde estuvo, ni media. Nos mima y nos babosea de la mañana a la noche, pero jamás dice nada que nos permita saber. Por lo menos, a mi niña se le da bien lo de actriz —hace amago de reírse pero desiste enseguida— porque hay que verla actuar cada día su papelón. A la abuela, que la adora, no para de prometerle que no se irá nunca más. Aunque no me explico cómo, acabamos convenciéndonos de que dice la verdad. Incluso yo me lo creo. —Se aleja de la ventana y se acerca hasta la mesa para quedarse de pie enfrente del policía—. Cuando menos lo esperamos, entre mentiras y engaños, vuelve a desaparecer. Y estamos como al principio.

Pilar se halla sumergida en una llantina muda. No da abasto a los pañuelos. Estrena un paquete nuevo, pero se guarda de hablar.

—Cada tarde nos venimos y nos damos unas vueltas por esas calles horribles que hemos peinado cien veces. Cuando tenemos más ánimo, llamamos de puerta en puerta. Es verdad que en todas no; las hay que tiran de espaldas. — Ahí se calla José Luis.

El comisario le asiente. Luego, repasa el dossier: cuatro denuncias formales en algo más de tres meses. De la madre está el apunte de su edad de cincuenta y siete y que trabaja de enfermera en un geriátrico público de carácter comarcal. Del padre, que tiene sesenta y dos, que lleva casi cuarenta como empleado bancario de una entidad no hace mucho refundida y que actualmente dirige la oficina de su pueblo. De la chica, una descripción somera en la que alguien remarcó con un rotulador rojo,

lo relativo a su origen –mujer china, oriunda de PRC– y a su mayoría de edad.

En el informe primero, que él mismo había redactado, se mencionan las dos fugas anteriores que no fueron denunciadas a su tiempo. De su puño y letra, lee: *“Preguntados, padre y madre alegan que en ese tiempo prefirieron mantener la discreción, porque tenían la esperanza de que el asunto quedara en una broma adolescente más pesada de la cuenta”*.

Los deja un momento a solas y va a la sala contigua. Desde allí pueden oírle cuando ordena por teléfono:

—¡Que escuches lo que te digo: o aparece la zagala o tú te las ves conmigo!

Veinte minutos después –son las dos de la mañana– el coche seis comunica que se ha avistado a una joven de fisonomía oriental que camina algo perdida por una vía secundaria. Siguiendo las instrucciones, los agentes la acompañan y la entregan a los padres. Pilar se abalanza encima y, durante un rato, la estrecha. La chica parece un poste. José Luis no se le acerca. La mira con la mirada que se miraría a un fantasma.

El comisario sugiere que es hora de regresar. Sin preámbulo, se despide. Primero, de la señora, a la que deja perpleja cuando le besa la mano sucia de mocos y lágrimas. A continuación, del marido, que le ha extendido la suya, automática e inerte. Y, por fin, de la muchacha, que no le quita unos ojos humillados e insolentes de púber a medio hacer, pero calla y obedece. Obviamente, acaban de aleccionarla y reproduce al dedillo las consignas impartidas por el amo en retaguardia. Pliega velas y se achica, como un barquito varado que permanece a la espera de que soplen, de nuevo, vientos propicios. No va a resultarles fácil a este par de bienpensantes aterrados hacerla entrar en razón, ni doblegar su deseo.

El Audi, con parsimonia, encauza la travesía. El inspector se hace cargo del reto que está asestándole, desde el

asiento trasero, la inocencia con más filo de su avezada carrera.

*

Cada dos o tres minutos Pilar deja ir un suspiro tan sonoro que provoca un parpadeo en su marido. Es el único sonido que se atreve a fragmentar la espesura del silencio recocado, vigilante, pertrechado como un pasajero más. Y, con cada parpadeo, José Luis desvía hacia el retrovisor sus ojos abotargados una fracción de segundo.

Va descontando kilómetros. En esta noche sin luna su Audi responde muy bien. Es un coche excepcional aunque lleve varios meses sin sacudirle alfombrillas, examinarle el capó, abrillantarlo la chapa, ni darle cera a los cueros, como le gustaba hacer las mañanas de los sábados.

Oye, aunque ya no escucha, los suspiros recurrentes de su esposa; pero espía de reajo la impavidez resabiada de su chinita callada.

Conoce la carretera. Si no le fallan sus cálculos, les queda medio minuto para llegar a esa curva.

Sephy Moreno García

Amor platónico

Sobre mí

Nací una tarde de otoño cuando aún las hojas doradas vestían los árboles de la bella huerta murciana, allá por el final de los años cincuenta del siglo pasado. Mi afición por la lectura fue muy temprana. Tenía un profesor que venía a casa un par de horas al día antes de que iniciara la escolarización obligatoria. Aprendía rápido. Me encantaban el mundo animado, la naturaleza y los misterios de la vida. Hasta los diez años mi lectura consistía principalmente en las enciclopedias de ciencias naturales, entendiera o no lo que en ellas se explicaba, libros de historia y geografía, y muchas, muchas matemáticas; sin olvidar, claro está, alguna que otra novela de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía, que le cogía a mi padre sin que se enterase, porque las revistas de Corín Tellado las tenía prohibidas, y mi madre se las daba a mi vecina para que se las guardase. ¡Qué tiempos aquellos...!

Un caluroso verano a finales de los sesenta, sentada en la mota, algo húmeda, del brazal sin agua que trascurría a los pies de mi viejo naranjo sanguino, y aprovechando las largas tardes que nos brindaba esa época del año, me inicié en un nuevo tipo de lectura con “Rosa en flor” de la serie “Mujercitas”, mi primera novela juvenil. Con ella me aficioné a las colecciones como fueron la citada de “Mujercitas”, “Torres de Malory”, “Los cinco se divierten”... Y así,

a ratitos, he llegado hasta nuestros días leyendo muchas cosas: unas interesantes, otras vacías, inquietantes y misteriosas, llenas de aventura, o cargadas de filosofía...

Me considero librepensadora y autodidacta. Mi curiosidad me ha llevado a transitar por las más variadas disciplinas académicas. Inicié esta andadura universitaria en ciencias como estudiante en la Facultad de Química de la Merced. Cómo recuerdo todavía la tortilla de patatas que hacían en aquella pequeña cantina debajo de la Facultad de Letras, o los bocadillos de atún con “mahonesa”, pues los de mayonesa no sabían igual. ¡Vaya tontería, ¿no?! ¡Dios mío, y cómo no mencionar a don Procopio! Fue mi profesor de Cálculo y al único que he visto calificar en negativo. Todavía conservo el -1.5 que obtuve en el primer examen, aunque fui de los pocos alumnos que aprobamos su asignatura en la primera convocatoria. Sí, mi afición por las ciencias siempre ha sido muy profunda y lo sigue siendo hasta el día de hoy. Pero la vida te tiene reservada su propia lógica, lógica que en pocas ocasiones coincide con la tuya. Así, sin quererlo, me encontré buscando respuestas al hecho mismo del “fenómeno de la muerte”. Recorrí los campos de la Teosofía, Filosofía y Teología, pero no os asustéis, no soy tan erudita. Sólo me gradué en Teología porque mi atención fue atraída y desviada hacia los principios filosóficos del Budismo Mahayana y el mundo Védico del Mahabharata.

Y aquí ando fascinada por la “condición humana”: vida, muerte y trascendencia; como también por todos los adelantos que la física de partículas y las ciencias exóticas ponen delante de mí.

Murcia 12 de junio de 2018

Amor platónico

Aquí estoy un día más. Aún el cielo no ha encendido sus luces, y ya ando sentada bajo la marquesina de esta futurista parada de autobús. Nada que ver con aquella de cuando yo era cría. ¡Qué cambiado está todo! Sí, aún recuerdo cuando era una canija de no más de diez años y cogía el autobús aquí, todos los días, como hoy, pero entonces para ir al colegio.

Hoy hay una amplia carretera de cuatro carriles con asfalto super-pulido, y tan pegadita a las casas que puedes llamar al timbre de cualquiera de ellas sin salir del coche. Antes, en mis tiempos de niña, corría una calzada estrecha y adoquinada, custodiada a ambos lados por filas de grandes plataneros que protegían y ocultaban las casas a buena distancia. Incluso se permitían mantener una acequia de agua cristalina en uno de los lados sin que molestara su ubicación a transeúntes y vehículos.

Recuerdo cómo la marquesina de hoy era un simple poste debajo de uno de estos grandes árboles al que le habían fijado un cartel escrito a mano con un sencillito enunciado: “autobús”. Indicaba, de igual manera, el lugar exacto donde paraba ese enorme vehículo de aspecto rechoncho con escasos asientos para que cupiéramos de pie, claro está, más pasajeros. Recuerdo también la enorme piedra plana que había a pocos pasos de este poste que era asaltada por la chiquillería de entonces, todos los días y sin excepción, ocupándola al completo, esperando al “Cristóbal”, que así era como le llamábamos al autobús por la fotografía del santo que llevaba su conductor en buena parte del parabrisas delantero. Sí, esa enorme imagen la utilizaba como cortinilla para quitarle el sol al ocupante del primer asiento. Asiento, que por cierto, a todos los críos nos gus-



taba conseguir. Yo no era la excepción. ¡Cómo me gustaba ir la primera! Claro, hasta que apareció él. Un mozallete callado, desgarbado, un palmo más alto que yo, de grandes ojos color miel envueltos en largas, espesas y negras pestañas que se clavaron en mí. Su mirada tranquila, dulce y solitaria se ancló en lo más profundo de mi alma de niña. Hablaba poco, y yo agudizaba mi oído para guardar su sonido. Ya me había hecho con él. Conocía su timbre entre el griterío de tantos como íbamos en el “Cristóbal”. Me reconfortaba y alegraba el día cuando le oía decir: “buenos días” o “síntese usted” o “por favor, pase usted primero”. ¡Qué satisfacción me quedaba! Era tan educado. Sí, muy educado. Él siempre se iba hacia atrás. Le gustaba ocupar los últimos asientos, y yo le seguía, quería estar cerca, saber más de él. ¿Qué estudiaba?, ¿a qué colegio iba?, ¿cómo se llamaba?, ¿dónde vivía? Me quitó el sueño y bajó mis notas todo un curso. ¡Me había enamorado! No tenía tiempo en pensar en otra cosa que no fuese él. ¿Quién era?, ¿por qué no le había visto hasta ahora? Debía encontrar respuestas, comenzaba a asfixiarme conocer tan poco de él. Una vez lo vi en la plaza del pueblo al salir de Misa, estaba tan solo como en la parada del autobús; me miró, le miré, y nos sonreímos. ¡Oh, sí! Había subido al Séptimo Cielo y una nube de fantasías nubló mi visión. Mi madre tiró de mí y me bajó de nuevo a la tierra. No pude decirle nada, hubiese estado bien. Una semana después creo que nos buscábamos en el “Cristóbal”, tenía la sensación de que a él también le agradaba estar cerca de mí. Se quedaba cerca de donde yo me solía poner, y ya no se iba al final. Una vez me rozó el brazo, pidiéndome disculpas después: le habían empujado. ¡Qué sensación!, ¡cuántas hormigas corrían por mi estómago!, ¡qué sutil lazo oprimía mi garganta entrecortando mi respiración! Su voz, su sonrisa cómplice disimulada, y sus ojos que me decían lo agradecido que le estaba al empujón, se grabaron durante mucho tiempo. Tiempo que después transformaría su recuerdo en una mera quimera.

Llegó el día en que faltó a su cita, y otro día después, y así una semana tras otra hasta el final de curso. ¡Qué vacío estaba el autobús sin él! ¿Qué le habría pasado?, ¿dónde se había ido?, ¿estaría enfermo? Al poco escuché una conversación: mi abuela hablaba con una vecina muy apenada. Le contaba que su hija había vuelto a Cuba con su nieto Luis, que estaba muy agradecida al colegio, pues le habían permitido hacer los exámenes finales antes que al resto de sus compañeros para que no perdiese el curso, ya que era muy buen estudiante... No entendí más. Con gran tristeza y congoja comprendí que mi gran amor de entonces era él y se llamaba Luis.

Hoy cuarenta años después, aquí sentada bajo la marquesina de la parada de autobús, y tras haber vivido una vida plena llena de amores y desamores, me pregunto: ¿Qué habrá sido de él?, ¿qué habrá sido de mi primer gran amor de niña?